



Ciudad, mujeres y literatura: vivencias femeninas en el espacio bogotano de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo

Camila Andrea Rincón Arévalo

**Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Bogotá, Colombia
2021**

Ciudad, mujeres y literatura: vivencias femeninas en el espacio bogotano de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo

Camila Andrea Rincón Arévalo

Trabajo de grado presentado como requisito para obtener el título de:

Profesional en Sociología

Director

Óscar Iván Salazar Arenas

**Escuela de Ciencias Humanas
Sociología
Universidad del Rosario
Bogotá, Colombia
2021**

Agradecimientos

No alcanzarían las páginas para mencionar a cada persona que tuvo que escucharme hablar sobre este trabajo de investigación, que así mismo aportó alguna idea, algún texto o simplemente mucho tiempo para escuchar. Muchas personas de manera desinteresada aportaron a esto, permitiendo que hoy esté escribiendo por fin estas líneas que representan la culminación del maravilloso proceso de estudiar sociología. Todo el agradecimiento y el amor siempre para cada una de ellas.

Así, quiero agradecer a mi mamá, por la paciencia, el apoyo y el amor incondicional, a mi abuela, que, aunque ya no esté, estaría feliz de este gran paso. Gracias también a todos mis amigos sociólogos, antropólogos, artistas y educadores que estuvieron ahí cuando me encontraba sin ideas para escribir, sobre todo a mi mejor amigo Fabián, el cual jamás me dejó de animar a seguir escribiendo y leyendo. Gracias especiales a Ángel Arévalo por entenderme y apoyarme en gran parte de este proceso.

Por otro lado, quisiera agradecer a los profesores de la facultad de Ciencias Humanas, que con clases como Teoría II a cargo de ese entonces de Johana Parra, me permitió conocer más sobre la sociología urbana y sobre todo de la clase de Mundos Urbanos a cargo de Óscar Salazar, porque no solo me terminé de enamorar de los estudios culturales y urbanos, sino también logré consolidar el tema de esta tesis. Este proceso que estuvo lleno de eventualidades, pausas y dudas, no hubiera sido posible concluir sin la ayuda inmensa de mi director Óscar Salazar, pues siempre hizo que tuviera una bibliografía muy amplia, pues en cada reunión salía una nueva referencia, una nueva idea y solución a mis dudas y bloqueos, sin duda su cabeza es un mar de textos y referencias interesantes.

La mujer es una disidente perpetua con respecto al consenso social y político; es exiliada de la esfera del poder y por ello es siempre singular; dividida, diabólica, una bruja. La mujer está aquí para agitar y trastornar; desinflar los valores masculinos, y no para abrazarlos. Su papel consiste en mantener las diferencias apuntando hacia ellas, dándoles vida y poniéndolas en juego.

Julia Krisleva

Contenido

Ciudad, mujeres y literatura: vivencias femeninas en el espacio bogotano de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo	7
<i>Introducción</i>	10
<i>Una luz al final del túnel</i>	15
<i>Metodología</i>	20
<i>Categorías conceptuales: Caminar, sobrevivir y sentir</i>	21
<i>Conociendo a José Antonio Osorio Lizarazo</i>	26
<i>Bogotá y las calles</i>	30
Capítulo 1	31
<i>Contexto Histórico</i>	31
1.1. <i>Desempolvando la Bogotá de los años 30</i>	31
1.2. <i>Costumbres en la Bogotá de principios de siglo XX</i>	36
<i>Hogares de ricos y hogares de pobres</i>	37
<i>Necesidades modernamente básicas</i>	38
<i>Vistiendo a la moda</i>	42
<i>¿Qué comer según la clase social?</i>	43
<i>La libertad de algunos y el trabajo de otros</i>	45
.....	47
<i>Mujeres</i>	47
<i>Bogotá y los afectos</i>	51
Capítulo 2	52
<i>La Casa de Vecindad: Relación entre Literatura, Ciudad y Mujer</i>	52
2.1. <i>La imagen de la mujer</i>	56
2.2. <i>Juanita e Inés: Entre la pobreza, la indiferencia y ser mujer</i>	60
2.3. <i>Sin oportunidades y con un solo final</i>	66
<i>Bogotá y las mujeres</i>	70
Capítulo 3	71
<i>Hombres sin Presente: Imágenes de una ciudad como espacio sensible</i>	71
3.1. <i>Resignación, miseria y tristeza</i>	79
3.2. <i>Espacios diferenciados clase media-baja</i>	75
<i>Reflexiones finales</i>	86

<i>Bogotá vista como un cuerpo adolorido y agotado</i>	86
<i>Entre el ayer y el hoy</i>	91
<i>Clases sociales: más allá del dinero</i>	94
<i>El último recorrido a Osorio Lizarazo</i>	97
<i>Bibliografía</i>	100

Ciudad, mujeres y literatura: vivencias femeninas en el espacio bogotano de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo

Resumen

Los modos en que los habitantes de Bogotá comenzaban a sentir las experiencias de la vida urbana a partir de diferentes escenarios tanto públicos, como privados crean tensiones entre lo tradicional y la llegada de la modernidad, dando cuenta del tránsito entre la vida rural y los elementos nuevos que brinda la ciudad. Es importante tratar la reconstrucción de la ciudad como textualidad, en donde la urbe muestra su complejidad y heterogeneidad, pues, plantea pautas para comprender las dinámicas urbanas y evidenciar la importancia de perspectivas literarias a la hora de describir a una ciudad y a sus habitantes. Estos habitantes urbanos que recorren la ciudad -y los imaginarios que hacen parte de las novelas-, la construyen en relación con fragmentos que de ella viven, ven y sienten, mostrando las partes de un espacio en el que todo puede suceder. Así, el proyecto de investigación ofrece matices y miradas sobre el papel de la mujer en la ciudad, la forma en que se adaptan a los espacios y cómo eran vistas por José Antonio Osorio Lizarazo, teniendo en cuenta que la novela se construye como una fuente literaria crucial para reflejar la problematización de una sociedad.

Palabras clave: mujer, ciudad, interseccionalidad, emociones, vida urbana.

Abstract:

The ways in which the inhabitants of Bogotá began to feel the experiences of urban life from different scenarios, both public and private. This creates tensions between the traditional lifestyle and the arrival of modernity accounting for the transition from the rural life towards the new elements offered by the city. It is important to treat the reconstruction of the city as textuality, where the city shows its complexity and heterogeneity, as it raises guidelines for understanding of urban dynamics. This will allow to check on the importance of literary perspectives when describing a city and its inhabitants. These urban dwellers who travel the city -and the imaginaries that conform the novels-, build a relation from the fragments they live, do and feel giving place to a space in which anything can happen. Thus, the research project offers nuances and views on the role of women in the city, the way they adapt to spaces and how they were seen by José Antonio Osorio Lizarazo. All of this considering that the novel is built like a literary milestone, crucial to reflect the problematization of a society.

Keywords: woman, city, intersectionality, emotions, urban life.

Bogotá y la lluvia

Fría y un poco oscura. Bogotá, ese cielo inmenso que buscaban y muchas veces lo hallaban en esas calles atestadas de personas, de basura, de sueños, de humo... Domingos lluviosos y lentos. Las nubes decoraban los cielos bogotanos y su clima frío ameritaba en algunos largas gabardinas y en otros amplias ruanas. El viento calaba los huesos de los habitantes, penetraba hasta en su forma de vivir y de pensar, los habitantes recorrían las calles perfumadas de ese olor a tierra a toda prisa, hasta resguardar su corazón y alma del inclemente frío.

Qué lindo sería decirles a aquellos habitantes que no tenían donde resguardarse que esas cosas que pasan allá afuera ocurren muy lejos y que las noches con lluvia son las más hermosas en Bogotá, pero no, las noches y los días de lluvia se ahogan en largas horas y largos charcos donde los niños duermen sucios y abandonados. En los cafés y en las chicherías se escuchaba la lluvia bajando por los tejados y chocando con el suelo, de las pocas sensaciones en esta ciudad que no tenían distinción de clase.

Bogotá era como esa historia que se debía leer bajo paraguas...

Introducción

Esta investigación busca analizar el rol de la mujer en la Bogotá narrativa de José Antonio Osorio Lizarazo durante los años 30, dándole peso a las obras narrativas como un camino para comprender las dinámicas y transformaciones de la sociedad, como reflexión, proyección de vida, emociones y experiencias en un contexto urbano específico. Los modos en que los habitantes de Bogotá comenzaban a sentir las experiencias de la vida urbana a partir de diferentes escenarios tanto públicos, como privados crean tensiones entre lo tradicional y la llegada de la modernidad, dando cuenta del tránsito entre la vida rural y los elementos nuevos que brinda la ciudad. Estos habitantes urbanos que recorren la ciudad -y los imaginarios que hacen parte de las novelas-, construyen la ciudad en relación con fragmentos que de ella viven, ven y sienten, y, así, muestran partes de un espacio en el que todo puede suceder. Es de importancia plantear cómo la literatura, y en particular la novela, se constituye como una fuente crucial para describir los problemas y características de una sociedad –costumbres, identidades, prácticas y roles-.

Cabe mencionar que ver cómo es mostrada, narrada, descrita, sentida, pensada, vivida y capturada la ciudad por medio de tanto la palabra oral, como la escrita por medio del cine, la pintura, la literatura, la historia, la antropología, la sociología, la fotografía, entre muchas más, ayuda a la construcción de memoria respecto a un espacio, incluso a la imaginación de uno nuevo. Como en el caso de escritores como Juan Carlos Onetti, con la creación de Santamaría; William Faulkner con el pueblo de Yoknapatawpha; Alfred Kubin con la ciudad imaginada Perla; Gabriel García Márquez y el pueblo de Macondo, los cuales hablaron de una ciudad, sus personajes, sus modos de vida y sus espacios nuevos. Así, la ciudad alimenta imaginarios, relacionando realidad y fantasías, toma de conciencia, de historia, sociedad, identidad y modos expresivos (Giraldo, 2001).

La producción de literatura durante la primera mitad del siglo XX fue considerable. Sin embargo, “muchos textos femeninos han quedado inéditos y otros son difíciles de conseguir; pues aparecieron en reducidas ediciones; además, pocas autoras han tenido reimpressiones de sus obras, lo que corrobora el poco interés que la literatura escrita por mujeres ha encontrado en el país, dificultando más la labor crítica” (Jaramillo y Osorio, 1005. 161). Por esto mismo, encuentro como limitación la falta de integración en el proyecto de investigación, de novelas reeditadas escritas por mujeres en Bogotá durante la época.

En contraste, ya en la segunda mitad del siglo XX, la escritura de mujeres y por mujeres acrecentó exponencialmente por la época de La Violencia en Colombia, en donde las mujeres al ya tener más voz publicaron en abundancia sobre este hecho en Colombia. Por lo mismo, es una de las razones en la selección de la temporalidad, el nacimiento de otro tipo de literatura específica para la época cambia las dinámicas, la representación y el significado del papel de la mujer. Lo anterior debido a que de una u otra manera, en la narrativa antes de la década de los 50, la mujer no era el centro de la historia, ni se escribía para reivindicarla de la misma forma.

Durante el siglo XIX -XX algunas mujeres comenzaron a pensar en feminismo y sufragismo y la lucha por los derechos de las mujeres, Ofelia Uribe, Lucy Cohen, Maria Cano, Georgina Fletcher. Estas mujeres tuvieron un papel importante durante los años 30, llevando a cabo la Ley 32 (Proyecto de Capitulaciones), la Ley 28 (independencia económica matrimonial) presentación del Congreso Femenino en Bogotá, luchas obreras, entre otras. Así, “la mujer ha despertado, se ha dado cuenta exacta de los males causados a la intimidad hogareña, por esta aberrante desigualdad civil y ha creado ese formidable conocimiento con el nombre de «feminismo», que es, como el ariete demoledor de todo el sistema o principio que consagra la explotación del ser humano por sus semejantes” (Luna, 2004, pág. 88). Ofelia Uribe fue una de las más sobresalientes, ya que estaba hablando del significado de género y la diferenciación sexual entre hombres y mujeres, apoyando y resaltando la importancia de la intervención de las mujeres dentro de la esfera pública como una fuerza transformadora.

Esto es importante para comprender el peso de las estructuras patriarcales y sus particularidades dentro del pensamiento hegemónico tradicional, donde se veía la mujer

como el “otro” o como el complemento del hombre y más que como mujer per se, como madre. A pesar, de los esfuerzos de las mujeres feministas de los años 30, muchas mujeres no entendían las posturas que se planteaban y no veían su vida fuera de la vida doméstica, así mismo la mayoría de los hombres veían estas leyes como impensables y por eso fue hasta los años 50 en que el voto de la mujer pudo ser posible, aún cuando las primeras propuestas comenzaron, precisamente en los años 30. Por eso, la historia de la mujer se ha visto relegada al hombre, “los hombres ocupan el espacio y lo ocupan como sujeto; pertenece a la cultura, la transforman y la crean, mientras las mujeres, concentradas en el espacio doméstico, no pueden sino imitar y reproducir” (Thomas, 1995, pág. 16)

Ahora bien, Bogotá ha tenido cambios significativos en cuanto a su estructura debido a la migración de las zonas rurales a la ciudad. La llegada de culturas y costumbres nuevas, reconfiguran la forma de vivir la ciudad y la experiencia de las mujeres dentro de la misma, tanto en el espacio público, como en el privado. Además, la arquitectura ha cambiado, es decir, se comienza a tener una necesidad de ampliar calles o de construir casas/edificios para albergar los nuevos habitantes. Bogotá se ve como un espacio donde convergen múltiples influencias, en donde los encuentros de diferentes personas, crea un diálogo entre el espacio y la experiencia, lo cual, a su vez se ve influenciado por factores económicos, políticos, sociales y culturales.

Un aspecto importante en la ciudad es el crecimiento demográfico, pues fue un punto importante para la creación de nuevas avenidas y calles, las cuales, acompañadas de discursos de desarrollo se fueron dando a lo largo de estas décadas. Por esto, el urbanismo y la arquitectura se preocupaban por estudiar y entender Bogotá, en la medida en que el transporte público, las avenidas y las movilidades de los habitantes, cambiaban el flujo y los horarios de la ciudad. De igual manera, tanto el urbanismo como la arquitectura han aportado ideas y propuestas para el desarrollo de la ciudad y que sea considerada igual de moderna a ciudades como París o Nueva York. “La relación entre ciudad occidental y ciudad moderna tiene profundas raíces históricas, raíces que encontramos en las peculiares condiciones sociales, políticas y económicas que acompañan a la constitución de nuevas formas urbanas en diversos períodos de la historia de la democracia occidental” (Bettin, 1982, pág. 5).

A pesar de los esfuerzos por modernizar la ciudad, Bogotá durante esa época, aún se veía como una ciudad rústica y atrasada en comparación con otras ciudades de América Latina. La ciudad debe ser entendida más allá del espacio físico, como una forma de crear y recrear recuerdos e ideas de habitarla, como una forma de construcción y representación de la vida urbana. Es claro que la interpretación de una ciudad como Bogotá, con dinámicas y cambios constantes tan complejos dentro de las novelas, tiene que estar acompañado de un estudio más amplio y juicioso, que, a su vez, sea interdisciplinar y brinde diferentes alternativas de comprender y reflexionar sobre la vida en la ciudad. Por lo anterior, la pregunta central del trabajo será: ¿Cómo se representa la vida cotidiana de las mujeres en la Bogotá de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo?

Esta pregunta está centrada exclusivamente en la mujer situada en el área urbana, debido a que las dinámicas de la ciudad son particulares y moldean el modo de vivir de las personas, ya sea porque se deba adaptar a una nueva vida o porque ya están inmersas en ella.

Los objetivos se presentarán en dos partes:

- Perspectiva interseccional: Establecer las conexiones interseccionales entre las categorías de género, raza y clase social, teniendo en cuenta otras categorías como profesión, oficio y diferencias regionales en las novelas bogotanas de los años 30.
- Perspectiva emocional: Evidenciar cómo se crean diferentes emociones arraigadas a la ciudad de Bogotá de los años 30 y a la experiencia de habitarla y vivirla.

A grandes rasgos, la pregunta y los objetivos se desarrollarán a partir de una perspectiva interseccional, que ayude a entender que no se puede ver a la mujer de manera aislada, sino que se deben tener otras categorías en cuenta, como el género, la raza y la clase social, y así, por medio de las novelas identificar los discursos biológicos, religiosos, tradicionales, entre otros, que están acompañados del hecho de ser mujer. También se trabajará con una sociología de las emociones con las que se logra experimentar el mundo, teniendo en cuenta que las emociones evidencian un pasado, un presente y un futuro real o

imaginario en relación con las personas y el mundo. Además, se construyen desde un ámbito individual y uno colectivo, hablar de emociones es también hablar de la sociedad y de su conformación.

Por último, el interés por el tema surge primero de pensar la tríada: ciudad, mujer y literatura, y, de entrecruzarlas con una perspectiva sociológica, que dé cuenta de la importancia de la investigación y del estudio de la ciudad como texto. La reconstrucción de la ciudad como textualidad vista y entendida desde cualquier tipo de arte, plantea pautas para la creación de nuevas formas de entender las dinámicas urbanas, por lo que se debe aprovechar el acceso a obras literarias, crónicas, novelas etc. Segundo, en el quehacer sociológico, el interés surge en la importancia de identificar las diferentes formas de hacer y pensar la sociología, de interpretar y entender otros contextos dejando a un lado la visión hegemónica; para analizar, comparar y teorizar la vida social y las interacciones humanas en el espacio urbano; para estudiar las relaciones entre la dimensión social y la dimensión emocional del ser humano y para visibilizar el papel de las mujeres en diferentes ámbitos y diferentes épocas. Tercero, en un ámbito más personal, el interés surge de la curiosidad por la literatura bogotana y la forma en que la mujer se ve representada. Teniendo en cuenta que, a lo largo de la historia la mujer ha sido invisibilizada por una sociedad tradicional, donde era casi impensable que la mujer participara en el ámbito público, ya que tenía un único trabajo, ser un cuerpo materno-reproductor, por lo tanto, el trabajo intelectual y artístico de las mujeres no ha sido reconocido como debería.

Una luz al final del túnel
Estado del Arte

*“Nuevos palacios, bloques, andamios, horizontes,
Viejos barrios..., ya todo se me hace alegoría.
Me pesan los recuerdos como si fueran montes”.*
Charles Baudelaire

Teniendo en cuenta que el tema intenta aproximarse a las representaciones del papel de la mujer a través de la novela bogotana de la década de los 30, se puede afirmar que los trabajos o investigaciones en el periodo específico en Bogotá son escasos, se ha trabajado desde el análisis literario, más que todo en la época de La Violencia, donde el papel de las mujeres se ve de forma narrativa, reivindicando y expresando la situación que vivió el país. También hay trabajos en Bogotá durante los años 30, que giran en torno a la arquitectura, a la movilidad y a la conformación urbanística; al momento político y al cine, entre otros.

Para guiar la investigación se exploró literatura específica afín al enfoque definido. La literatura que se revisó demuestra aportes teóricos apropiados para el tema de investigación, ya que se encontraron escritos y trabajos que vinculen la sociología con la narrativa, las ciencias sociales con la literatura y así darle sentido al análisis y rastreo de las novelas de Osorio Lizarazo. Si bien son de períodos y contextos diferentes, es importante resaltar este tipo de investigaciones a la hora de indagar la narrativa también como una forma de análisis de la sociedad.

Si bien no se centrará en un análisis literario es necesario mencionar como antecedente el análisis de las novelas a nivel sociológico que puede ser rastreado desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, época, donde algunos sociólogos se interesaron por el estudio y análisis de obras literarias. Específicamente, los aportes a la sociología de la literatura fueron realizados por sus fundadores Gyorgy Lukács (1885 – 1871) y Lucien Goldmann (1913 – 1970). Esta rama de la sociología analiza las relaciones funcionales entre la literatura y los procesos ya sean económicos, sociales, políticos o culturales dentro de un marco interpretativo. Además, “la novela fue, durante toda la primera parte de su historia una biografía y una crónica social, siempre se ha estado en condiciones

de mostrar que la crónica social reflejaba más o menos la sociedad de la época, constatación para la cual, no es necesario, ciertamente, tener la condición de sociólogo” (Goldmann, 1967, pág. 22) Lukács, por ejemplo, planteaba que el autor está inmerso en una estructura o realidad social particular, lo cual da forma al significado de su obra; así mismo, Goldmann veía la obra literaria como un producto social para estudiar e interpretar.

En el texto de Alberto Trejo *Pasaporte sellado: Cruzando las fronteras entre ciencias sociales y literatura*, busca que la investigación social sea pensada de manera más amplia y en relación con la literatura, con el fin de construir diferentes interpretaciones de la sociedad, esto, con ayuda de la teoría, los análisis, el trabajo de campo, entre otros. “Los relatos ficcionales deben ser tomados por los investigadores como fuentes [...] es posible encontrar similitudes, aunque también diferencias entre la sociología y la literatura” (Trejo & Waldman, 2018, pág. 88). Las obras literarias tienen la facilidad de interpretarse de muchas maneras y con propósitos diferentes, dependiendo del autor, el tema, el contexto, logran decir muchas cosas respecto al mundo.

Por lo que se puede decir que la literatura es colectiva, en tanto tiene múltiples registros, interpretaciones y perspectivas. Por su parte, la sociología llega a abarcar cualquier tema dependiendo de sus formas teóricas y metodológicas, en palabras de Trejo Y Waldman, “Los sociólogos proceden como los novelistas, ambos crean espacios y territorios mediante la descripción, y también crean identidades simbólicas: personajes, en el caso de los novelistas, y sujetos colectivos, en el caso de los sociólogos” (Trejo & Waldman, 2018, pág. 94)

En los textos de Walter Benjamin, respecto a Charles Baudelaire y París se ven reflejados todos los cambios que trajeron los nuevos modos de producción, – consolidación de la propiedad privada, intervención en el espacio público, intervención higiénica- dando sentido a un paisaje desconcertante y en crisis en la primera mitad del siglo XIX (Scocco, 2005). Benjamin ve a Baudelaire como el modelo de *flâneur*, este término nació en el contexto de un París que se comienza a modernizar en el siglo XIX. Aquí, Baudelaire hace referencia al término en su libro *Las Flores del Mal (1857)* en donde describe a un sujeto caminando por las ciudades sin rumbo. A su vez, nace “un nuevo concepto y sentido de la poesía, la reivindicación lírica de la palabra y una técnica depurada en la elaboración de las

imágenes y el rigor estético de la composición que habría de tener proyección futura incalculable” (Baudelaire, Ed 2005, pág. 9).

Se puede pensar el *flâneur* como un observador que se fijaba en los movimientos y ritmos de las personas y la multitud, cada detalle era importante y estimulante en donde la ciudad se convertía en protagonista. Así mismo, Edgar Allan Poe en su cuento *El hombre de la multitud*, -el cual Baudelaire más adelante reseñó en su ensayo *El Pintor de la Vida Moderna*- hace referencia a ese caminante de la ciudad, en ese caso Londres. Varias décadas después el filósofo Walter Benjamin retoma y traduce a Baudelaire, abriendo paso a un instrumento de análisis urbanístico, arquitectónico, incluso sociológico, ya que abrió el campo de la observación urbana. La importancia de mencionar a Benjamin se debe a que él consideraba la ciudad como un texto y viceversa, y como menciona Scocco en su trabajo:

Benjamin, “se preocupó por encontrar una forma de escribir la ciudad que respetara la importancia otorgada a la experiencia y a las imágenes de las cuales se alimentaba la ciudad. En su forma de pensar la ciudad como texto, no podía expresar las sensaciones que ella generaba en los términos tradicionales usados por las ciencias sociales, sino que recurrió a un manejo del texto que refleja las imágenes e impresiones que generó la ciudad en su mente” (Scocco, 2005)

Además, tanto Baudelaire como Benjamin hacen una descripción de la ciudad explicando la esencia de la ciudad con un lenguaje poético, académico y filosófico. Preocupados siempre por los cambios que llegaban con la modernidad y lo caótico de esos nuevos tiempos modernos, sintieron la necesidad de adentrarse cada vez más en la ciudad y así, comprender lo que significaba la ciudad que en ese entonces los rodeaba.

Ben Highmore en su libro *Cityscapes* hace un ejercicio de análisis desde los estudios culturales, apoyándose en diferentes teorías sociológicas, en historia, en literatura y en cine. También brinda un enfoque diferente sobre la ciudad moderna, argumentando que el aspecto más importante de la vida urbana es el ritmo variado y conflictivo que se vive en la ciudad. La forma en que Highmore utiliza diferentes formas culturales y paisajes urbanos de los siglos XIX y XX para mostrar la ciudad, aportan a los estudios culturales, en tanto muestra la utilidad de cruzar la literatura y, por ejemplo, el Londres de Poe en *El hombre en la multitud*, con la realidad que a él lo rodeaba. Highmore utiliza los textos literarios de Poe

para mostrar cómo hacen eco y rememoran los movimientos y disposiciones urbanas a través de escritura descriptiva y de alguna forma poética (Highmore, 2005). Highmore también habla sobre Baudelaire, planteando que *flâneur* era una modalidad indispensable para la lectura de la modernidad urbana, permitió que existiera un tipo de espectador que estaba al mismo tiempo presente y distante sumergido en los ritmos de la multitud (Highmore, 2005, pág. 40)

Durante la búsqueda de investigaciones cercanas, se logró rastrear algunas tesis y trabajos de grado que, si bien no son del tema específico, si vincula las ciencias sociales, con las novelas y la narrativa. En la tesis de Leopoldo Prieto *Escribiendo urbanismo, diseñando narraciones: Bogotá: literatura, urbanismo y cultura urbana 1940 – 1960*, retoma tres novelas como eje central: *El día del odio* de José Antonio Osorio Lizarazo, *viernes 9* de Ignacio Gómez Dávila y *La ciudad y el viento* de Clemente Airó, otras novelas y algunos cuentos, con el fin de “rastrear a través de la literatura y otras formas de narración la manera en que los cambios urbanísticos y modo de comportamiento humano, influenciándose mutuamente, determinaban el perfil y la forma de habitar la ciudad” (Prieto, 2013, pág. 25). Su extenso trabajo, se centra en examinar las pistas que las novelas escritas en la mitad del siglo XX ayudan a entender los cambios urbanísticos en medio de un proceso de modernización y mostrar como las transformaciones se reflejaban en la forma de habitar la ciudad.

En la misma línea, aparece la tesis de Oscar Avellaneda *La construcción narrativa de la ciudad; una mirada a lo literario y las representaciones de la vida cotidiana en Bogotá a través de la novela Satanás de Mario Mendoza*, la cual se centra en la forma en narrar a Bogotá a través de una obra literaria, esto, por medio de la interdisciplinariedad de las ciencias sociales y la teoría de análisis de Roland Barthes. El objetivo de Avellaneda es rastrear la vida cotidiana de esa Bogotá de Mario Mendoza y a su vez, reflexionar sobre la relación entre la literatura y la enseñanza de ciencias sociales (Avellaneda, 2015).

Llama especial atención esta investigación debido a que Mario Mendoza ha escrito en torno a Bogotá de las últimas décadas. Mostrando que Bogotá es un multiverso que recorre las calles del centro, del barrio La Perseverancia, la carrera 30 y lugares cotidianos como el colegio, las tiendas, las panaderías. Así, aparece como una opción que permite la recreación

y problematización de los aspectos que constituyen la vida urbana y aporta a la construcción de memoria.

La tesis de Luz María Rubio *Representaciones de hombres gays en la literatura colombiana (2000 - 2007)* en donde se analiza la representación del personaje gay en las obras literarias *Delirio* de Laura Restrepo, *Al Diablo la Maldita Primavera* de Alonso Sánchez Baute y *Melodrama* de Jorge Franco (Rubio, S.F) Este trabajo combina diferentes disciplinas como la sociología, la literatura, la antropología y la psicología social, lo que hace enriquecedor a la hora de mirar diversas formas de interpretar las novelas, ya que, en palabras de Rubio “si se considera a las novelas como discursos, que cubren nuestro mundo con sus signos, portadoras de sentidos socialmente compartidos, puestos al descubierto a través de las historias narradas, se puede realizar en ellas un análisis que vaya más allá de sus estructuras literarias” (Rubio, S.F, pág. 121)

La revisión de los diferentes textos y trabajos fue clave para entender que las novelas también se pueden considerar parte de la realidad, de un fenómeno y de un lugar, teniendo en cuenta el contexto en el que el autor se encuentra y sus inclinaciones políticas, sociales o culturales. Cada novela logra ser una visión de un mundo, por lo que un análisis sociológico entre el texto y el contexto brinda amplias formas de abordarlas, como en este caso en específico entre la interseccionalidad y las emociones en las novelas de Osorio Lizarazo. El reto de mezclar la literatura de Osorio Lizarazo con una mirada sociológica permite concentrarse en las estructuras textuales y su relación con Bogotá de los años 30. Por su parte, las investigaciones que se aproximan al tema de investigación ayudan a reafirmar el hecho de ver las novelas desde diferentes perspectivas y para analizar diferentes aspectos de la sociedad. Así, se encuentra clave esta revisión para apoyar y encaminar la investigación de la mujer en Bogotá de los años 30 en las novelas de Osorio Lizarazo.

Metodología

Desde la mirada sociológica, *La Casa de Vecindad y Hombres sin Presente* de Osorio Lizarazo, se pueden interpretar como diarios de campo, incluso como historias de vida, por lo que se considerarán como tales, por lo que se utilizará la idea de la historia de vida como una técnica de investigación cualitativa, para analizar y transcribir los relatos del personaje principal de cada novela. Teniendo en cuenta que los personajes de las novelas serán considerados como informantes y así encontrar esas particularidades en la vida cotidiana de los habitantes, especialmente en las mujeres dentro de la ciudad.

Se tiene en cuenta lo que Amanda Cofrey y Paul Atkinson plantean en su texto *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*, sobre la forma en que las cualidades de la narración poseen los datos cualitativos ya sean dados de forma natural o guiados por la investigación, permite analizar e interpretar cómo se ordenan y se cuentan las experiencias de los actores involucrados y por qué la recuerdan y la cuentan de la forma en que lo hacen (Cofrey & Atkinson, 2003). Se utilizan las novelas como fuente de investigación en donde al pasado se le da un significado en el presente, teniendo en cuenta que se parte de un principio, un desenlace y un final.

Además, el proceso de las fuentes se hace por medio de un ejercicio analítico: el cual consta de un seguimiento profundo de los personajes de cada novela y un ejercicio comparativo: el cual se centra relacionar la historia de Bogotá, la historia privada de Colombia, la historia de la vida cotidiana en Colombia entre otras fuentes históricas y las dos novelas escogidas. Esta interdisciplinariedad lleva a que la investigación no tenga un estudio particular, sino sea un campo cruzado entre la sociología de la literatura, el análisis narrativo, la sociología y los estudios culturales.

Categorías conceptuales: Caminar, sobrevivir y sentir

Ciudad, mujer y emociones

- Interseccionalidad

En relación con el marco conceptual, la investigación se centra en la teoría interseccional y la sociología de las emociones. No obstante, es pertinente mencionar primero algunos conceptos claves. Debido a que se hablará sobre un espacio, es importante tener claro lo que significa y lo qué es, el concepto de ciudad debe ser entendido como “establecimientos relativamente grandes, densos y permanentes de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 2001. 111). Así mismo, la ciudad tiene algunas características específicas que hace que se diferencie del espacio rural: servicios y actividades industriales, comerciales, financieros y administrativos; la implementación del transporte y los medios de comunicación; equipos culturales y recreativos, como lo son los teatros, museos, bibliotecas, establecimiento de radios, tv y prensa; instituciones religiosas, educativas y de salud.

Lo anterior se da por medio del urbanismo como forma de organización social. El urbanismo entendido como lo plantea Wirth es algo complejo que caracteriza el modo de vida en la ciudad, a su vez se presta para el descubrimiento de las variaciones en las distintas ciudades, dependiendo de su composición, contexto e historia. Para Wirth la ciudad sin importar cual, debe contar con la potencia de moldear el carácter de la vida social de una forma que sea específicamente urbana. El trabajo ligará la ciudad y la mujer, ya que el punto principal a trabajar es precisamente la mujer en la ciudad, independientemente de su procedencia, porque es en la ciudad donde se ven dinámicas particulares y donde el cuerpo de la mujer cumple diferentes roles y participa en ciertos espacios.

Así mismo, en ese espacio, hay individuos situados con características particulares, los cuales se hacen imposibles a la hora de categorizar y dar definiciones puntuales, sin embargo, para el trabajo y siendo la mujer el eje de análisis, hay aproximaciones para entender la definición de mujer, claro está, sin caer en determinismos o generalizaciones. Esto es importante, en la medida en que el feminismo es un antecedente que ayudará a entender a la mujer situada dentro de las novelas, el cómo se les veía y así mismo, cómo llegaban a verse a sí mismas. La mujer y lo femenino ha sido, durante años enmarcado en lo reproductivo y débil, se asume como el *otro*, sin embargo, no se planteará como concepto

determinista, ya que desde la perspectiva feminista rechaza que la evidencia biológica sea un destino único para la mujer.

Adicionalmente, por el hecho que, si se categoriza la mujer en una anatomía femenina, no da cuenta del aspecto cultural que implica ser mujer, lo cual debería ir más allá de la anatomía, ya que por un proceso histórico se tienen “concepciones comunes en nuestra cultura, todos "sabemos" qué quiere decir "mujer", o por lo menos creemos tener claro ese concepto cultural, hasta que se nos pide que lo formulemos explícitamente” (Castellanos, 1995, pág. 39). El género, al imponer a las personas en hombres y mujeres se interrelaciona con parámetros específicos como clase, etnia y raza, por lo que no es lo mismo ser mujer y hombre en una clase que en otra, en una etnia u otra. Por eso no se puede hacer una definición de la mujer en sentido idealizado y abstracto, aun en las novelas bogotanas, la figura de la mujer está atravesada por estas categorías, las cuales la hacen situada en un contexto específico con particularidades específicas. Además, se debe entender los sistemas de género más como conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferenciación sexual.

Ahora bien, inscribir el presente trabajo dentro del campo de la historia del feminismo y de los estudios de género, hace necesario el uso de una perspectiva crítica que permita problematizar una serie de categorías emergentes. En términos generales, la interseccionalidad hace referencia a múltiples identidades y experiencias de exclusión, de subordinación y de opresión que atraviesan las personas, por lo que da cuenta de las diferentes posiciones a la hora de pensar en las formas de dominación, apuntando a complejizar la concepción de género dentro del tejido de relaciones sociales y políticas. El concepto de interseccionalidad permite desafiar el modelo hegemónico de la mujer universal y comprender las experiencias de diferentes mujeres como producto del cruce entre sexo/género, la clase y la raza en unos contextos de dominación construidos históricamente. (Viveros, 2008).

Es importante que se entienda que hay otros espacios donde se intersectan las estructuras de poder; “para las mujeres inmigrantes, por ejemplo, su estatus como inmigrantes puede generar vulnerabilidad de formas igualmente coercitivas y no fácilmente reducibles a la clase social” (Crenshaw, 1991, pág. 92). Las mujeres inmigrantes con ciertos

privilegios sociales, culturales o económicos tendrán más probabilidades y serán más capaces de reunir los recursos necesarios para cumplir con los requisitos de la ley (Crenshaw, 1991). En la situación de las inmigrantes en la Bogotá de los años 30, las mujeres con poco o ningún privilegio social se veían en la obligación de llegar a la capital a trabajar como empleadas domésticas y/o trabajadoras sexuales, debido a que la mujer no contaba con oportunidades de trabajo digno y llegaba a un espacio nuevo con dinámicas y costumbres diferentes.

La interseccionalidad específicamente se ha utilizado para dar cuenta de las percepciones cruzadas de las relaciones de poder, además pone en discusión dos asuntos importantes: “la multiplicidad de experiencias de sexismo vividas por distintas mujeres y la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud” (Viveros, 2016. 8). Esta teoría ayuda a comprender las experiencias de las mujeres pobres y racializadas, en contextos de dominación construidos históricamente, haciendo una mirada más amplia sobre la producción de desigualdades en lugares específicos y hacer un análisis con la realidad misma.

Ejemplo de lo anterior es América latina, específicamente Colombia, que ayuda a captar las relaciones de poder en la vida social, laboral y familiar, que impactan en la vida cotidiana de las personas. Así pues, considero que es fundamental en el análisis central del trabajo, ya que da cuenta de las relaciones sociales como construcciones simultáneas en distintos órdenes, de clase, género y raza, y en diferentes configuraciones históricas, que se ven reflejadas en las novelas de Osorio Lizarazo. Por lo que se intentará centrar el trabajo con la ayuda de varias autoras feministas que traten el tema de interseccionalidad. Dentro del mismo análisis se puede identificar la representación que tiene la mujer a través de la narrativa bogotana, en la medida en que estas mujeres cuentan con posibilidades, como agentes sociales dependiendo de qué categoría cumpla, ya que, la experiencia de vivir en la ciudad es diferente para una mujer pobre, campesina, de color, rica o blanca.

- *Emocionalidad*

Se puede hablar de una sociología de las emociones, hasta después de la década de los ochenta, ya que la sociología hasta ese momento había prestado escasa atención a la realidad emocional de los seres sociales concretos y a la realidad emocional de las sociedades (Bericat, 2000). “En concreto, considerando las primeras publicaciones relevantes como punto de referencia, el nacimiento de la sociología de la emoción se remonta al año 1975, con la aparición en la sociología norteamericana de algunas obras pioneras” (Bericat, 2000, pág. 148). Hoy en día, la sociología de las emociones sigue siendo desconocida en los ámbitos académicos, a pesar de contar con autores importantes. Sin embargo, abre un valioso horizonte a diferentes estudios sociales puesto que “se trata de una sociología aplicada a la amplísima variedad de afectos, emociones, sentimientos o pasiones presentes en la realidad social” (Bericat, 2000, pág. 150)

Así, hablar de emociones es también remitirse a los sentidos, en tanto es una experiencia no solo corporal, sino significativa. Percibir no solo implica recibir estímulos sensoriales, sino a su vez atribuirles diferentes significados en el momento que son percibidos. Así mismo, depende de los condicionamientos culturales y de las preconcepciones que se tengan sobre algún objeto, lugar, situación o sujeto. También está diferenciada por el sexo, la clase y la raza, por lo que no se puede asumir que todas las culturas, ni todas las personas comparten la misma clasificación de los sentidos. Se puede inferir que los sentidos son afectivos, ya que implican procesos emocionales – odio, rabia, amor e indiferencia, llevando a múltiples estados anímicos. En este punto, se retoma a George Simmel, ya que establece que las condiciones sociales de una ciudad moderna impactan a nivel sensorial y afectivo, diferente a lo que se podría evidenciar en el campo. La vida en la ciudad implica un anonimato y las personas pasan desapercibidas.

Olga Sabido, plantea que el estudio sociológico de los sentidos corporales no se limita a lo que las personas sienten, sino a cómo ese sentir da lugar a formas de relación (Sabido, 2017). A partir de esto, en las novelas de Osorio Lizarazo, se irá detallando la forma en que la experiencia de vivir la ciudad determina la relación que las personas tienen con la misma. Otro factor importante al hablar de los sentidos y las emociones es el del cuerpo, ya que con este las personas se mueven y a partir del movimiento se tiene una percepción de su alrededor.

Así, para Simmel la proximidad y la distancia no tienen que ver con el espacio físico sino con el sentido que se asigna a la vecindad, que puede producirse a pesar de la distancia física, o la extranjería con todo y la cercanía corporal (Sabido, 2017). El estudio tanto de la sociología de las emociones como de los sentidos es un campo poco explorado, respecto a otras ramas de la sociología ampliamente trabajadas. En Sabido se menciona precisamente que el vínculo entre estas dos sociologías no ha sido muy trabajado, sin embargo, Simmel a lo largo de sus escritos se notan las reflexiones sobre la ciudad y los sentimientos de soledad que se generan en esta (Sabido, 2017).

Para el análisis sobre la figura de la mujer en la Bogotá de la década de los 30, las emociones son pertinentes, en la medida en que los personajes a lo largo de la narración tienen diferentes percepciones frente al mundo que los rodea, así mismo se imprime un significado emocional, en este caso puede ser de odio, frustración, resignación o tristeza. El tener diferentes emociones respecto a la experiencia que se tiene en la ciudad, ayuda a explorar cómo se sentían las mujeres dentro de esa sociedad y cómo se las encasillaba en roles particulares. Para abordar el tema de las emociones se retomará a George Simmel y a Olga Sabido, ya que tratan no solo el tema de las emociones, sino de las emociones y sentidos dentro de la ciudad y como las diferentes experiencias de vida se ven reflejadas. Sabido menciona que el un signo permanente de la modernidad es el desarraigo, una incapacidad de pertenencia (Sabido, 2018). Y, por último, se mencionará la precursora de esta rama de la sociología Arlie Hochschild, pues para ella, practicar la sociología de la emoción es “teorizar sobre todo aquello que se hace evidente cuando hacemos la simple asunción de que lo que sentimos es tan importante como lo que pensamos o lo que hacemos para el resultado de la interacción social” (Hochschild 1990, como se citó en Bericat, 2000).

Conociendo a José Antonio Osorio Lizarazo

Osorio Lizarazo: Representación de monótonos recuerdos repetidos

Una ciudad como Bogotá debe ser entendida desde su propia heterogeneidad, como un espacio en donde cualquier cosa puede suceder, entendiendo que la ciudad no es lo urbano. “La ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables. Una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí” (Delgado, 1999, pág. 23). Para la década de los 30, la capital colombiana comienza a experimentar los fenómenos propios de la gran urbe, procesos de transición cultural, social y económica, que la van convirtiendo en la gran ciudad -ciudad masificada- la cual según Romero, alojaba una intensa actividad, con luz, servicios de diversa índole, negocios grandes y pequeños, con gente de buena posición que podían necesitar “criados” o los servicios propios de la vida urbana (Romero, 5ta ed. 2001). También se debe tener en cuenta que Bogotá estaba en un proceso de industrialización, por lo que era más atractiva para el mejoramiento de la calidad de vida de los inmigrantes. Sin embargo, el crecimiento demográfico de Bogotá no solo comenzó a atraer más personas, sino sus servicios y oportunidades se hacían más deficientes.

En este punto es donde se retoma a José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)¹, ya que fue un novelista del realismo social y temas urbanos durante la primera mitad del siglo XX, ofreciendo una de “las descripciones más amplias y sistemáticas sobre las distintas formas de vida que caracterizaron el periodo de formación de la gran ciudad y sus significados para la transición social a la modernidad en América Latina” (Neira, 2004, pág. 20). Osorio Lizarazo tuvo labores como periodista y reportero judicial, las cuales se reflejan en su preferencia por el realismo, ya que las diferentes visitas que hizo a vecindades, prostíbulos, estaciones de policía y barrios marginados lo acercaron a las problemáticas que ya tenía Bogotá. El periodismo lo ayudó a conocer a las víctimas del abandono estatal,

¹ Cronista, novelista y periodista bogotano, nacido el 30 de diciembre de 1900 en la naciente capital de Colombia, Bogotá y más exactamente en el barrio la Nieves, un barrio obrero ubicado en el centro de la ciudad. Estudio en el Colegio San Bartolomé, lugar donde asistían las élites bogotanas de la época y murió el 12 de octubre de 1964.

mostrando por medio de sus crónicas y escritos, la coyuntura cultural y social que llevaba a Colombia a una inminente miseria. La literatura de las décadas de los 30 y 40, se enfocaba en las comunidades indígenas y campesinas, mientras que Osorio Lizarazo, se fijó en el momento en que las masas urbanas se crearon en la ciudad, entendidas, como una categoría económica, social y cultural, propias de la modernidad, por esto, la mayoría de sus personajes son situados en esa Bogotá. Por otro lado, se considera que Osorio Lizarazo es uno de los precursores de la literatura sobre la gran ciudad en América Latina, ya que, rompe la forma en que la sociedad oculta su propia masificación y crecimiento.

Es de resaltar, que el escritor crea una de las sagas literarias sobre las vidas anómicas, concepto que se entiende como el estado de pérdida de orden social o aislamiento del individuo, también, se concibe como un estado de ausencia de la conciencia acerca del lugar y del estatus que un individuo o grupo tiene dentro de la sociedad urbana. Esta anomía surge durante el proceso de esta ciudad masificada en América Latina, específicamente en Colombia. A lo largo de sus novelas y crónicas, Osorio Lizarazo deja claro que gran parte de la historia colombiana de esa época estaba enmarcada en conflictos urbanos, que no se habían tenido en cuenta, en donde, además, esas vidas anómicas, eran comunes dentro de los habitantes, planteando una concepción de la novela como forma de expresión. También, asume la literatura como un espacio de contienda en Colombia, en donde se puede utilizar para dar cuenta de los sucesos, así el arma más efectiva que tiene Osorio en sus escritos es el lenguaje sencillo, aquel que es fácil de interpretar y se acerca sobre todo al pueblo.

La escritura de Osorio Lizarazo se muestra como una apuesta por describir un tiempo y espacios específicos, por describir la vida de las personas, y sus múltiples formas de vivir y experimentar la ciudad desde su posición social. En palabras de Luz Mary Giraldo “responde a un anhelo de progreso, pertenece a un presente histórico que aspira a la construcción de un lugar feliz para el futuro; sin embargo, al tiempo que seduce desilusiona, pues no responde a las expectativas generadas” (Giraldo, 2001, pág. 50) En sus novelas describe una Bogotá de las chicherías, los burdeles, las pensiones, las cárceles, la desigualdad, el hambre y la pobreza, contribuyendo a evidenciar la realidad cotidiana, mientras que otros novelistas de la época se seguían centrando en la vida rural. La época

escogida para el proyecto de investigación coincide con el periodo de tiempo en que se lleva el trabajo de Osorio Lizarazo: 1930-1946, periodo el cual es conocido como la República liberal, designando un suceso importante para el Partido Liberal, en el cual retomó el control del Estado y sus instituciones más importantes. “Esa época conoció importantes esfuerzos de cambio social y político, relacionados, por ejemplo, con la separación entre la iglesia y el Estado, la búsqueda de una educación laica, el reconocimiento de los trabajadores y sus sindicatos, o el deseo de ampliar la ciudadanía, para la cual, entre otras cosas, se buscó difundir la cultura, entre el pueblo por medio del cine” (Vanderhuck, 2012, pág. 20).

Los trabajos que publicó durante esta época se clasificaron como *novela social* y de transformación social, pues representan las inquietudes y angustias colectivas. Además, se puede decir que el caso de Osorio Lizarazo revela un problema sociológico para tener en cuenta: una relación entre diferentes expectativas y las posibilidades efectivas de llevarlas a cabo, en el caso de sus textos es una relación frustrada y muchas veces imposibilitada por la conformación de la sociedad bogotana de la época, para las clases bajas y los inmigrantes campesinos. No solo se puede analizar desde el ámbito sociológico, sino también antropológico e histórico, ya que su narrativa revela diferentes opiniones sobre los espacios sociales en el transcurso de un tiempo determinado en Bogotá, actividades comunes, vida cotidiana y procesos culturales que subyacen en esa urbe que se estaba creando. Su estilo repetitivo sobre estas experiencias es su forma de expresión artística, con la que busca por medio del *pathos* de la reiteración y repetición, hacer visible la vida cotidiana anómica que se vivía en Bogotá. En un trabajo extenso sobre la obra y vida de Osorio Lizarazo, Calvo afirma:

“Osorio Lizarazo describió como cronista y novelista diversos procesos, actividades y espacios tangibles a través de la experiencia de sujetos (personajes) urbanos: procesos como la migración campesina a la ciudad, la constitución de las clases sociales modernas, la conversión de los periódicos en empresas comerciales, el desarrollo y la especialización de nuevas zonas urbanizadas, la formación del aparato burocrático y la intervención en la ciudad de instituciones encargadas de la política social; actividades diversas como la servidumbre doméstica, el comercio callejero, el robo, el trabajo artesanal, la prostitución, la magia, el espiritismo, el empleo burocrático, el periodismo, la literatura y la agitación revolucionaria; espacios de

sociabilidad como la mesa de redacción, la imprenta, la calle, la plaza de mercado, la casa de vecindad, la chichería, el barrio, el suburbio, el prostíbulo y la oficina pública”. (Calvo, 2009, pág. 116)

La ciudad descrita por Osorio Lizarazo oscila entre un lugar ideal para vivir y un lugar decadente, donde se encuentran constantes dicotomías entre la mentalidad burguesa y las costumbres tradicionales campesinas y una ciudad imaginada y una vivida; una imaginada se puede entender como esta imagen que tiene la ciudad ideal donde hay buenas oportunidades -educación, cultura, desarrollo profesional, social y económico-, mientras que la vivida, es la que se muestra como un monstruo -conflictos, desordenes, miserias económicas, sociales y morales, suciedad, degradación-. Estas dos ciudades son experimentadas por inmigrantes y desplazados de los campos, y esa vida anhelada de cambio, se transforma en un laberinto sin salida. Dentro de la obra de Osorio Lizarazo, existe una tensión entre lo real y lo idealizado, mostrando así, el desarrollo urbanístico de Bogotá en las primeras décadas del siglo XX (Giraldo, 2001)

“La ciudad nos dice su pasado, lo contiene como las líneas de la mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras” (Giraldo, 2001, pág. 244). Se entiende como un escenario donde coinciden diferentes voces y donde se mezclan sueños, deseos, fantasía e imaginaciones que los habitantes construyen en función de esa ciudad imaginada y vivida, representando una conexión social entre los individuos que la experimentan. Así, Osorio Lizarazo hace una narración fiel en cuanto a los espacios, a la vida cotidiana, a las actividades de las personas y a la caracterización de cada personaje según su clase social y su procedencia. Lo interesante de leer este tipo de escritura, es que gran parte de las características de los personajes son acordes a una clase media y baja en Bogotá, construyendo un perfil sociológico de los personajes.

Bogotá y las calles

Calles, andenes y entradas grises, rodean con un profundo olor a tristeza los barrios lejanos, esos de los que brevemente se susurran y muy pronto se olvidan. Huellas de miseria, tristeza y soledad quedan tatuadas en cada centímetro del camino, perduran en el tiempo a pesar de los estragos. Bogotá, laberinto urbano, repleta de calles cada vez más grandes y otras más pequeñas, más invisibles. Unas sin sueño, otras oscuras y vacías... sucias.

Y al final, la calle es de quien la camina, de quien la vive, de quien la siente. Calles llenas de recuerdos, en donde tropezamos constantemente con un olor vacío de lluvia y dolor.

Capítulo 1

“El arrabal es el reflejo de nuestro tedio. Mis pasos claudicaron cuando iban a pisar horizonte y quedé entre las casas, cuadrículadas en manzanas diferentes e iguales como si fueran todas ellas monótonos recuerdos repetidos de una sola manzana”.

(Jorge Luis Borges - El Arrabal)

Contexto Histórico

1.1.Desempolvando la Bogotá de los años 30

Cada persona tiene su propia ciudad, la cual construye y destruye desde su historia familiar, social, cultural o ideológica. La ciudad alimenta los diferentes imaginarios, relacionando la realidad y la fantasía con los modos expresivos en que se vive, por eso la ciudad se debe considerar más allá de un espacio construido y poblado. También se debe considerar en palabras de Armando Silva como un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras. Es una forma de crear y recrear recuerdos e ideas de habitarla, también una forma de construcción y representación de la vida urbana, la cual no se construye únicamente a través de la experiencia directa, sino de la experiencia colectiva. Así mismo, “la ciudad moderna constituye una categoría sociológica compleja, cuya naturaleza, elementos constitutivos y fuerza cultural son originariamente occidentales y europeos” (Bettin, 1982, pág. 5).

Hacer un recorrido por la memoria de las calles y de sus habitantes, hace inevitable entrecruzar las tensiones de un país que se abre lenta y difícilmente a la modernidad, pues, la forma en que los habitantes se van apropiando de los espacios, va dando cuenta de los vacíos de la organización y del Estado al cubrir las necesidades y brindar oportunidades a todos por igual. Realizar una investigación sobre la historia de una ciudad, es hacer también un aporte desde las rutinas de la vida diaria, hasta las historias de las ideas y de las sensibilidades que van conformando los modos de pensar y de sentir de toda una sociedad. Además, las

interpretaciones sobre la situación de una ciudad a través de las formas narrativas de la época ofrecen matices que complementan y profundizan, por eso estas miradas son abiertas a la libre interpretación e indagación; y, amplias en su perspectiva crítica en los rumbos a nuevos análisis. Así, la ciudad se debe entender como una estructura eminentemente cultural, donde se entreteje un mundo de evocaciones, melancolías, utopías, valores, actitudes, asombros e imaginarios urbanos (Kronfly, 1996, pág. 191). El hecho que en cada habitante de la ciudad esté inscrito un cúmulo de sensaciones particulares, como los olores, las imágenes, los sonidos, lleva a que la ciudad sea un tejido de sensaciones, donde el solo caminar por las calles, las personas entran en contacto con una red de estímulos.

Durante las primeras décadas del siglo XX, llegaron arquitectos extranjeros a Bogotá, dejando plasmada su propia visión, aparece el concepto de Ciudad Jardín, el cual proponía sustituir las ciudades industriales por otras más pequeñas rodeadas de tierras agrícolas, mezclando la ciudad con el campo, en contraposición a las viviendas obreras que se construían en esa época en Europa. Esto sirvió de inspiración para el diseño de algunos barrios y avenidas de Bogotá durante los años 30. El significado que tenía las calles para los habitantes de Bogotá se centraba en espacios de encuentro y de convivencia, sin embargo, al pasar las décadas, la calle era para caminar lo más veloz que se pueda, así la velocidad de la ciudad se resignifica constantemente, debido a las dinámicas que se estén dando en el momento.

Ahora bien, Bogotá, fue durante siglos una ciudad aislada, encerrada en sí misma, ubicada en un altiplano de difícil acceso terrestre, insípida y rústica. Hacia los años 30, en Bogotá comenzaron a aparecer casas uniformes, con calles rectas y bien delineadas, parques, iglesias y escuelas a diferencia de las chozas sin ventilación, pequeñas y signos de suciedad que existían a principios de siglo, (Noguera, Álvarez, & Castro, 2000) la ciudad experimentó grandes mutaciones, como el crecimiento acelerado y con esto, su forma y su funcionamiento se transformó. La congestión en el centro de la ciudad, la expansión física hacia las periferias y la precariedad de las viviendas de lo más pobres, fueron algunos de los problemas que la ciudad tuvo que afrontar con ese crecimiento demográfico. Dado que desde comienzos del siglo XX ya en diversas ciudades del país se estaban dando señales por el interés de mejorar la calidad de vida del obrero y las migraciones del campo a la ciudad fueron constantes,

surgió la necesidad de obras de infraestructura, sanidad, educación e industrialización, por lo que se crearon los barrios obreros. En la mayoría de estas zonas, no existió ninguna planificación sobre la manera de distribución de las viviendas, muchas fueron construidas en adobe con cubiertas de paja, sin ningún tipo de servicio público complementario, situación que generó grandes problemas de hacinamiento y focos de infección” (Ruiz & Cruz, 2007, pág. 18)

Hay varias excepciones en cuando a la creación de barrios obreros, entre ellos el Restrepo y el Centenario, en donde el Estado llevó a cabo diferentes obras arquitectónicas y urbanísticas, si bien han sido transformados radicalmente a principios del siglo XX fueron importantes elementos en la forma de construir ciudad. Otra excepción fue Villa Javier, por lo que es importante resaltar la importancia de este barrio no solo dentro de los estudios de Vivienda Social en Colombia, sino también en los experimentos que durante muchas décadas intentaron construir una nueva sociedad. La importancia histórica de la fundación de Villa Javier reside en que fue la primera obra de Vivienda Social planeada, si bien presentó sesgos e inconsistencias, la estrategia fue de corte socializante, con planes reguladores, reglamentos, controles y planeación de los servicios comunitarios, esto, con el fin de ser el primer barrio modelo con una comunidad unitaria, armónica y autosuficiente. El recorrido por la memoria de las calles, de los barrios, hace inevitable que se entrecrucen las tensiones de un país que se abría lenta y difícilmente a la modernidad. Tener en cuenta la historia de la conformación de los barrios es aportar desde las rutinas de la vida diaria, hasta la transformación de ideas y sensibilidades que van conformando los modos de pensar y de sentir de toda una sociedad. (Saldarriaga, 1994)

En el texto de Salazar se detalla la vida cotidiana a principios del siglo XX en el barrio Villa Javier -ubicado entre las calles 7 y 11 sur y entre carrera 3ª y 4ª- el cual no solo fue uno de los primeros barrios obreros en Bogotá, sino también fue parte de un experimento social del sacerdote José María Campoamor, con el fin de crear un barrio modelo, una gran familia obrera. Con ideas arraigadas respecto al rol de la mujer en la sociedad, en primer lugar, las mujeres tenían que contar con el permiso de sus padres para salir de sus casas o estar acompañadas permanentemente de alguien de la familia y, en segundo lugar, las mujeres eran

capacitadas para ser cajeras, modistas, maestras o cocineras, vivían en casas donde eran preparadas para los quehaceres del hogar (Salazar, 2000). Los hogares en las ciudades colombianas eran espacios exclusivamente femeninos, donde la mujer se encargaba de las tareas domésticas y el hombre del trabajo, el cual, en este caso era fuera del barrio, lo que lo hacía más cercano al resto de la ciudad y a sus diferentes dinámicas. Estos roles regidos por la religión, en donde el ejemplo de la moralidad ante Dios de la obrera ideal y del ejemplo de hogar, recaían en la mujer, por lo que había un control del cuerpo femenino; en cuanto a la ropa, la mujer no debía usar escotes, ni mangas cortas y se le hacía un tipo de mapa de comportamientos y recomendaciones para la vida diaria, una vez se casara.

La vida cotidiana giraba alrededor de múltiples celebraciones y conmemoraciones, las cuales eran propias de los barrios obreros, en donde eran formas de afirmar la identidad. Además, se mezclaban los espacios sagrados con las prácticas cotidianas del resto de la ciudad -como lo era Villa Javier-, es decir, espacios religiosos, con espacios considerados prohibidos como lo eran las chicherías o la venta de la chicha, las actividades se realizaban con tanta dedicación que el consumo de chicha pasaba como una forma de celebrar y unir a todos los asistentes; si bien la chicha era el alimento principal de la clase baja, fue considerada como un problema para la ciudad. La chicha era considerada un factor para el empeoramiento de la raza, pues era un desperdicio económico e implicaba la improductividad, ya que la mayor parte del tiempo libre era destinado a estar en las chicherías. Esto comenzó a cambiar solo hasta mediados de la década de los 40, cuando se incentivó el consumo de la cerveza (López M. d., 2011) gracias al auge que tomó la empresa Bavaria.

Esto lleva a mencionar que las clases bajas o campesinas eran vistas como enfermedades sociales y degeneraciones raciales, individuos inadaptables y débiles mentalmente, los cuales solo causaban la miseria del pueblo (López M. d., 2011). Así, durante este periodo, se intentaron realizar reformas sociales, con el fin de cambiar la base racial de Colombia y separar a al pueblo de sus hábitos y costumbres tradicionales, imponiendo una dicotomía entre lo tradicional, como degeneración y atraso: y la industrialización y la modernidad, como avances económicos y sociales. Se ve una Bogotá iniciando un proceso incipiente de industrialización, se intenta modernizar, pero el

crecimiento acelerado y la aparición de nuevos elementos hace que la ciudad entre en caos organizacional.

El sistema capitalista que surgió afectó directamente la condición de vida de las personas con menos recursos, ya que no podían acceder a las nuevas necesidades básicas, como los servicios públicos, el agua, la luz, el transporte entre otros, por lo que quedaron estancados e imposibilitados para cambiar sus prácticas sociales populares y tradicionales. Tanto era el afán por cambiar el comportamiento de los habitantes que “en 1936, Jorge Eliécer Gaitán prohibió la ruana y las alpargatas a los chóferes del transporte público” (López M. d., 2011, pág. 13). Por lo anterior, la modernización de la ciudad se puede entender en dos aspectos: la transformación física de los espacios originariamente tradicionales a unos premodernos; y, los cambios surgidos en la mentalidad individual y colectiva de las personas, respecto a los cambios de concebir la ciudad.

Llegar a ser moderno no es algo voluntario, es casi una obligación en un mundo en donde el crecimiento demográfico lleva a cambios y nuevas conformaciones, por eso mismo en este periodo las clases bajas tuvieron un estancamiento en sus condiciones de vida, ya que no lograron alcanzar ese capitalismo moderno en su cotidianidad. En consecuencia “el progreso se veía limitado por los ingresos y gastos de las familias de clase baja” (López M. d., 2011, pág. 27). El ideal de modernización que se propuso a comienzos del siglo XX estaba representado en un conjunto de acciones dirigidas al mejoramiento universal de la calidad de vida de las personas. Sin embargo, en el caso de Bogotá seguían estando mezcladas las mentalidades tradicionales con las nuevas mentalidades de modernidad, generando una segregación de las clases sociales que se estaban consolidando (Saldarriaga, 2000). Estas desigualdades entre habitantes, “da origen a múltiples maneras de relación ciudadana con el espacio urbano, distintas formas de habitar [...] en el entendimiento y manejo de la ciudad como un todo y de sus diferentes partes, en la valoración y apropiación del espacio público y en el entendimiento de los significados de los lugares urbanos” (Saldarriaga, 2000, pág. 242).

La identidad de los habitantes de los barrios obreros en esa época se construyó a través del imaginario de lo popular, lo obrero y lo político, de la chicha, el tejo y el trabajo

asalariado. Aun cuando el Estado quería despertar en estos sectores populares un sentimiento de amor por la ciudad que debía reflejarse en esa modificación y adquisición de comportamientos y costumbres propias de la modernidad, estos se encontraban limitados. Los sectores populares eran concebidos como espacios de desaseo, promiscuidad, oscuridad y estrechez, los cuales albergaba individuos débiles, amantes del alcohol e incapaces de habitar la nueva ciudad (Noguera, Álvarez, & Castro, 2000).

La conformación de la ciudad, como se ha mencionado cambió el estilo de vida de los habitantes e impuso nuevas formas de habitar Bogotá. La idea de la modernidad no solo buscaba cambios físicos en su arquitectura, sino también en las costumbres tradicionales de los migrantes rurales. Durante estas migraciones del campo a la ciudad, se logra identificar que muchas de las migrantes fueron mujeres jóvenes y solas que no encontraban actividades dentro de la propiedad campesina o en haciendas aledañas. Algunas mujeres encontraban trabajo en la fábrica o en talleres de artesanos, pero la mayoría se empleaba en el servicio doméstico de las clases altas. Las familias campesinas preferían enviar a sus hijas como empleadas domésticas antes de verlas trabajando en las fábricas, ya que se asociaban con el libertinaje (Reyes, 1995). La mezcla del campo y la ciudad implicaba un choque de tradiciones y prácticas cotidianas, frente al que el Estado impulsó diferentes políticas de cambio, con ayuda de las nuevas clases altas que se estaban conformando.

1.2. Costumbres en la Bogotá de principios de siglo XX

Por su parte, la distinción entre el espacio público y el privado se consolida hasta el siglo XX, debido a los procesos de urbanización, industrialización y fortalecimiento de una nueva sociedad burguesa y capitalista. Durante esta época no se cerraban ni puertas, ni ventanas, las casas se encontraban a disposición de quién quisiera entrar y visitar. “Las puertas abiertas se constituía así, en una especie de frontera flexible entre lo público y lo privado [...] el fisgoneo, la mirada sobre la calle y la casa vecina, jugaban un papel importante en el control social” (Reyes & González, 1996, pág. 208). Los hogares de las clases altas en su mayoría contaban con servicio doméstico, proveniente de las mujeres migrantes campesinas, acá, la situación de las mujeres que venían del campo era aún más

caótica, ya que en muchas ocasiones no se les pagaba un salario justo y perdían la libertad, viéndose limitadas a la vida de la familia en donde trabajaban. Si bien las mujeres migrantes debían enfrentarse a la ciudad desconocida, desarraigadas cultural y afectivamente, sin vivienda y sin ningún conocido, se veían obligadas a buscar alguna familia que las recibiera o algún inquilinato o pensión en donde instalarse

Al hablar de la vida cotidiana de los habitantes de Bogotá en la primera mitad del siglo XX se debe tener en cuenta, como se ha mencionado, las divisiones de clase que se han conformado, ya que se debe en gran medida a las apreciaciones y sentires de cada persona sobre la ciudad. Esto se ve plasmado por las personas de clase alta que tenían acceso a escribir y publicar – en su mayoría hombres-. La descripción breve que se hace a continuación tiene sus limitaciones y se debe a ese acceso limitado de escribir, publicar y hablar por parte del sector popular, por lo que se debe entender esto como una visión parcial sobre el sentir la ciudad por parte de las clases bajas. Estas mismas limitaciones al acceso de esa modernidad anhelada por las clases altas, arraigaban con más fuerza las costumbres tradicionales, los modos de expresarse, de vestir y de vivir.

Hogares de ricos y hogares de pobres

Es interesante imaginar la condición de las viviendas durante ese momento específico entre las diferenciadas clases altas y bajas; las primeras contaban con viviendas amplias, las cuales estaban decoradas con porcelanas, imágenes religiosas, pianos y tocadores. Además tenían espacios determinados para sus actividades, por ejemplo, la sala era donde atendían las visitas; cocina, bibliotecas, despensas, cuarto de costura, de lavandería. Por otro lado, en 1936, las viviendas de las clases bajas se limitan a habitaciones de 8 metros cuadrados, sin ventanas, sin baño, dentro de inquilinatos que albergaban entre 20 y 40 familias (López M. d., 2011). Siendo “ranchos destartalados, de piso de tierra y una sola habitación, que hacía las funciones de sala, cocina y dormitorio” (Reyes & González, 1996, pág. 214).

En un principio los inmigrantes ocuparon el casco urbano de la ciudad, el cual había sido abandonado por la clase alta, con el fin de alejarse del ruido y la actividad comercial que

se había apoderado del centro de la ciudad. Convirtiendo las antiguas casas lujosas, en “casas de inquilinato, donde familias hasta de trece miembros se hacían en una habitación. Muchos de estos cuartos se describieron como “cuartos ciegos”, covachas sin ventilación alguna, oscuras y sin servicios sanitarios” (Reyes & González, 1996, pág. 213). Por eso, se debe tener en cuenta que las delimitaciones de las ciudades también hacían que las viviendas tuvieran aspectos específicos, es decir, en la conformación geográfica de la ciudad el norte era clase alta; el centro, clase media; el sur, popular; todo de una manera rigurosamente delimitada. Mientras las viviendas de la clase alta eran claras, con amplios jardines verdes, el del resto de habitantes eran oscuras, estrechas y húmedas.

Una descripción de las cocinas bogotanas de finales de siglo XIX y principios del XX, se expresa de la siguiente forma: “Había una gran piedra que se utilizaba exclusivamente para moler y aderezar el chocolate. Un trípode de piedras donde se hacía el fuego para colocar sobre él las ollas y calderos de hierro y arcilla [...] la tradicional paila de cobre en que se preparaban los dulces. Albergaba también la enorme tinaja en la que se almacenaba el agua potable” (Reyes & González, 1996, pág. 209). Por su parte, las cocinas de las clases bajas no estaban dotadas de utensilios y casi siempre, se encontraban alejadas de las casas. Para las clases altas, se destinaba un espacio para el oratorio y para la costura, estos espacios eran los preferidos por las mujeres, ya que las prácticas religiosas eran parte fundamental de la vida personal y familiar. Para los años 30, en las casas de las familias de clase alta la implementación de la nevera o del fogón eléctrico, implicó un cambio en las dinámicas. Por ejemplo, la nevera “no solo introdujo modificaciones en la culinaria y en los gustos alimenticios, sino en el uso del tiempo de las empleadas domésticas y las señoras de casa, que anteriormente, debían salir de compras para proveerse a diario de ciertos productos perecederos” (Reyes & González, 1996, pág. 212).

Necesidades modernamente básicas

Para finales de 1920, Bogotá contaba con una incipiente dotación de servicios públicos y algunos sitios de recreación, que se construyeron para el uso de los bogotanos. A medida que

trascurrida el siglo XX, se fueron convirtiendo en un indicativo del proceso de modernización que poco a poco se estaba dando.

El *agua* no alcanzaba para todos los habitantes, por lo que las casas de élite eran las únicas que durante la década de los 30, ya contaban con papel higiénico, plomería y aparatos sanitarios (López M. d., 2011). La instalación del acueducto y del alcantarillado, era una forma en que las clases altas se alejaron de lo sucio, por lo que el agua se ve como un elemento de distinción, trajo nuevas nociones sobre el cuidado del cuerpo y la higiene, siendo un factor determinante para el desprecio hacia los sectores populares de la ciudad. “El auge del baño diario será de tal importancia que él distinguirá a los hombres aseados con nociones de bondad, de buen desempeño laboral y mayores dignidades, mientras que la falta de baño se asociará al vil, hampón, perezoso, mal trabajador y una serie de adjetivos que desmeritaban a la gente que no tenía acceso al agua potable” (Blanco & Salcedo, 2012, pág. 218). Gracias a la llegada del acueducto y del uso cotidiano del agua, la concepción del cuerpo femenino cambió, ya no solo era considerado como algo pecaminoso, sino también como un instrumento de placer y seducción, en lo que ayudó la publicidad de champús y jabones.

La *luz* significó el punto álgido de la industrialización, “no solo puso a funcionar la maquinaria, sino que le proporcionó a la industria la manera de hacer más extensas las jornadas de trabajo, puesto que con esto fue posible alumbrar la noche como si fuese el día” (Blanco & Salcedo, 2012, pág. 219). Además, era considerada como una señal de progreso, sin embargo, la clase baja no podía acceder a los alumbrados, debido a sus bajos ingresos y gastos de las familias, eran lujos con los que solo contaban las clases privilegiadas.



Empresas Unidas de Energía Eléctrica- Nuevas plantas de generación, 1930

Tomada de: Vargas, J, Gutiérrez, E & et al (2007) Historia de Bogotá. Ed. Villegas editores.

El teléfono era otro lujo durante la década de los 30 y 40, ya que tenía diferentes costos, en cuanto a las llamadas y las instalaciones. A su vez, cambió la percepción de las distancias, ya que se entraba en contacto con otros lugares de la ciudad y más adelante del país. A pesar de ser un objeto lujoso dentro de las clases altas, al principio se desconfiaba de la efectividad al contactar con personas que se encontraban en otros espacios (Blanco & Salcedo, 2012). Otro aspecto importante para mencionar es la labor de las telefonistas, ya que hicieron parte de ese pequeño grupo de mujeres que trasgredieron su labor en el hogar o en el convento, para entrar al mundo laboral, sin embargo, así como les daba importancia en la economía familiar, también implicaba nuevas formas de explotación. Lo que llevó a una huelga de telefonistas en 1928 en Bogotá



Central de teléfonos de Bogotá años 20 y 30. Solo hasta los años 40 se hicieron gestiones para establecer el servicio automático de teléfonos.

Fuente: Felacio, C (2012) La huelga de las telefonistas: Condiciones, problemas y manifestaciones de las mujeres obreras a comienzos del Siglo XX en Bogotá. Revista Bogotá pasando Vol 5, N° 1.



“Las señoritas telefonistas en la puerta del edificio con la bandera colombiana”

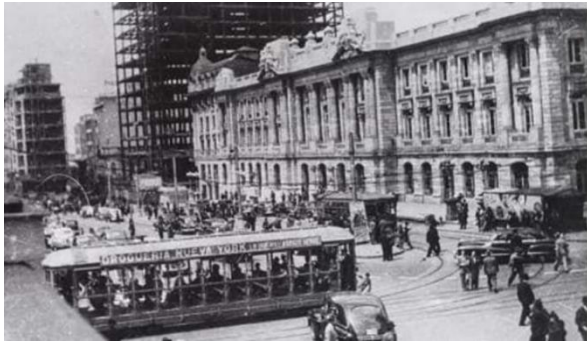
Fuente: Felacio, C (2012) La huelga de las telefonistas: Condiciones, problemas y manifestaciones de las mujeres obreras a comienzos del Siglo XX en Bogotá. Revista Bogotá paz-ando Vol. 5, N° 1.

El *transporte* fue uno de los elementos importantes para el cambio en la forma de ver y vivir la ciudad, pues, la implementación de nuevos medios de transporte como el tranvía y el automóvil, aceleraron las actividades de las personas y la reconfiguraron, ya que se organizó con determinados horarios que los habitantes debían cumplir. Durante la década de los 30 el ritmo aún era lento y monótono y la vida se regía por las campanadas de la iglesia y por las horas del almuerzo y las onces; con el crecimiento progresivo de la ciudad, en la década de los 40 se dio la necesidad de aumentar aún más el transporte. Esto siguió generando cambios en el modo de vida urbana, en las calles ya no había lugar para el distraído, ya que cambió la forma de asumir el espacio, habitar la ciudad, siendo esta más caótica y acelerada (Prieto, 2018). Con la aparición de los nuevos medios de transporte se creó la figura que aún hoy existe en Bogotá: el trancón, al igual que en la actualidad causaba malestares, no solo por el tiempo, sino por el mal estado de las vías y por el mal trato de los funcionarios (Blanco & Salcedo, 2012).



Tranvía eléctrico de San Francisco 1944

Fuente: Vargas, J, Gutiérrez, E & et al (2007) Historia de Bogotá. Ed. Villegas Editores



Centro de Bogotá años 30-40.

Fuente:

<https://www.facebook.com/groups/1287875097929717/>

Vistiendo a la moda

En la década de los 30, la segregación y diferenciación de las clases sociales se reflejaban en la ropa. Las mujeres de clase alta utilizaban guantes, zapatos de tacón, escotes, collares, vestidos hasta la rodilla; y, los hombres, vestían paños, corbatas, chalecos, relojes y paraguas, ropa costosa, la cual era inasequible para los salarios de los obreros. Los hombres, al tener más acceso al mundo exterior, adoptaron el estilo Carlos Gardel, “el uso del sombrero, que también tuvo su evolución: de alas anchas a más cortas y adornado con cintas y plumas, los más deportivos utilizaban las cachuchas” (Ruíz, Niño. 2007; 28). La idea de diferenciación de las clases altas se veía reflejada en estar al día con la moda y los estilos europeos y el mundo occidental moderno en general. (Peralta, 2013)



La avenida Jiménez. Al fondo, la fachada del palacio de San Francisco, el tranvía, la torre de la Iglesia de San Francisco. Dama elegante, con un atuendo a la moda (1936- 1938) Revista PAN

Paños ingleses que vendía en Bogotá Don Félix Salazar e hijos. (1936- 1938) Revista PAN



Por su parte, la clase baja, seguía en la cultura popular y tradicional utilizando ruanas, ponchos y alpargatas, es interesante la imagen de las medias veladas, ya que, tanto para las mujeres de clase alta, como de clase baja, esta prenda representaba elegancia. A pesar de esto, los diferentes estilos de ropa iban cambiando rápidamente al pasar el tiempo, incansablemente una prenda reemplazaba a otra.



Bogotá. Plaza de las Nieves con la iglesia al fondo, y los trabajadores bogotanos de finales de la década de 1930.

Fuente:

<https://co.pinterest.com/pin/842806517745084486/>

¿Qué comer según la clase social?

Tanto las formas de comer y la dieta que llevan las personas modelan no solo su cuerpo, sino también sus condiciones de existencia y sistemas de pensamiento. Los alimentos están sujetos a condiciones de publicidad y políticas, por lo que se puede pensar que las personas están sometidas a regímenes de poder dependiendo de lo que consuman y del acceso al mismo. “Consumir ciertos alimentos, de cierta manera y en ciertos lugares definía la

superioridad de la clase hegemónica y por lo tanto la legitimidad de su poder” (Cardona, 2010. 6).

Por ejemplo, la chicha era considerada una bebida pecaminosa que tenía efectos especiales en los cuerpos de los campesinos, mientras que la cerveza fue la bebida de la clase alta, porque significaba un estandarte de progreso, ya que el proceso de esta bebida era completamente industrializado. En otras palabras, la cerveza se convirtió en sinónimo de desarrollo. Se creía entonces, que “la chicha se reflejaba en la miseria, el letargo, la timidez de las clases campesinas y pobres de la ciudad de Bogotá, lo que significaba que el proceso al que se sometía la bebida era dañino” (Cardona, 2010, pág. 55). El pan también diferenciaba a las clases sociales, para la clase alta, el pan estaba hecho con harina de trigo, mientras que, para la clase baja, el acceso al pan era limitado, así que este, era una mezcla de maíz y otros cereales. Por otra parte, a principios del s XX, el chocolate se consolidó como alimento fundamental dentro de la dieta de las personas, así mismo la publicidad y las marcas hacían la diferente entre las clases sociales. El azúcar, era un producto de lujo que sustituía a la panela, “debido a la multiplicación de haciendas de caña que se abren en estos años y que se modernizan con maquinaria importada para la producción eficiente” (Cardona, 2010, pág. 22).

Es importante tener en cuenta que las mujeres moldeaban los hábitos alimenticios lo que sin premeditar garantizaba una civilización en los años siguientes. Sin embargo, también había diferenciación de clases, las mujeres de clase alta, al no salir casi de sus casas contaban con el tiempo suficiente para estas labores de alimentación, mientras que “las mujeres de clase baja – indígenas, negras, mulatas y mestizas- tenían que ofrecer servicios domésticos como de cocina, de aguatera o expendedora de víveres en los mercados. La vida de las mujeres dedicadas a estos oficios era muy difícil y sus condiciones de vida bastantes precarias. Al tener un contacto directo con el alimento ofrecido a las clases altas, estas mujeres se volvieron foco de reglamentación por parte de la elite para formalizar sus hábitos” (Cardona, 2010. 42)

La libertad de algunos y el trabajo de otros

Los espacios para hacer uso del tiempo libre entre clase alta y clase obrera se diferenciaban entre clubes, donde se practicaban deportes como tenis, golf y polo, y se hacían lujosas fiestas. Cafés como Asturias, La Victoria, La cigarra, fueron populares durante la década de los 30, estos eran centros de reunión y tertulias para los hombres, es decir, espacios de encuentro y discusión, representando el centro de vida de la calle. En contraste las chicherías, tanto para hombres y mujeres, se centraban en la clase obrera. (López-Urbe, 2011). Por otro lado, existía una brecha en los grados de modernidad y las actividades para las diferentes clases sociales, un ejemplo de esto era el toreo, - Plaza de toros San Diego (1917), Plaza de toros La Santamaría (1931)- el cual durante el siglo XX fue una actividad para todos los estratos, sin embargo, las élites quisieron distanciarse con nuevas actividades en espacios más exclusivos, así que el toreo se consideró burdo, plebeyo y sin sentido estético (Peralta, 2013)

La separación social en cuanto al consumo del cine se dio cuando se ubicaban a las personas que pagaban menos en la parte posterior de la pantalla; “estos tenían que aprender a leer los letreros al revés o llevar un espejo para poder entender las películas” (Blanco, Salcedo. 2012; 222). Ese problema se solucionó con la llegada del cine parlante y del idioma original, el cine de habla hispana mexicano, argentino y español tuvo amplia acogida y mayor acceso por los sectores populares, mientras que el cine en idioma extranjero, francés, italiano, inglés, requería saber leer, por lo que era de especial preferencia por la población letrada (Saldarriaga, 2000).

Los cines significaron un espacio para interactuar, ya que tenían las facilidades para que las experiencias de entretenimiento fueran constantes y recurrentes. Así, el ocio y la diversión giraron en torno a estos espacios, vivir el cine en esos momentos, era vivirlo con otros, era una experiencia colectiva en un espacio de encuentros. Para la Bogotá de la época el cine transformó la visión de las personas en tanto al ocio y el esparcimiento cultural, asistir a funciones de cine fue un nuevo pasatiempo, que impactó las interacciones sociales creando la experiencia del cine “conjunto de prácticas, costumbres y hábitos que rodean el acto

singular de ver una película y que están directa o indirectamente relacionados con esta acción” (Cely, 2016. 200)

Los teatros más reconocidos en Bogotá durante esa época eran: el Teatro Olympia (1910); este:

“significó un hito para los espacios de cine en Bogotá, se convirtió en el primer gran espacio cubierto de carácter masivo y popular dedicado a la exhibición cinematográfica y también a otros espectáculos. El salón medía 70m de largo en sentido este-oeste y 30m de ancho en sentido norte-sur. Su fachada comenzaba media cuadra al occidente de la carrera séptima y se desarrollaba a lo largo de unos 70 a 80 metros, con 10 arcos que servían de entrada y salida y adornos en lo alto” (Cely, 2016. 191),

Por otro lado, el Teatro Faenza fue:

“uno de los primeros edificios de la arquitectura colombiana en incorporar el concreto reforzado como novedosa técnica de construcción para la época, y por el diseño de la fachada caracterizada por su arco y detalles, caracterizado por una mezcla de ricos motivos ornamentales y el uso de líneas curvas y ondulantes (Cely, 2016. 193).

Sin embargo, durante principios del siglo, el cine era considerado una actividad mal vista por sectores conservadores católicos, la cual incentivaba la violencia, el crimen y la pobreza (Salazar, 2000). También se creía que modificaba las conductas propias y los comportamientos en el nuevo modo de vivir urbano. El cine significó un nuevo espacio de socialización urbano, el que transformó las relaciones sociales y la forma de ver el mundo moderno, “exhibió la modernidad de otros países, interconectó las diferentes y alejadas regiones de Colombia, aportó apoyo a la propaganda política de los liberales en 1930, como forma de educar a la ciudadanía” (Peralta, 2013; 77). En palabras de Delgado, “el cine y lo urbano estaban hechos, al fin y al cabo, de lo mismo: una estimulación sensorial ininterrumpida hechas de secuencias de acción, excitaciones imprevistas, impresiones inesperadas... en la calle, como en las películas, siempre pasan cosas” (Delgado, 1999, pág. 58). El cine lograba que las personas observaran todo lo desapercibido de su realidad, todo lo que no conocían.

Por otro lado, las mujeres de clase alta tenían la oportunidad y la facilidad para practicar en su tiempo libre la pintura, la música y/o la costura. Mientras que las mujeres de clase obrera solo podían aspirar a ser lavanderas, cocinar y empleadas del servicio (López-Uribe, 2011). No tenían espacios de socialización, ni de esparcimiento, así como tampoco el tiempo ni los ingresos para invertirlos en diferentes actividades, el espacio más cercano eran las chicherías, ya que este no tenía distinción de género.



Equipo de tenis femenino en el Country Club Bogotá (1930)

Fuente: Saldarriaga. A (2006) Bogotá S XX: Urbanismo, arquitectura y vida urbana



Grupos femeninos ostentaban elegancia y belleza se desplazaban en bicicleta por Bogotá (1930)

Fuente: Saldarriaga. A (2006) Bogotá S XX: Urbanismo, arquitectura y vida urbana

Mujeres

Como se mencionó antes, la autonomía de la mujer era limitada y se mantenía la idea de que la maternidad era la función principal, negando la posibilidad de considerar la sexualidad como disfrute. A pesar de esto, el afán por la modernización de la ciudad requería que la mujer asumiera otras actividades eficaces, como la de educar a los hijos en los valores religiosos, funcionales al nuevo modelo capitalista. Múltiples valores debían ser transmitidos por la mujer como “el trabajo, la honradez, la responsabilidad, el ahorro, la limpieza [...] le

asignan el rol de enfermera del hogar, responsable de la salud y productividad de todos los miembros de la familia” (Reyes, 1995). Por el lado de las mujeres de clase alta, no solo debían cumplir con esto dentro de sus propias familias, sino debían educar a las mujeres obreras y a sus hijos. Sin embargo, estas acciones permitieron que las mujeres de clase alta trascendieran del espacio doméstico, a un espacio público en los barrios y en diferentes sectores de Bogotá.

A la mujer se le exigía la conservación de su virtud hasta el matrimonio y la infidelidad matrimonial femenina era duramente sancionada, tanto moral, social y jurídicamente, mientras que con el hombre se era mucho más permisivo. “Era frecuente no solo entre los sectores populares, sino entre la élite y sectores medios, el que un hombre antes de casarse hubiera concebido hijos en relaciones ilícitas. Muchas costureras, empleadas domésticas, hijas de familias pobres y jornaleras eran quienes asumían esta condición de madres solteras”. (Reyes, 1996. 215) Así mismo, matrimonio de una mujer era cuestión del padre y del futuro esposo, teniendo patrones específicos para la unión, como vincular las fortunas o actividades económicas. Esto significaba para la mujer una serie de presiones familiares, las cuales tenía que asumir, por lo que pocas mujeres desafiaban las reglas, ya que era condenarse a ella y a su familia a un tipo de destierro familiar, falta de afecto y de apoyo.

Al leer el pequeño fragmento de Revista *¿! Familia Cristiana*, Medellín, abril 2 de 1914, citado en el libro *La Historia de la Vida Cotidiana en Colombia* de Beatriz Castro:

“Procuré ante todo dar a su casa un aspecto alegre, conservándola muy limpia y con mucho orden; si es posible cultive un jardincito donde a su marido le guste distraerse. Sobre todo, haga lo posible para que las comidas se sirvan a tiempo, siempre a la misma hora; de tal manera que el marido sepa que todos lo aguardan en casa y no se le ocurra pasar por el estanco.” (212)

Se logra asociar con la cartilla que circulo en España durante la dictadura de Franco, refiriéndose al entorno familiar y deber ser de una buena esposa, se cataloga la mujer con un papel específico para la sociedad, en donde se le educa desde la iglesia y la familia con ese fin. “El régimen introdujo la familia con los únicos valores de autoridad patriarcal. Por ley, el hombre era la autoridad indiscutible. La familia fue una jerarquía obligada por la dictadura,

en la que la mujer estaba supeditada al varón, tanto a los hijos como a los padres” (El Estado, 20018).



Guía de la buena esposa (1953)

Fuente: la oveja 100 [online] Disponible en <https://laoveja100.wordpress.com/2010/11/08/guia-de-la-buena-esposa-1953/>

Las imágenes logran recrear la idea de cómo debía ser la mujer y sobre todo la esposa. Si bien el contexto está situado en España la situación para la mujer ama de casa en Colombia no cambia mucho al ser herederas de las costumbres españolas y por consiguiente católicas - la sumisión, el recato, la obediencia, el cuidado del hogar y del marido y la pulcritud en todos los sentidos-. La mujer guiaba desde el ámbito doméstico la transmisión de los valores

morales-cristianos y la conservación de las "buenas costumbres", constituyéndose, así como la educadora del hogar: madre y esposa antes que mujer-sujeto.

Es interesante como el papel de la mujer y su deber ser varía dependiendo de la clase social. Ejemplo de ello son las mujeres empleadas domésticas eran jóvenes campesinas de las zonas cercanas, encargadas por sus padres a la señora de la casa con un sueldo casi inexistente. La vida de las empleadas domésticas no solo estaba restringida a la casa de los patronos, sino también en muchas regiones del país. Se consideraba que la iniciación sexual de los jóvenes debía estar a cargo de la empleada de la casa, ya que era más seguro y quedaba entre la familia (Reyes, 1995). Así mismo, también eran víctimas de abuso sexual por parte de los jefes de hogar, ya que eran consideradas inferiores. Las empleadas domésticas no solo tenían unas condiciones de vida muy precarias, también dependían de las familias que las acogían en las casas, por lo tanto, no tenían salidas o tiempo libre (Reyes, 1995).

Bogotá y los afectos

Viejas casas en tranquilas y oscuras calles... Bogotá dormita en susurros por esas casas con ventanas enrejadas, puertas macizas, seductores balcones y amplios patios. Imágenes que corren por la piel de sus habitantes, sensaciones al pensar en esa ciudad que es como un sueño, una posibilidad, un montón de lugares perdidos. Amores gastados y olvidados que se quedaron incrustados en los barrotes de los balcones de cada calle del centro. ¿Cuántas parejas ingenuas se encontraban en las noches? ¿Cuántas palabras de amor tuvo que escuchar Bogotá?

Esa imagen de Bogotá ya no le pertenecerá a ella jamás, sino a sus habitantes, a esos ciudadanos ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, porque la ciudad suscita eso, los pensamientos, los amores, los odios, la ternura, la comprensión, la alegría de una mañana soleada o el deseo de una noche estrellada... Sí, Bogotá también es eso, un sueño para algunos y una pesadilla para otros.

Bogotá, con el tiempo te vuelves relatos, noticias, palabras, te vuelves letras, letras difíciles de entender.

Capítulo 2

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.
(Italo Calvino - *Las ciudades invisibles*)

La Casa de Vecindad: Relación entre Literatura, Ciudad y Mujer

El ver la novela como una expresión y un instrumento político que crea un sentimiento de pertenencia a la nación, lleva a Osorio Lizarazo a crear las novelas que conforman el ciclo bogotano: *Casa de vecindad* (1930), *El Criminal* (1935), *Hombres sin Presente* (1938), *Garabato*, *El día del odio* (1952), *El pantano* (1952) y *El camino en la sombra* (1965), con el fin de brindar la mejor novela bogotana que se ha tenido y, tal vez, la única verdaderamente urbana que se tiene, representa una memoria bogotana que acoge los fenómenos urbanos que se vivían en la década de los 30. Se escogieron como fuente principal los textos pertinentes a la época: *Hombres sin presente* y *La Casa de Vecindad*.

Si bien dentro de la narrativa de Osorio Lizarazo no hay preferencias de género a la hora de construir los personajes si se pueden entender conceptos para diferenciar por género, clase y raza, lo cual hace interesante y útil a la hora de analizar sus escritos, estas novelas tampoco representan a las mujeres como protagonista, pero su lateralidad, es justamente lo que posibilita la reconstrucción del lugar que ocupaban en Bogotá durante los años 30. Se nota en su novela un ciclo repetitivo en donde sus personajes se resignan a las condiciones en las que les tocó vivir.

Conforme a lo anterior el espacio de vecindad, descrito en la novela, representa una crítica a los espacios olvidados que no tienen conciencia de los problemas sociales y solo aceptan su condición de absoluta miseria. Desde una perspectiva hermenéutica se plantea interpretar la obra de Osorio Lizarazo, a partir de la relación entre el texto y el contexto – el texto, siendo la obra como tal y/o el pensamiento del autor y el contexto, el espacio o territorio donde se desarrolla tanto la vida del autor como la obra en sí-. Así, para este proyecto es

importante tener en cuenta que la obra de Osorio Lizarazo tiene una mirada interpretativa que va más allá de detallar la realidad en Bogotá, ya que se ve como un fin el destinar a los personajes a circular por las calles con las personas que habitan esa gran urbe.

Las nuevas dinámicas de la ciudad hacen que las relaciones entre los antiguos y los nuevos habitantes se hagan complejas y divididas, queriendo crear fronteras entre las élites y la población pobre, en donde esta última es la que siente mayor miedo ante la falta de oportunidades y progreso económico. El no tener oportunidades laborales ni de progreso, genera que esta población se resguarde en lugares alejados y encerrados en donde conviven con personas en las mismas condiciones. Además, la imagen de una ciudad que no está creada para todos deja una sensación de incertidumbre en los habitantes, pues no solo a los personajes los acecha el hambre, el frío, la enfermedad, sino también se resalta un constante deseo de morir como solución a su miseria. Esto debido a que la ciudad como espacio físico, tiene unas normas establecidas las cuales deben asumir los habitantes y al mismo tiempo lograr adaptarse a ella con la finalidad de estar dentro de los márgenes de un habitante de ciudad.

La Casa de Vecindad es una representación de lo que también se vive en la gran urbe, un lugar ambientado por la miseria moral; el desamor, la prostitución, la droga, el hambre, la envidia, la desconfianza, los celos y el abuso, sentimientos de completa exclusión. Además, se encuentra en el mundo social, la realidad e imaginario colectivo están formados por normas y referentes simbólicos que Osorio Lizarazo evidenció al momento de tratar las diferentes actividades y espacios, por medio de las vivencias de sus personajes urbanos. Las vivencias y experiencias de las personas reafirman la novela como un producto de transformación en las dinámicas el surgimiento de las clases sociales, la migración campo-ciudad, la creación y evolución de los medios de comunicación, la ampliación de la ciudad y la participación en la política. La vecindad constaba de hombres que “eran obreros, humildes, obreros de albañilería, cubiertos con ruanas y calzados con alpargatas enlodadas” (Osorio, 1930, pág. 14) y mujeres, en las cuales centraremos la atención a lo largo del texto.

La novela es el diario de un viejo tipógrafo que lucha con un progresivo empobrecimiento, nunca se menciona el nombre, solo se sabe que tiene 50 años y que sigue

enamorado de un viejo amor llamado Carmen. Llegando a Bogotá en busca de un espacio para alojarse, se encuentra con una pensión situada en las inmediaciones del Parque de los Mártires:

“El patio es cuadrado y está rodeado por un pasillo o corredor, como dicen aquí, pavimentado también de ladrillo. En cada uno de los costados del patio hay tres columnas, y en la que hace ángulo está un tubo de latón de esos que se llaman canales, que conduce al centro de las aguas de lluvia. Sobre cada uno de dos pasillos en ángulo se abren tres cuartos que deben ser semejantes al mío, puesto que es uno de estos el que habito. Otro pasillo está limitado por una pared lisa, que debe ser medianera de la casa vecina, y el otro, que hace ángulo con este, por un bastidor de vidrios, algunos de colores. Esto debe ser el comedor, pero también está alquilado. Lo digo porque los vidrios aparecen tapados con papel de periódico, sin duda para evitar que los curiosos puedan mirar hacia adentro. A un lado del comedor, otro pasillo se precipita al fondo de la casa. Es, precisamente, el que está limitado por una pared lisa. Yo fui al interior de la casa. Hay otros patio cuyo centro se levanta una fuente. Esta cruzado por cuerdas en todas direcciones para poner a secar la ropa que se lava en la fuente. Allí queda la cocina y allí se reúnen las mujeres de la casa, Luego, separado de ese patio por una pared muy baja, hay un solar. En él se encuentran los otros servicios higiénicos...” (Osorio, La Casa de Vecindad, 1930, pág. 9)

La descripción de la casa coincide con la realidad que vivía la clase baja en Bogotá durante esa época. Las precarias condiciones de vida eran el día a día en la capital, el acceso a una vivienda que cubra las necesidades básicas era casi imposible, las personas debían adaptarse a lo que pudieran pagar con una pequeña cantidad de dinero. El tipógrafo contaba con un estatus diferente, aunque con la llegada de las máquinas (linotipos) pasó a ser un desempleado más y el poco dinero que lograba conseguir era por medio de prestamistas o de casas de empeño. Se logra vislumbrar en la novela de Osorio Lizarazo unos personajes que parecen resignarse con sus precarias condiciones de vida, creyendo que no necesitan y/o merecen algo mejor. Porque es natural que algunas personas vivan así, por lo que un espacio como esta pensión hace una crítica a los lugares enajenados que no tienen conciencia social, aceptando su condición de miseria:

“El cuarto es carísimo. Mide seis pasos de longitud por cinco de anchura. Apenas el sitio para colocar los muebles y para moverme un poco. Además, no tiene ventanas. Es un cuarto interior. Me gusta este detalle porque estoy a cubierto de los ruidos

callejeros y porque el frío bogotano debe ser menos intenso de noche” (Osorio, La Casa de Vecindad, 1930, pág. 6)

“Voy reconstruyendo con cariño el cuarto, voy analizando uno a uno los detalles, y tengo la sensación de que el alma del aposento me lo va a agradecer” (Osorio, La Casa de Vecindad, 1930, pág. 8)

El tipógrafo, describe un paisaje desalentador no solo de la situación de la ciudad y del mundo laboral para alguien de 50 años, sino también las precariedades de las viviendas de clase baja. Una descripción de la misera que se vive en los barrios marginados, donde en este caso la pensión de Georgina está hacinada de personas de diferente procedencia, tanto los que ya estaban asentados en la urbe, como los migrantes del campo. A pesar, de tener deseos de salir de la pobreza y conseguir dinero, combatir la pobreza no es fácil: “casi nunca me había dado cuenta de que el mundo es hostil. Profundamente hostil para los pobres” (Osorio, La Casa de Vecindad, 1930, pág. 42). Así mismo el descenso social, por falta de oportunidades de trabajo es un factor común en la novela, el tipógrafo lo vive día a día mientras busca trabajo y se ve desilusionado: “en todas partes en donde me habían prometido trabajo me han dicho que volviese, dentro de algunos días, en la semana próxima” (Osorio, La Casa de Vecindad, 1930, pág. 25). Ninguno de estos inquilinos saldrá de la pobreza, sino que, por el contrario, los pobres serán cada vez más pobres; a esto se le agrega las condiciones de violencia y decadencia lo cual imposibilita una adaptación a la ciudad moderna.

Con esto, se puede pensar que la novela de Osorio Lizarazo no logra gozar de un entretenimiento, ni enmarcarse en distinguidos códigos lingüísticos, por su parte, debe ser cruda y salvaje como la vida real, a tal punto de convertirse en una especie de lucha y rechazo absoluto a todo lo que violenta a las personas. Los procesos de urbanización que supondrían un optimismo y una amplia gama de posibilidades de desarrollo personal, laboral, social, económico y material, se convierten en una situación fatal e incoherente, en donde las personas son lanzadas al anonimato y soledad en una gran ciudad extraña, donde tienen ciertas exigencias y presiones con las que tiene que vivir; la calle, el ritmo en las diferentes esferas de la vida social, crean una cantidad de estímulos sensoriales.

En palabras de Simmel, la individualidad que se vive en las metrópolis tiene bases sociológicas que se definen en torno a la intensificación del estímulo nervioso, que termina

siendo un intercambio de impresiones externas e internas. “Con el cruce de cada calle, con el ritmo y diversidad de las esferas económica, ocupacional y social, la ciudad logra un profundo contraste con la vida aldeana y rural” (Simmel, 2005) Es importante entender que la ciudad moderna constituye un pensamiento sociológico complejo, ya que tienen bases históricas y sociales. Además, ha sido un espacio para diferentes historias y sucesos. La ciudad se convierte así, en un lugar donde las personas, su vida, sus valores, costumbres, acciones y discursos, en un objeto de estudio y de representación literaria, con una amplia gama de contenidos, ya sean éticos, ontológicos, estéticos, epistemológicos y/o comunicativos.

En Casa de Vecindad la ciudad asume situaciones vivientes donde los habitantes se ven confinados a la pobreza y miseria, así mismo se representa la apariencia física y emocional. Osorio narra y explica la ciudad con un lenguaje particular, demostrando que esta puede ser un aparato que controla, aniquila y limita los anhelos y aún más importante, distorsiona la realidad y la necesidad de cada habitante, ya que vivir y experimentar la ciudad es diferenciada para cada persona. Al tratar esta novela de Osorio Lizarazo, se piensa en las categorías de miseria, odio, anomia, violencia, ya que es una realidad que enmarca cada parte de la narración, mostrando el rostro atroz de la vida de las personas de clase media y baja de Bogotá. Así, el autor crea un perfil sociológico para cada personaje que piensa, actúa y siente. Osorio Lizarazo hace interesante el proceso de lectura de este tipo de narrativa, porque utiliza varias herramientas: la voz personal, las vivencias íntimas, la descripción de las escenas y el diálogo coloquial. Al leer con detalle las novelas es pertinente mencionar que el lector puede sentirse identificado con los personajes, con el espacio, con las emociones y con el lenguaje cercano.

2.1. La imagen de la mujer

Como se ha mencionado, en la obra de Osorio Lizarazo no se encuentran preferencias de género en el momento de la construcción de los personajes, pero elabora un concepto diferenciador en tanto condiciones étnicas, como sociales. En la Casa de Vecindad se ve cómo los personajes de Osorio Lizarazo son parte del escenario de la ciudad, cuyas vidas han sufrido la cruel realidad de las jerarquías y la miseria, hasta el punto de resignarse por las

vidas que les tocó. Es claro que el concepto de mujer es amplio y nada estático yendo más allá de lo anatómico, según el feminismo posestructuralista no debería haber un concepto de mujer que encasille a las diferentes formas de expresión, ya que lo que hace es estereotipar a la mujer (Castellanos, 1995).

Sin embargo, en palabras de Castellanos es necesario una nueva propuesta por parte del feminismo y es la deconstrucción de todos los conceptos de mujer, dando visibilidad a la diferencia y la diversidad entre las personas. Por otra parte, Castellanos menciona el aporte que se hizo sobre el tema, teniendo en cuenta que “la experiencia de ser mujer consiste en una serie de hábitos que resultan de la interacción entre los conceptos, signos y símbolos del mundo cultural externo” (Castellanos, 1995, pág. 47). Esto es importante a la hora de hablar de la forma en qué se ven a las mujeres durante los años 30 en las novelas de Osorio Lizarazo, ya que deja claro que el ser mujer es algo subjetivo y depende del contexto social y de las formas en que cada mujer experimenta y vive la ciudad.

La mujer que predomina las novelas de Osorio Lizarazo son las indefensas campesinas, algunas de origen indígena que llegaban a la ciudad a trabajar en casas de familia o en trabajos sexuales por su baja condición social y económica en Bogotá. En Casa de Vecindad hay varios tipos de mujer que describe el tipógrafo a lo largo de la novela, está: Juana la madre joven soltera, Georgina la arrendataria, su hermana Araceli, una amiga llamada Verónica y su hija Inés quien es trabajadora sexual, y algunas mujeres mencionadas rápidamente que habitan la vecindad. Se comienza con la descripción de Georgina, la arrendataria: “una mujer gorda, de aspecto plebeyo, áspera y sucia [...] No tiene, en absoluto, la amabilidad del que quiere granjearse simpatías” (Osorio, 1930, pág. 7) Georgina es un personaje que a lo largo de la novela ataca constantemente a Juana, la madre soltera y a su hijo Pedrito. La estigmatización de la madre soltera y joven es muy fuerte en la novela de Osorio Lizarazo, a Juana se le juzga de ser prostituta, irresponsable, mala madre, mala mujer entre otras.

La novela muestra el descenso social en el interior de la vecindad, por parte de los personajes y en respuesta a una marginación y un claro rechazo social de la ciudad. La mayoría de los monólogos que presenta el tipógrafo están ligados a los conflictos y a lo que

ve de las personas que habitan la vecindad, ya que, “en el espacio del inquilinato desaparece la privacidad, todos saben, escuchan y ven lo que sucede con cada de sus habitantes, y mucho más un desempleado, que pasa la mayor parte de su tiempo dentro de la casa” (Neira, 2004, pág. 145). Como se mencionó hay varias mujeres habitando la vecindad, es importante mencionarlas para comprender la forma en que Osorio Lizarazo las describe a lo largo de la novela:

“La mujer de los tres mocosos vive con un tipo estafador, que ahora se halla en la cárcel. Dicen que es persona muy decente, que quiere mucho a los niños y que sostiene relaciones con el marido de otra mujer de la misma casa” (Osorio, 1930, pág. 24)

“En otra habitación vive una mujer de aspecto campesino, perezosa y desaseada. Es rubia, de ese rubio encendido que presentan a veces los campesinos del nordeste de Bogotá, y se mantiene cubierta por un sucio pañolón negro. Calza alpargatas” (Osorio, 1930, pág. 12)

Con lo anterior es pertinente mencionar que muchas de las teorías feministas y de género señalan que no es posible entender el género sin considerar constantemente la clase, la raza y los diferentes aspectos de la desigualdad social. El entender el género como una relación social y no necesariamente como una diferencia inherente a las sociedades, abre un espacio para pensar la dominación de género como un caso particular de la dominación social. Luego de nutrirse del pensamiento feminista afroamericano por Kimberlé Crenshaw, el enfoque interseccional ha permitido visibilizar y reconocer la complejidad de los procesos que generan las desigualdades.

El enfoque logró mostrar que las desigualdades son producidas por cualquier interacción entre los sistemas de subordinación de orientación sexual, género, edad, clase, raza, etnia, religión, origen, discapacidades y nivel educativo, lo que se construye dinámicamente. Crenshaw enfatizó en niveles interconectados la interseccionalidad: el estructural y el político. La interseccionalidad estructural muestra el posicionamiento de las mujeres de color en la intersección de raza y género y cómo esto hace que la violencia doméstica, la violación y la recuperación sean distintas de aquellas que sufren las mujeres blancas y la interseccionalidad política ayuda a visibilizar la cuestión de violencia de las mujeres de color, por medio de las políticas feministas y antirracistas (Crenshaw, 1991).

Lo nuevo acá, es como dice Viveros, la forma en que se ha divulgado la interseccionalidad en diferentes contextos, como un enfoque clave para los debates contemporáneos en torno a la pluralidad y diversidad. A su vez, afirma que la interseccionalidad es sociológica, ya que el género, la clase y la raza hacen referencia a una articulación en específico, la de las formas de dominación que son experimentadas de acuerdo con las características sociales de los individuos. También es política, porque responde a dos consideraciones importantes para el movimiento feminista: la construcción de un sujeto político universal y sus relaciones con diferentes movimientos sociales (Viveros, 2010). En la novela se ve a cada uno de los personajes girando en torno a una diferenciación de raza, género y clase. En línea con la teoría interseccional, a partir de las descripciones de Osorio Lizarazo es posible “aprehender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en distintos órdenes, de clase, género y raza y en diferentes configuraciones históricas” (Viveros, 2010, pág. 8).

La situación de la mujer en Casa de Vecindad se ve constantemente relacionada con la prostitución y en palabras de Romero “el descreimiento creciente acerca de las posibilidades de salir del círculo de la miseria empujaba al delito a quien no quería caer en él, como empujaba a la muchachas a la prostitución, a los jóvenes a la formaciones de agresivas bandas de rateros, a los hombres y mujeres desencantados al alcohol” (Romero, 5ta ed. 2001, pág. 377) En esa Bogotá en donde la lucha por los derechos de las mujeres aún era incipiente y las promotoras por mejorar sus condiciones civiles comenzaban a hacer eco en la política colombiana - El presidente Olaya Herrera reconoció, a través de la ley 28 de 1932 y del Decreto 1972 de 1933, el derecho de la mujer a administrar sus propios bienes y su acceso a la cultura y a la educación y 1936, el presidente Alfonso López Pumarejo incluyó en la reforma constitucional una cláusula que autorizaba el desempeño de cargos públicos por parte de la mujer-. Sin embargo, para las clases populares y las mujeres migrantes, las condiciones eran pésimas, ya que igualmente desde niñas se les asignan funciones específicas, por lo que en el momento en que las mujeres logran acceder a la educación, existe un mayor grado de deserción.

En el caso de Juanita, ella solo logró estudiar seis años en el Colegio de la Merced, pero su culminación se encontró afectada debido a la muerte de su madre, quedando huérfana

a los 15 años, ya que debía asumir las labores de hogar, de supervivencia y de trabajo. Juanita sentía que “la educación que recibió le hizo crear ciertas necesidades superiores a sus circunstancias. Por ejemplo, la de vestirse decentemente” (Osorio, 1930, pág. 107). La forma en que le tocó vivir con su hijo Pedrito, la llevó a ser una mujer tímida, reservada y desconfiada, teniendo en cuenta que las emociones se pueden pensar como intencionales, en la medida en que dependen de un lugar, una persona o un objeto que puede generar significados y sensaciones tanto buenas, como malas. Es decir, las emociones se deben considerar como prácticas culturales y sociales, ya que dependen de las vivencias, experiencias o aprendizajes. Juanita muestra diferentes emociones a lo largo de la narración, frente a su vida, su pasado, su hijo, la Casa de Vecindad, incluso frente al tipógrafo. Son emociones que están en constante movimiento y varían dependiendo la situación y también su estado de ánimo.

Juanita comenzó a trabajar largas horas, por un salario bajo y siendo víctima de diferente tipo de acoso por parte de sus jefes. “En muchos sectores, no es todavía claro el papel que puede desempeñar la mujer como profesional, se le ofrece un salario más bajo y se le colocan responsabilidades inverosímiles” (Atehortúa & Rojas, 2005, pág. 282). Hasta el punto de caer en una que otra ocasión en la prostitución, en la novela se ve reflejada la sanción social que recae en las mujeres obligadas a prostituirse; es calumniada y descalificada moralmente, en este caso por Georgina: “¡Perra, hija de perra! [...] ¡Corrompida! [...] Es que yo no quiero vagabundas en mi casa ¡los burdeles tienen sus puertas abiertas a toda hora y en uno de ellos es donde deberías estar, perra!” (Osorio, 1930, pág. 70)

2.2. Juanita e Inés: Entre la pobreza, la indiferencia y ser mujer

Juanita la protagonista de la novela, atraviesa exactamente por estas categorías, es mujer, campesina y de clase baja. En una sociedad tradicional de principios de siglo XX la mujer no es vista como un sujeto de derechos, por lo que los hombres, los padres o los “amos” son los encargados de decidir por las mujeres, con lo que pueden y no pueden hacer. En el caso de Juanita, al ser madre soltera y joven, a lo largo de la narración describe una vida miserable sumergida en un mundo absolutamente patriarcal. La dificultad para tener

oportunidades laborales dignas era latente en su día a día, constantemente perdía el trabajo porque los jefes intentaban violentarla, haciéndole propuestas: “Me ofrecen casas buenas, provistas de todo, empleos bien pagos, muchas cosas [...] Me dicen: ¡Tan boba! ¡Sufriendo necesidades y con tanto medio de hacer dinero!” (Osorio, 1930, págs. 34, 35). El ser pobre y mujer, en la mayoría de las veces significa que se tiene que acceder a cualquier propuesta para poder obtener dinero. Los hombres por su parte tienen la idea de estar haciéndoles un favor a las mujeres pobres, por comprarles el cuerpo.

Inés era otra joven que era utilizada para conseguir dinero, en este caso era por parte de su madre, quien la obligaba a salir todas las noches a obtener dinero, de algún hombre, todas las noches le decía “Y no sea boba. Mire, ni esto [...] mientras no le den plata... El todo es la plata. Pero no se venga sin alquilo, que estamos muy pobres” (Osorio, 1930, pág. 19). Su madre era una anciana campesina que nunca logró adaptarse a las dinámicas de la ciudad, por lo que no tenía más opción de obligar a su hija a ser trabajadora sexual para sobrevivir. La prostitución ha sido unas condiciones de muchas mujeres y llegaban a eso por varias razones; despido del servicio doméstico a causa de haber tenido relaciones sexuales o hijos, falta de empleo o llegada a la ciudad. Se daban también casos en donde personas mayores mediaban como proxenetas (Luna, 2004)

A pesar, de la realidad de Inés y las especulaciones sobre Juana, la única razón por la que las mujeres de la pensión y sobre todo Georgina, odiaban a Juana y la trataban cruelmente, era debido al rechazo hacia su hijo mayor Francisco. La relación entre las mujeres era distante y no existía una sororidad, aun cuando vivían miserablemente. Las condiciones de la ciudad no estaban diseñadas para brindar una vida digna a todos sus habitantes, la ciudad solo era buena con una pequeña parte de la población, no solo por su carencia de trabajo, sino por la ausencia de solidaridad, apoyo y falta de seguridad para sus nuevos habitantes.

Como se ha mencionado la pobreza ha sido una problemática dentro de las ciudades, sobre todo en ciudades masificadas de forma acelerada, la imposibilidad de Juana, del tipógrafo e incluso Inés de conseguir las oportunidades para cubrir las necesidades básicas, como: vivienda, trabajo, salud, educación y recreación. Por lo que los personajes buscan formas desesperadas para poder sobrevivir en una ciudad tan mezquina, ya que el dinero es

un factor primordial para tener una mejor vida urbana. Salazar en su texto, en el que se enfoca a mediados de siglo XX, menciona que Bogotá estaba “en medio de una mutación irrefrenable y una sociedad tendiente a la masificación, que reforzaba y acentuaba las distancias entre ricos y pobres sin disolver las relaciones desiguales de poder de la sociedad señorial que venía del siglo XIX” (Salazar, 2013, pág. 119). Esto ha sido una problemática constante que afecta a los habitantes de clase baja y a los habitantes nuevos, siendo relegados a espacios aislados de la ciudad, donde la ausencia de Estado también es un factor para que no haya ningún tipo de protección.

Como se ha mencionado, la pensión cuenta con comadres verduleras, jóvenes borrachos y de dudosa ocupación, situaciones de crueles tratos y pobreza, prostitución, engaños, niños mal atendidos y solos, riñas, envidias y la vecinita Juanita; una joven madre soltera. Aun siendo parte de la clase baja de la ciudad, se observa el sometimiento de unos individuos a otros, así como es el caso de Georgina, la dueña de la pensión, una mujer codiciosa y vulgar que agrede a Juanita, lo cual muestra una oscura estructura de dominación, que rige dentro de ese pequeño submundo cruel donde habitan los miserables. Es interesante incluir la historia como un objeto de estudio, ya que señala comportamientos claves de las clases menos favorecidas entorno al abrumador ritmo de la ciudad.

La razón principal del rechazo y hostigamiento de Georgina hacia Juana nace a partir de su hijo Francisco:

“- ¡Uy! Yo detesto a la mujer esa. ¿Despreciar a mi hijo Francisco? ¿Quién es ella? Yo le advertía a Francisco que no se rebajara a mirar a semejante ramera, con un muchacho ¿quién sabe de qué padre y quien la ve!” (Osorio, 1930, pág. 16) Son reiterados los comentarios de este tipo hacia Juana, Georgina pone en claro lo mal visto que era ser madre soltera y trabajadora, además de juzgar la situación de Juana, sin saber nada más de ella. La tensión que se encuentra en la novela hacia las mujeres es constante, Juana al ser una mujer joven que intenta trabajar y a su vez se maquilla, es vista como una forma de incitar a los hombres: “Yo no sé cómo podrán enamorarse los hombres de una mujer así. Francisco tendría lo que quisiera” (Osorio, 1930, pág. 16). La cultura hegemónica patriarcal que regía y en igual o menor medida sigue rigiendo la sociedad, afirma y excusa el comportamiento de los

hombres, así como la sumisión de la mujer. En el caso de Juana, es juzgada por rechazar a Francisco, como si ella tuviera que aceptarlo por el simple hecho de ser hombre y ella, de estar sola. Esta violencia ejercida por las mismas mujeres pone en evidencia lo arraigado que está el machismo, además de representar a las mujeres como si todas fueran iguales y tuvieran los mismos intereses, las mismas situaciones y necesidades.

Retomando los dos modos de interseccionalidad que expone Crenshaw, la interseccionalidad estructural alude a la imbricación de sistemas de discriminación que tiene repercusiones específicas en la vida de las personas y grupos sociales. En este punto se puede pensar en cómo los sistemas de discriminación llevaron a Georgina, a Juana y a las demás mujeres de la vecindad a vivir de esa forma. Muchas veces el opresor es un oprimido igual. Un ejemplo de esto es Georgina, es la opresora de Juana, la ataca, la humilla y la menosprecia, pero a su vez Georgina es de clase baja, mujer y ya de edad, por lo que es la oprimida en esa ciudad moderna, con una insipiente clase media que la acorraló en una sucia y pobre vecindad.

En este punto, se debe pensar como imprescindible cuestionar otras representaciones sociales como la de la mujer indígena y campesina, ya que es un tema importante a la hora de entender la adaptación a los contextos sociales modernos de la ciudad. La importancia de la interseccionalidad en los estudios feministas es dar visibilidad a las subjetividades y a los espacios de opresión y así repensar la sociedad, fuera de las estructuras jerárquicas y desde posturas no sometidas. Entender que el caso de Juana no es aislado ni mera ficción, sino que es muy cercano a la realidad, es importante a la hora de pensar en una madre joven, soltera y trabajadora, dejando de lado el estigma y el estereotipo, así mismo como el acoso por parte de Francisco y su justificación: “Francisco entraba de la calle a las doce. La mujerzuela tenía la puerta cerrada. Francisco la empujó y se abrió. Sin duda esperaba a alguien. Ella lo mordió, lo pateó, lo empujó y lo amenazó con promover un escándalo [...] ¿Despreciar a Francisco, una ramera?” (Osorio, 1930, pág. 16). Así como no se puede tener un significado único de qué es ser mujer, tampoco el de qué es ser buena mujer. En la novela Georgina ve como mala mujer a Juana, por especulaciones, chismes y suposiciones, pero sin entrar en juicios de valor cabría preguntarse ¿Georgina es “mejor” mujer que Juana?

Juana intentaba no hacer caso a los ultrajes de Francisco y de Georgina, en cambio, se esforzaba por conseguir un empleo digno, sin embargo, como ya se mencionó, era casi imposible. Esto se debida a que además de ser mujer, al parecer era una mujer *bonita*: “Mi vecina, podrá tener unos 18 años. Es bien formada. Tiene rasgos nobles en el rostro. Se viste bien. Bien, en el sentido de que sabe llevar la ropa, porque las telas son baratas, el sombrero de paja y lleva los zapatos, demasiado antiguos, un tanto limpios, a pesar de la torcedura de los tacones” (Osorio, 1930, pág. 10). El cuerpo hace parte de las emociones, en tanto es una experiencia concreta, se vive el mundo desde él y se vive muchas sensaciones y emociones a través de él: placer, hambre, dolor, miedo, ira, frustración, entre tantas otras.

De acuerdo con lo anterior, uno de “los ámbitos que permite reconocer con nitidez los rasgos de la corporalidad contemporánea es el de la ciudad; en ella el cuerpo muestra sus maneras de procurar y crear una -espacialidad: de desde la sumisión y apego a las normas, o bien desde sus rasgos creativos e innovadores” (Soto & Aguilar, 2013, pág. 8). Si bien en el trabajo no se centrará el cuerpo, si es importante resaltar su importancia, porque genera prácticas corporales que llegan a establecer lo que es apropiado y lo que no y es en la ciudad de Osorio Lizarazo, en donde se pueden ver las diferentes prácticas corporales que tienen los personajes y así mismo, como le imprimen una emoción y un significado.

A medida que avanza la historia Juanita va perdiendo el optimismo y la fe por tener alguna oportunidad de sobrevivir sin tener que venderse a algún hombre, por lo que cae en el juego de Francisco. Así, comienzan a dormir juntos y gracias a eso Georgina le da comida y un techo para ella y para Pedrito. El optimismo se ve frustrado por los procesos de urbanización como símbolo de progreso y desarrollo, donde los migrantes campesinos y los desempleados caen en un anonimato absoluto, acompañado de soledad y tristeza. Son obligados a adaptarse a las prácticas urbanas y a controlar ese nuevo ritmo de vida. Sin embargo, en muchas ocasiones esto no es posible. Otro aspecto que al parecer está negado para las personas de clase baja es el amor, así como lo expresa Juanita

“La miseria me ha endurecido el corazón [...] Ahora no quiero cariños, ni afectos, ni nada. Lo que quiero es comer. Lo que quiero es no vivir más esta permanente angustia

sobre el dinero del alquiler, sobre todo. El cariño es para los ricos”. (Osorio, 1930, pág. 66)

Juanita en esta condición de vulnerabilidad, no tiene oportunidad de mejorar su vida, de conseguir un trabajo digno para vivir bien con su hijo Pedrito. Es más, no tiene derecho a amar, el amor, el cariño de la familia y de pareja, al parecer es un privilegio de personas ricas.

Entre Juana e Inés radica una gran diferencia, Inés tenía claro que haría lo que fuera por sobrevivir y por comer y no pensaba en la moralidad que estaba detrás de su trabajo y explotación. Además, Inés acepta su realidad ya que se resigna a que es lo único que puede hacer y es la vida que tiene que vivir en la ciudad. Castellanos menciona que en textos clásicos se acentuaba que “la mujer existe sólo para darse a otros, sobre todo a un hombre, nunca para formarse a sí misma, y por tanto no le corresponde el cultivo de la ciencia, ni de la filosofía, ni de la poesía” (Castellanos, 1995, pág. 40) En la situación de estos dos personajes es claro lo anterior, la única opción que tiene para sobrevivir en la ciudad es vender su cuerpo, Inés lo acepta como su realidad, mientras que Juana se rehúsa en todo momento, pero finalmente es su única salida.

“Las relaciones basadas en los sentimientos y la cordialidad decaen al paso de los nuevos vínculos impuestos por la vida urbana, Simmel observa que el individuo desarrolla un órgano de protección contra el desarraigo con el cual lo amenazan las corrientes y discrepancias de su medio exterior” (Neira, 2004, pág. 175).

Así la desconfianza constante de Juanita la hacen protegerse de los peligros de la ciudad y de los hombres. Neira en su texto es explícito al decir que lo descrito por Osorio Lizarazo en sus novelas. Son los signos de ese órgano de protección al que hacía referencia Simmel y así el individuo busca mantenerse a salvo de los ataques de la gran ciudad y el peligro que implica cada habitante desconocido.

La situación de las mujeres a lo largo de la historia ha estado delimitada por una estructura patriarcal y el aporte de las teorías feministas e interseccionales ponen en evidencia que la dominación es una formación histórica y que las relaciones sociales están imbricadas en las experiencias concretas que pueden vivirse de muy variadas maneras (Viveros, 2010). En el caso de tipógrafo esta estructura patriarcal lo presiona para ser un “hombre”, para ser

el protector de Juanita, para ser el responsable económicamente de ella: “tengo la necesidad de ayudarla. No, no soy tan miserable como ella. Yo soy un hombre. Es ahora cuando siento todo el valor de la palabra hombre (Osorio, 1930, pág. 37).

Juanita era la hija de Carmen ese viejo amor del tipógrafo y que él no logró ayudar, el fracaso y la vergüenza hicieron que huyera de Juanita y se fuera a mendigar a la calle:

“Ya no me preocuparé por la comida ni por nada. ¡Que se me caigan del cuerpo los harapos del vestido! ¡que me embriague la chicha y los licores abyectos! Que sean mis amistades los rateros de la Plaza de Mercado y las mujerzuelas que por allí abundan. [...] Nadie quiso tenderme una mano cuando yo la imploraba desesperadamente. No pude empelare en nada; condenado a ser vago. (Osorio, 1930, pág. 130)

2.3. Sin oportunidades y con un solo final

El tipógrafo quedó condenado a una vida de miseria, las pocas oportunidades de salir de la pobreza hicieron que no le quedara más que soledad, desesperanza y odio por la sociedad y la ciudad. Juanita por su parte, quedó abandonada: “¿pero ¿qué hará Juana? Solo un camino le queda y no quiero pensarlo ¡Es horrible! Pero la vida es cruel” (Osorio, 1930, pág. 130) Para Crenshaw, en los contextos de violencias contra mujeres, es indispensable tener en cuenta las diferencias y particularidades, ya que la violencia que viven las mujeres, en muchas ocasiones, se conforma por varias dimensiones de su identidad, como la clase y la raza. A lo largo de la narración se muestran a hombres violentos por causa tal vez de la pobreza, de la ignorancia, de la alienación:

“De pronto resonó el ruido inconfundible de una bofetada. Sentí claramente con toda intensidad el momento en que la mano fuerte cayó sobre el rostro de la mujer [...] Caían muebles, vibraban golpes sordos, se escuchaban jadeantes respiraciones, La lucha debía ser violenta. Me imaginaba a los contendores agarrados del cabello, destrozándose las caras con las uñas, golpeándose aquella gente [...] Todavía el hombre la abofeteo de nuevo y luego salió. La mujer, vencida definitivamente, cayó al suelo”. (Osorio, 1930, pág. 40)

Por otro lado, Juanita atraviesa la discriminación salvaje de una ciudad que parece ser ajena a ella, negándole todas las posibilidades de tener una vida digna, donde las calles solo significan peligros y miseria. En palabras de Delgado:

“la calle, en cambio, no pertenece sino a un ejército compuesto por falsos sumisos o por replicantes camuflados, un torbellino que nunca descansa, autocentrado, asignificante, articulado de mil maneras distintas... un cuerpo solo huesos, carne, piel, musculatura, una entidad que solo puede ser ocupada por intensidades que transitan por ella, que la atraviesan en todas direcciones” (Delgado, 1999, pág. 190)

La Casa de Vecindad establece una relación histórica y sociológica con la ciudad, en la medida en que muestra cómo se va conformando una estructura económica en una ciudad con una incipiente industrialización y modernización, con trabajadores precarios agobiados por una crisis económica y una hostilidad por parte de la ciudad con los pobres. También, se muestra a esa parte de habitantes que son indígenas, mestizos, campesinos expulsados del campo y sin ningún futuro.

Todas las situaciones sociales que ha vivido inducen un conjunto de emociones en Juanita, pero también incorporan controles que afectan a sus sentimientos (Bericat, 2000). El hecho que Juanita no logre acceder a oportunidades de trabajo permite mostrar que en la ciudad se crean relaciones de poder entre sus propios habitantes, a su vez, la pobreza normalizada en la ciudad moderna crea que las personas una especie de indiferencia frente al sufrimiento de los demás.

En palabras de Simmel, lo anterior se puede pensar como una actitud *Blassé*, la excitación de los nervios por tanto tiempo, provoca reacciones más que fuertes, por lo que al final, se vuelven incapaces de reaccionar, la esencia de esta actitud es la indiferencia hacia la situación de los otros (Simmel, 2005). Para el tipógrafo, para Juana, incluso para Inés, la indiferencia de los habitantes de la ciudad los lleva a hacer cosas humillantes, a pasar hambre, a vivir precariamente. Esa indiferencia se da en una ciudad donde comienza a llenarse de personas provenientes del campo y de diferentes lugares del país, habitando espacios sucios, hacinados y pequeños en las periferias, mientras la clase alta disfrutaba de amplias casonas en lugares exclusivos.

Por otra parte, a esta actitud “se aúna otro factor que surge de la economía [...] el dinero expresa todas las diferencias cualitativas” (Simmel, 2005, págs. 4, 5). El dinero y el nacimiento de las clases sociales y las estratificaciones de la ciudad crean barreras entre los habitantes de la ciudad, la clase baja es relegada al olvido, a la miseria y al maltrato. Al

parecer los pobres no tienen derecho a vivir dignamente, tienen que resignarse a no ser útil para la ciudad – caso del tipógrafo- o resignarse a vender el cuerpo a cambio de dinero, de comida o de trabajo- caso de Juana y de Inés-.

Todos los comportamientos humanos están trazados por la clase, el género y la raza, el cuerpo emite mensajes en ese sentido, en el cual se construye la forma en que deben actuar. Retomando nuevamente al tipógrafo la única forma en que él expresaba sus sentimientos y emociones era por medio de esa historia de vida o diario de campo que es la novela en sí. A Juanita nunca le confesó sus miedos, sus tristezas, sus angustias, porque tenía que mostrarse como el hombre fuerte y protector “Luego penetré a mi cuarto, me senté en un rincón y me eché a llorar. Lloré como un niño. Tenía miedo, tenía angustia...” (Osorio, 1930, pág. 129)

La descripción que se hace en la obra sobre la situación de los personajes tanto principales, como secundarios demuestra que es un retrato de esa época de los años 30. En donde se hace una denuncia de las condiciones miserables de vida y la alienación de una parte de la población por parte de la urbanización industrial a principios del siglo XX. Sus habitantes se encuentran solos frente a una ciudad salvaje y desconocida, solos frente a las oportunidades de trabajo y solos frente al Estado, partiendo de qué significa ser un habitante de ciudad y de la personalidad de los personajes sobre todo de Juanita y del tipógrafo.

Para retomar esto, Simmel sugiere que la perspectiva para una sociología de la ciudad sea que el análisis sociológico no se reduzca al estudio de la organización social metropolitana, sino que se concentre en las formas psíquicas particulares que nacen de la interacción entre individuos (Bettin, 1982). En La Casa de Vecindad se generan diferentes tipos de interacción, las cuales se ven reflejadas en la forma de vivir y pensar el espacio, así mismo en las emociones que genera esa situación en la ciudad. De cara a la miseria los individuos de esta novela tienen algo en común, el deseo de ascenso social y de lograr pertenecer a la sociedad moderna que está naciendo, en el caso del tipógrafo y algunos personajes mujeres. Esto no parece posible y en contrario cada vez son más pobres, no solo por la falta de oportunidades, también por las interacciones conflictivas, la vida insalubre y las condiciones de vida, lo que impide que accedan a esa vida moderna propia de la ciudad.

Así, la ciudad es hostil para sus habitantes menos favorecidos: “La ciudad es hostil para mí y es hostil para mí también la vida. Y no puedo dominar ni la ciudad, ni la vida” (Osorio, 1930).

“Me entregaré a la ciudad incoherente y fatal, que devoró mis esperanzas, mi vida, mis estúpidas ilusiones y que negará también el consuelo inútil de una sepultura para mi pobre cadáver, destinadas a las cuchillas impías del anfiteatro o a la voracidad de los perros en un recodo incógnito del Paseo Bolívar. Y de vez en cuando, como si invocara un nombre religioso, como si tornara al fervor de mis mejores tiempos, la llamaré a ella suavemente, mientras padezca hambre y frío, como si tuviese su cabecita reclinada sobre el pecho:

– ¡Juana! ¡Juanita! ¡Hija mía!” (Osorio, 1930, pág. 132)

El estilo narrativo de *La Casa de Vecindad* establece un posible análisis etnográfico de lo que es y seguirá siendo por muchos años Bogotá. Osorio Lizarazo desarrolla emociones y sentimientos en los personajes a partir de una relación que tienen con el entorno más cercano, la habitación. Los inquilinatos en Bogotá nacen de los desplazamientos de los sectores de clase alta hacia el norte y del desplazamiento de los campesinos a la ciudad. Como se ha visto el inquilinato de *La Casa de Vecindad* carece de servicios básicos, de ventanas y en su interior hay encuentros entre inmigrantes campesinos, personajes ciudadanos, prostitutas, alcohólicos, obreros y policías. El hecho que este ubicada por el Parque de los Mártires, no es de menor importancia, pues en este lugar abundaban los expendios ilegales de chicha y las casas de prostitución, lo que hacía en el imaginario de las personas una zona degradada y miserable.

Según Neira esta novela “es un cuadro de la deshumanización en el marco de la pobreza, la ambición, la fragmentación de la familia y de las normas de control moral y social que en la primera mitad del siglo intensifican la crisis del pensamiento conservador que se resistía a las ciudades masificadas” (Neira, 2004, pág. 108). A su vez, su obra se convierte en una crítica contra la miseria y el hambre, los cuales son algunos de los productos de una urbanización evidente en los procesos de modernización. Con lo que se logra relacionar la vida de las mujeres y la forma en que son vistas, soportando la carga de su clase, su etnicidad, su trabajo, su profesión, incluso hasta su forma de ver el mundo.

Bogotá y las mujeres

La miseria y la suciedad son el día a día, las personas caminan rápido y las mujeres resisten a través de los años, con sus manos fuertes que abrazan esperanza, que trabajan la tierra, que tejen, que piden algún futuro. Luchando en contra de eso que las borra de los libros, de las historias y del mundo.

Han sido encerradas en cuatro paredes, en donde las innumerables injusticias les tensan los nervios, el temor inminente de vivir la ciudad, de apropiarse de sus calles y de su olor a modernidad. Sus cuerpos emanan lucha, resistencia y amor y a pesar del mal tiempo ellas siguen creando nuevos mundos.

Mujeres que sobreviven en una ciudad que no es para ellas, siendo excluidas, violentadas, encerradas. ¿esto es vivir? ¿en constante temor ver un sol tras otro, sin un pensamiento que distraiga la monotonía de las plazas? Ver historias derramadas en los bordes del Tequendama y olvidadas con el viento. Bogotá y las mujeres siguen caminando y viviendo a contratiempo.

Capítulo 3

Cada esquina, cada rincón, cada plaza y cada calle han signado la experiencia y el ver de una identidad encontrada y desencontrada en el circuito de la luz que la habita.
(Marta López-Ciudad y desencuentro: dos miradas de mujer)

Hombres sin Presente: Imágenes de una ciudad como espacio sensible

En esta novela, Osorio Lizarazo sigue la línea de la descripción de una Bogotá problemática, en donde la familia Albarrán es la protagonista, una familia de esa incipiente clase media que está surgiendo a principios de siglo XX. César Albarrán trabaja en el Ministerio, sin embargo, el sueldo que gana no alcanza para mantener a su esposa Betty y a sus hijos, los gastos del hogar y el arriendo, mucho menos para pagarle a Jenara, la joven campesina empleada del servicio. El problema con los Albarrán es el empeño por aparentar lujos y privilegios, aun cuando los empleados públicos sufren dificultades económicas. En hombres sin presente continúa una relación con el sufrimiento de la clase baja, de una joven campesina y del aprovechamiento económico.

Osorio Lizarazo plasma la ausencia del Estado y el abuso por parte de prestamistas y vendedores, demostrando que no existía ni justicia, ni equidad en una ciudad que no tenía tiempo para esas cosas. El caso de César Albarrán quien es un empleado público que trabaja en el Ministerio, es el caso de esa clase media emergente en la ciudad y que a su vez tiene serios problemas económicos, una especie de pobreza disfrazada. César es absorbido por un trabajo inútil, repetitivo y mal pago, además, vive un tormento familiar constante, ya que siempre tenían deudas y las formas que daba el Ministerio, era por medio de un prestamista quien cobraba el 10% por día. Nuevamente se ven relaciones de poder y de jerarquía entre los habitantes, en este caso entre trabajadores, a pesar de que, César es empleado público el sueldo era miserable y estaba lleno de deudas en la tienda, con el arrendatario, con los servicios, incluso con Jenara su empleada doméstica. Osorio Lizarazo en esta novela invita a sus lectores a una reflexión profunda sobre la situación de las condiciones de vida, de sus precariedades y de sus dificultades de ascenso.

Lo interesante de *Hombres sin Presente*, es que Osorio Lizarazo pertenecía no solo a la clase media, sino al mundo de los empleados públicos. Es así como intenta cuestionar la forma en que las oligarquías colombianas manejaban el país y la sumisión y falta de conciencia por parte de los trabajadores. Esto lo hace ilustrando el caso de César, quién se resignó a su vida, a su trabajo, a su sueldo, a sus deudas y a su hogar.

“Había una salita decorada con pobreza, cuyo mueblaje consistía en seis sillas desvencijadas, dos consolas y sobre ellas floreros con flores de papel, fabricadas por Betty [...] el cuarto siguiendo a la sala era la alcoba, donde estaban, amontonados, la cama del matrimonio, la de los niños, una mesa de noche, el reloj y dos baúles para la ropa [...] Jenara dormía en la cocina, al pie del fogón que constituía la razón supresa de su existencia y allí extendía una esterilla de juncos” (Osorio, 1938, pág. 140)

Así eran las casas de todos los empleados:

“Donde languidecían, sin esperanza y sin perspectiva, una mujer y tres niños, y donde se agotaba la campesina adolescencia de Jenara, que lamentaba con frecuencia la anchurosa alegría de sus predios rurales, tontamente abandonados. (Osorio, 1938, pág. 140)

Si bien la descripción de la casa y de las condiciones en que estaba daba cuenta de que en realidad era una familia hacinada y en condiciones precarias, la idea de ser clase media jugaba un papel importante en la mentalidad y la actitud de Betty. Posiblemente las condiciones de Jenara en el campo, eran mejores, ya que como se menciona eran terrenos amplios. Sin embargo, Betty está emocionalmente afectada entre tener una vida miserable y pobre y tener el poder sobre Jenara para esclavizarla.

El hecho que cambia el giro de la historia se da a partir del nacimiento del cuarto hijo, ya que es el punto álgido en la pobreza y la destrucción de los personajes. Es el hecho que divide la novela entre la descripción de la vida y la exposición de la miseria y las dificultades sufridas por los empleados públicos en Bogotá. Los días pasan monótonos, Betty gritándole a Jenara:

“Todo está horrible, asqueroso, como hecho por usted. No es sino una india idiota que no sirve para nada: no sabe siquiera comprar una libra de papas [...] ¡Yo no brego más con la india esta! (Osorio, 1938, pág. 147).

Jenara a pesar de llorar constantemente y sentirse humillada por tanta injusticia, justificaba la actitud de Betty y seguía tan fiel y obediente a todas las órdenes que se le daban. Por mucho tiempo los cuerpos han sido espacios de dominación y sumisión, resistencia y conflicto, en donde se sienten las desigualdades y las experiencias del lugar en que se habita, así mismo, por medio del cuerpo se expresan las emociones y los sentimientos. Jenara, Betty y César, tienen diferentes emociones a lo largo de la novela y como en la mayoría de las novelas de Osorio Lizarazo, como resignación, vergüenza, ira, odio, tristeza etc. En palabras de Simmel las condiciones sociales de la ciudad moderna logran impactar en la vida de las personas, tanto a nivel sensorial como afectivo, las dinámicas de la ciudad, la cantidad de personas y las múltiples actividades que ahí se realizan, crean efectos en la percepción del tiempo acelerado (Sabido, 2017).

Es importante resaltar que, Sabido en su amplio trabajo sobre Simmel, también se especifica que las diferentes “reflexiones de Simmel sobre la ciudad y los sentimientos de soledad que se suscitan en esta es posible encontrar una relación entre la sociología de los sentidos y la sociología de las emociones” (Sabido, 2017, pág. 392). Por lo anterior, la apuesta por vincular a Simmel al hablar de una sociología de las emociones es precisamente porque, Simmel justifica la vida nerviosa y la actitud *Blasée* en las dinámicas propias de la ciudad. Sin embargo, es de resaltar que las novelas de Osorio Lizarazo muestran de todo, menos el anonimato y la indiferencia que se ve en Simmel, además de hablar de algo que Simmel dejó de lado y fue el ámbito doméstico.

Ahora bien, la experiencia que tienen los personajes frente a esa nueva ciudad moderna moldea sus emociones y sentimientos hacia la misma, también la forma en que viven su día a día, dependiendo de sus realidades. La familia Albarrán, está cada vez más lejos de ese ideal social moderno y más cerca de la pobreza, aun cuando aparentan ser una familia con un estilo de vida moderno. Dentro de la novela se exploran constantemente las contradicciones y consecuencias de una vida en la que las expectativas no son acordes a la realidad material que se vive. Debido a ese desfase entran a jugar un papel muy importante las emociones y decisiones que en este caso los Albarrán tomen a lo largo de la historia.

Hochschild, parte de la evidencia empírica con lo que muestran los sentimientos en la vida cotidiana de las personas, refiriéndose a esos sentimientos normales que todas las personas experimentan en su vida (Bericat, 2000) Tanto Betty como César, incluso Jenara reflejan emociones cotidianas de sus contextos, marcando una vía de acceso para el análisis de las situaciones que describen la novela. César pasa la mayor parte de su tiempo en el trabajo por el mismo sueldo, por lo que progresar se convierte en un imposible y en una explotación constante y si se quiere pensar, como una explotación voluntaria. Mientras que Betty, pasa todo el tiempo en el hogar con sus hijos, pues ya se sabe que para esa época la madre, “con su esfuerzo y dedicación, forma al hombre de bien, al ciudadano” (Borja & Rodríguez, 2011, pág. 117). Teniendo en cuenta el texto sobre la historia privada en Colombia, la vida privada tenía saberes específicos: la economía doméstica, la urbanidad, la higiene entre otras (Borja & Rodríguez, 2011), acciones desarrolladas en el hogar al mando de la ama de casa y bajo la tutela del padre o esposo.

El matrimonio de los Albarrán se va deteriorando al avanzar la narración, César y Betty comenzaron llenos de ilusiones por un buen futuro, en donde Betty depositó todas sus esperanzas por ser tener una buena posición social a través del trabajo de César. No obstante, los años fueron pasando, tuvieron varios hijos y sus sueños e ilusiones jamás se cumplieron. Cada vez tenían más deudas y Betty se deterioraba emocional y físicamente, su única función en la ciudad y en la vida era organizar cada detalle de la casa. Se puede pensar que para Betty conseguir un espacio físico de intimidad y contar con tiempo libre para hacer lo que ella quisiera era casi imposible (Borja & Rodríguez, 2011). Por su parte, César se veía endeudado con Don Moisés – prestamista del Ministerio- para pagar los gastos del cuarto hijo recién nacido, de su bautizo y de los múltiples gastos que implica tener cuatro hijos, esposa y empleada doméstica. Sin embargo, para César era más importante aparentar lujos, que pagar deudas, se ganó una pequeña lotería y en lo primero que pensó fue en comprarse un vestido de paño costoso:

“Pensaba en la conveniencia de que lo admirasen con su vestido nuevo, la camisa bien aplanchada y los zapatos lustrados. Después se lo contarían unos a otros y todos comentarían su buena suerte, sin saber de dónde procedía” (Osorio, 1938, pág. 210).

Con deseos de aparentar lo que no era y lo que no tenía, Cesar gastó el poco dinero que ganó en un vestido, ignorando las necesidades de Betty y de los niños, por lo que casi de inmediato tuvo que empeñarlo para costear la enfermedad de Pedrito el hijo mayor. Por lo anterior, Betty sintió nuevamente la frustración y la impotencia de tener esa vida:

“Ya no tengo derecho a aspiraciones, a nada. Seré siempre una esclava, una infeliz, con la única obligación de tener hijos y de morirme de hambre y de miseria” (Osorio, 1938, pág. 222).

A pesar de que Betty y César caían en diferentes emociones, según Hochschild las convenciones de los sentimientos y las emociones se utilizan en el intercambio social entre individuos, estos, operan sus intercambios según un sentido previo de lo que se debe y lo que no se debe. Los individuos tienen ciertos requisitos emotivos que exigen las situaciones, como el graduado, tratando de sentirse feliz (Hochschild, *Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure*, 1979). En este sentido, la ciudad genera muchos sentimientos y emociones en sus habitantes, en el caso de los Albarrán, son acordes a la situación de pobreza, la tristeza, la frustración, la resignación, el odio y la impotencia, por más que quieran aparentar, en el fondo viven en la miseria.

Cabe resaltar que para la época las familias eran numerosas e incompatibles con el modelo de vida en la ciudad moderna, para una familia de clase media era casi imposible mantener esa tradición. La familia Albarrán tuvo que cambiarse de casa y buscar en lugares donde habita la clase obrera, en pensiones y en vecindades similares a las de Casa de Vecindad, ya que no lograban mantener ese estatus.

3.1. Espacios diferenciados clase media-baja

El espacio es el punto central de un análisis de la vida cotidiana, debido a que es el entorno en el que se construye todo tipo de actividades, afectos y relaciones y a su vez, el espacio no indiferente al género, aun con diferentes matices dependiendo del contexto, se puede llegar a afirmar que el espacio tiene connotaciones de género, ya que existen espacios feminizados y espacios masculinizados (Sabaté, Rodríguez, & Díaz, 1995, págs. 287, 288). Como se ha mencionado reiteradamente el espacio público es predominantemente

masculinizado, mientras que el privado es feminizado. A sí mismo, con el paso del tiempo, se logró normalizar que el hogar sea el dominio natural de la mujer, en donde ella reina y en el que también en ocasiones practica alguna forma de exclusión a los hombres” (Sabaté, Rodríguez, & Díaz, 1995)

Los espacios diferenciados también se refuerzan con el nacimiento de las clases sociales, como dice López:

“El nacimiento de las identidades de clase media dependió de la formación de conceptos de género y clase (entre otros) que ayudaron a moldear las interpretaciones y la inteligibilidad de cambios estructurales tales como la diversificación del mercado laboral, nuevas condiciones socioeconómicas, nuevas condiciones de existencia social (urbanización, desruralización, crecimiento poblacional) y, sobre todo, de la creación antagónica entre el sector industrial (léase la fábrica) y el sector de servicios (léase la oficina)” (López A. R., 2005, pág. 261)

La vivienda para los Albarrán sobre todo para Betty significaba un símbolo de estatus y de clase, si bien no era una casa amplia, tampoco era una habitación, ni mucho menos un inquilinato, esta, para la clase media, más que para cualquier otro grupo, jugaba tanto en la consolidación de la identidad, ya que era un espacio determinante en donde se lleva la vida familiar y social (Prieto, 2013). En el momento en que los Albarrán tuvieron que cambiar de casa, Betty se veía en la obligación de visitar casas en los barrios más humildes, de calles sucias y en laberintos, ya que el sueldo de César no daba para nada mejor.

“Casas sin aire, ni luz, donde no puede alentar una esperanza; recónditas casas de suburbio, inclinadas bajo el peso de su propia miseria, casas tristes de barrio obrero, donde no ha llegado toda esa complicación de tuberías, luces, baños y otros embelecios que las personas de bien se han reservado para sí; casas de vecindad pobladas por una muchedumbre heterogénea y dolorosa que se aglomera en cuarticos inadecuados” (Osorio, 1938, pág. 236)

Otro espacio importante para Betty es el hospital, en el momento en que Pedrito se enferma gravemente, las decisiones entre llevarlo a un hospital público y lo imposible de llevarlo a uno privado, denota la idea de estatus social:

“¿Cómo iba él, empleado público persona decente y de buena familia, preocupado por mantener cierta dignidad, aun cuando fuese aparente en su vida, a conducir a su

hijo a un establecimiento de caridad, donde estaban los hijos sin padre de las criadas, los descendientes de los mendigos y de los obreros de la más humilde categoría?” (Osorio, 1938, pág. 254)

Todo el prejuicio de la clase media que tenía Betty salió a la luz en esta situación, la cual no solo es trágica, sino es un giro emocional para la personalidad y la actitud de Betty. Para Betty las personas que iban al hospital público eran los miserables, los desamparados y los huérfanos. A pesar de todo, tuvieron que dejar a Pedrito en aquel hospital de baja categoría, al momento en que Betty y César llegaron a las puertas del hospital; perdieron la poca posición social que creían tener, ya no podían aparentar lujos, solo les quedó hacer fila con toda la multitud miserable: “Mujeres del pueblo cubiertas con su pañolón; obreros de ruana y con trajes remendados; campesinos hediondos a chicha y a mugre. Una monstruosa pobrería que les hería el olfato y acrecentaba el concepto de su propia infelicidad” (Osorio, 1938, pág. 262)

El uso de los espacios depende de un contexto específico y cómo las calles denotan estatus o peligro, pero también depende de cómo las personas sientan y vivan la ciudad. César salió de su casa, lanzándose a la calle “pasaban a su lado otras personas, gentes que parecían alegres y gozosas. Iban silbando, fumaban, leían los periódicos, se interesaban por las cosas [...]alguien regaba un jardincillo, por las ventanas de las casas se asomaba el bienestar” (Osorio, 1938, pág. 203). A diferencia de esos transeúntes anónimos, César no disfrutaba de las calles, no tenía ánimo para detallar su paisaje, sus edificios, solo podía ver en la alegría de los demás, su propia desesperación.

Los espacios para Betty, para Jenara y para César, aun siendo los mismos tenían significados diferentes. Para Betty su hogar y sobre todo la cocina, eran el reflejo de su vida miserable, monótona y desgraciada, había pasado toda su vida creyendo que su objetivo en la vida era ser buena esposa y madre, tal y como fue criada. Mientras que la calle, era su momento de libertad, de sentirse nuevamente bella y viva, así obtuviera palabras grotescas de extraños, era una forma de escapar de la realidad: “Tenía un pretexto para ir a la calle, asfixiar el espíritu con el ruido de las vías, detenerse a contemplar con envidia las vitrinas donde se exhiben artículos de lujo” (Osorio, 1938, pág. 235).

Por su parte para Jenara, la cocina y/o la tienda, eran su zona de confort y vivía para cumplir su trabajo, se podría pensar que ni siquiera se planteaba una vida diferente a la que tenía. Es como si su vida ya estuviera determinada a servir a la familia Albarrán:

“Contenta con su suerte, la Jenara vivía casi siempre alegre. Algunas veces se ponía a cantar en voz baja, mientras despellejaba las papas y se hacía cortaduras en las manos, que jamás se le infectaban [...] hasta el anochecer desarrollaba una actividad incansable, fregaba la loza, salía a la calle, tornaba, diligente y hábil como una hormiga”

Y, César veía como objetivo el proveer a su familia de todo lo necesario y el hecho de no lograrlo, se ve frustrado a lo largo de la novela, tal era la desesperación y sufrimiento que no lograba dormir “porque la sensación del fracaso integral que constituía su vida lo asfixiaba y pesaba sobre su pecho impidiéndole respirar” (Osorio, 1938, pág. 223). La construcción de una idea de jefe de hogar, de hombre de verdad, de proveedor es un rasgo de esa sociedad patriarcal que no solo afecta a las mujeres, sino a los hombres. En el caso de César, se sentía fracasado por no ser el hombre de la casa y brindar estabilidad a su familia, no podía actuar como tal ni en su casa, ni en la Ministerio, pues su vida era un simple fracaso.

En el ámbito doméstico era impensable la mujer. “Como la mujer no tenía mucha educación y la vida claustro de las ciudades no permitía otro tipo de actividades gratificantes, para ella el matrimonio lo era todo, asumía el rol doméstico y controlaba por completo todo lo interno de la casa” (Reyes & González, 1996, pág. 218). Por eso Betty y Jenara eran las encargadas del hogar y la cocina, las cuales asumieron el rol que les correspondía, mientras César, el hombre pertenecía al ámbito público. Entre Betty y Jenara se ve una relación particular, según el texto de Javiera Cubillos, Patricia Hills propone una matriz de dominación, cual “entiende que los distintos sistemas de opresión están en la interacción, interdependencia y mutua constitución, de manera dinámica e incluso contradictoria, ya que es posible que determinados grupos se encuentran en posición de opresor y oprimidos a la vez” (Cubillos, 2015, pág. 123). En algunos fragmentos se ha evidenciado que Betty se siente superior a Jenara y así, Betty siendo oprimida por la sociedad y muchas veces por su esposo, es la opresora de Jenara.

Los estudios feministas y de interseccionalidad ayudan a no solo centrar la discusión de dominación entre hombres y mujeres, sino también comprender la forma en que el sistema de poder se articula con otros, lo que brinda la oportunidad de entender la complejidad de la situación de exclusión que viven las mujeres (Cubillos, 2015, pág. 120).

3.2. Resignación, miseria y tristeza

Ya que César era tratado como el hombre de la casa “La sirvienta corría con sus perneuelas amoratadas, se arrodillaba en el suelo y le limpiaba los zapatos, luego recibía, humilde y silenciosa, otras órdenes” (Osorio, 1938, pág. 141). La situación de las mujeres y el trabajo de la interseccionalidad ponen en evidencia dos asuntos: “en primer lugar, la multiplicidad de experiencias de sexismo vividas por distintas mujeres, y en segundo lugar, la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud” (Viveros, 2016, pág. 8) Betty asume su rol de esposa y ama de casa como algo natural e interiorizado. A su vez Jenara, asume su rol de empleada sin derechos, teniendo como único fin servir a los demás, mientras que César es el hombre de la casa, el proveedor de los alimentos y el único que trabaja remuneradamente, sus roles ya estaban dados y asumidos.

Arlie Hochschild en su texto, afirma que hay varios tipos de trabajo emocional: el cognitivo, el cual es el intento por cambiar las imágenes, las ideas y los pensamientos. Esto lleva a cambiar el sentimiento asociado a alguna situación; el corporal, el cual intenta cambiar los síntomas físicos en las emociones, como respirar lento, no temblar; y por último, el expresivo, el cual intenta cambiar los gestos frente a alguna situación, como la expresión de felicidad, de llorar, de sorpresa (Hochschild, *Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure*, 1979). Lo anterior apunta a un intento por alterar las emociones, dependiendo la situación constante que viven los personajes, la narración es un vaivén de emociones y expresiones:

“Entonces se sentía amargado e incómodo. Quizá descubriese en el rostro de su mujer un anuncio de rebeldía o de inconformidad- Del espíritu de la desventurada fluían

hacia su propio espíritu el dolor, la angustia, la tragedia de este vivir miserable y falso, construido sobre la indigencia monstruosa”. (Osorio, 1938, pág. 142)

“La monotonía de su vida y la desolación de las cosas que la rodeaban, envejecidas prematuramente, familiares hasta el extremo, sin una variación ni una novedad, ponía reflejos sombríos en el espíritu y extirpaba ese afán decorativo que tuvo en otro tiempo para su ambiente y sí misma”. (Osorio, 1938, pág. 143)

Tanto César, como Betty son conscientes de su vida miserable. Por un lado, Betty había sido criada y educada para conseguir un buen marido, su padre la educó como una niña rica, con el único propósito de que se pudiera casar bien y ser una buena mujer para la sociedad: “no había otro porvenir para las mujeres” (Osorio, 1938, pág. 160). Por el otro lado, César, se ve fracasando en su rol de hombre, como el jefe de hogar. La miseria corroía cada espacio de sus vidas y él no podía hacer nada para cambiar esa suerte, por lo que solo sentía angustia, impotencia e ira: “Ni en la oficina, ni en la casa, ni en la calle, era otra cosa que un indigente moral y material, incapaz de un acto de energía. Absorbido por una tarea idiota al pie de un escritorio” (Osorio, 1938, pág. 155).

El surgimiento de la clase media en Bogotá, dada por el apoderamiento del poder y de la fuerza de trabajo, hizo que la acumulación de cierto capital pudiese gozar de algunos privilegios y lujos que tenía la élite, sin salir de esa miseria y deudas constantes, solo era la idea de una vida aburguesada. Betty tenía esa superioridad con los más pobres e intentaba imitar el comportamiento de las clases altas, tiranizando a Jenara. Por otro lado, la necesidad de aparentar un estatus social que no se tiene, se ve también en el momento en que los Albarrán quieren ofrecer un té por el bautizo del hijo recién nacido. Esta reunión tiene como fin mejorar las relaciones sociales y mostrar una posición social privilegiada, sin embargo, están muy lejos de serlo, la preocupación por la ropa, los utensilios y la decoración son constantes durante el té. En otras palabras, imitar es compensar la discriminación de que se es objeto y, así, los Albarrán cifran en un traje costoso, medias, maquillaje y otros bienes materiales sus ilusiones de prestigio y bienestar; esto es, de ascenso social (Neira, 2004, pág. 122)

Betty en su cotidianidad tenía claro sus deberes de madre, de preparar la comida, de vigilar a Jenara para que hiciera todo lo que ella le ordenaba “entregarse, en fin, a todos los

menesteres insignificantes de la vida cotidiana y casera que constituían la razón de ser de su permanencia en el mundo” (Osorio, 1938, pág. 157) Igualmente, Jenara tenía claro su rol en la ciudad siendo tímida y obediente, soportando todos los días los maltratos de Betty, incluso justificando su violencia y preocupándose por los problemas domésticos hasta el punto de hacerlos suyos. La condición de las mujeres en el campo aún dependía de la mano de obra masculina, por lo que la mayoría de las mujeres se trasladaran a la ciudad y “se ocupara en el servicio doméstico, le correspondía una serie de tareas que iban desde el cuidado de los niños, la limpieza, la comida “ (Luna, 2004, pág. 61)

Por su parte, César sabía cuál era su función en la vida, trabajar para mantener a sus hijos y a su esposa, así fuera en un trabajo miserable, en donde solo era un funcionario público más. En *Hombres sin Presente* se nota un punto interesante en cuanto a lo que es ser clase media y alta. Por ejemplo, en el caso de Betty, una sociedad ya mediada por los estereotipos y los cánones de belleza y elegancia para las mujeres, ella se quiere sentir así y se frustra cuando no puede verse bien o vestirse bien:

“Betty gastábase media hora frente al espejo, decorabas de rojo los labios y las mejillas, se preparaba los marrones desde la víspera para rizarse el cabello y aparentaba juventud y seducción, con sus trapitos aplanchados: Entonces los hombres la miraban al pasar por las calles y le decían algunas de esas frases idiotas que quieren ser galanterías y resultan vulgaridades. Esta inocente y fugaz coquetería era el único placer que sobrevivía al naufrago total del matrimonio, y por eso guardaba con tanto cuidado el lápiz de los labios, la redemilla del rouge y la caja de polvos. Eran sus pequeños tesoros, nutrición de su vanidad, suprema ilusión de su vida. (Osorio, 1938, pág. 151)

De esta manera Betty padece un dilema entre lo que sueña y la realidad en la que se encuentra, la vida sin estímulos, más allá de “galanterías” de los hombres, un labial o unos polvos, logran atrofiar los sentidos, incluso la percepción del mundo. Como se ha dicho, la mayoría de las personas viven en sociedades en las que existe una división por clase, género, raza o etnia, indicando una jerarquía de poder. Así, el tener una posición específica en la sociedad, también implica una experiencia específica del mundo (Sabaté, Rodríguez, & Díaz, 1995, pág. 296). La situación de Betty se describe de una forma resignada y las emociones están presentes en cada fragmento de la novela, tenía ilusiones y sueños frente a su vida, a

pesar de ser meramente material y de lujos, era feliz. Al pasar el tiempo no tenía motivación absoluta y así:

“Había llorado y estaba sucia, como todos los días, porque había perdido toda ilusión. Ahora parecía casi una vieja insignificante. No se había peinado, tenía obre el cuerpo fofo, un batón remendado y arrastraba los pies entre antiguos zapatos destruidos colocados de cualquier manera [...] cerca del vientre se sacudían los pechos flácidos, abominables, estrujados por cuatro pequeñas bocas que succionaron de ellos la vida a tragos” (Osorio, 1938, pág. 202)

“Fue perdiendo la saludable costumbre de acicalarse a diario. No había tiempo ni razón para el aseo: los menesteres domésticos no se lo permitían y la muerte lenta, inexorable de sus ilusiones fluían a su espíritu y lo debilitaba. Era necesario pasar los días en la cocina, aquí, frente al lavadero o remendando los chiros y atendiendo a los muchachos. Y todos los días lo mismo, y siempre igual. Y cada uno ve cuando, arrojarse al lecho para prolongar, con dolor y martirio, la estirpe de los Albarranes” (Osorio, 1938, pág. 164).

En Colombia durante el siglo XIX y parte del XX la mujer estuvo condenada a la minoría de edad, siendo de absoluto control por su padre y luego por su esposo. El fragmento anterior muestra cómo Betty solo tiene como motivación a su marido y, además, como la pobreza, la miseria y la monotonía acabaron con todas sus motivaciones e ilusiones. Betty perdió la motivación de arreglarse ya que no tenía interés en su esposo, ni su esposo en ella, solo pasaba los días en la cocina y con los niños. Así, la única emoción era cuando salía a visitar a su hermana y diferentes hombres la miraban y le decían algo. Por lo que la crianza exclusiva para ser esposa y madre, nula la posibilidad del amor propio, cabría pensar que tal definición no existía. En el caso de Jenara, ocurría algo similar, el desconocimiento del amor propio o de una vida digna, permitía que se resignara con su vida.

“Convertida en un personaje insustituible en la casa del empleado público, arrastraba con resignación, como si no fuera posible modificarla, la injusticia de su pobre vida diminuta. Tenía como única finalidad, la de servir y no se inquietaba porque su esfuerzo no encontrara retribución, ni porque su sacrificio fueres vinculándola hacia un sentimiento afecto con esa familia miserable, de la que nunca podría esperar nada” (Osorio, 1938, pág. 170)

La experiencia que se tiene con el entorno también representa una dimensión sensorial de género, el cual tiene que ver con la forma en que se habita y se siente el mundo, en especial la ciudad. (Sabido, 2020). Así mismo el uso del espacio es diferente para hombres y mujeres, en el caso de Betty, ella sale a las calles a visitar a su hermana, Jenara, sale a comprar diferentes utensilios domésticos y César sale al Ministerio. Así, la vida urbana es también generadora de la personalidad, de los miedos y de los comportamientos de los habitantes de la ciudad, creando espacios específicos para cada uno.

En el caso de Jenara, ya que no tenía opción de conocer la ciudad, ni tenía contacto con nadie o nada y su función y espacio están restringidos a la cocina y a la tienda (Neira, 2004). En la obra se presenta como una joven campesina no moldeada aún por la influencia de la ciudad. Además, esas familias de clase de media “falsifican su propia realidad, sueñan despiertos y buscan compensar su marginalidad mediante una frágil fachada de bienestar. Lo que incluye la posesión de una sirvienta” (Neira, 2004, pág. 193). Por lo mismo, las esposas obtienen su estatus social por medio de los esposos empleados, ya que están restringidas al hogar, su vida pública no tiene importancia.

Tanto Betty como su hermana, crecieron con la idea de tener buenos matrimonios con los que pudieran acceder a un estatus social alto, al encontrar el fracaso en su esposo, Betty proyecta toda su frustración racial y social contra Jenara. El ejemplo de esto es el trato insultante en que se reduce a Jenara a una expresión estigmatizada de su identidad, pues Betty “a pesar de su miseria presumía de su posición de señora y no se sentía igual a una india de esas que de la noche a la mañana quieren hacerse gente” (Osorio, 1938, pág. 168). Sin embargo, Betty tenía pensamientos recurrentes de venderse por cualquier cosa, ya que no sabía hacer nada y no podría encontrar trabajo. Así, como en *La Casa de Vecindad*, las mujeres no tenían más salida que vender su cuerpo para suplir las necesidades económicas. Esto se daba con mayor facilidad, debido a que los hombres pertenecientes de clase media, clase alta, policías entre otros, sentían que tenían en las mujeres llegadas al campo, en las empleadas domésticas y las prostitutas, una posibilidad de práctica sexual mediante el abuso, la violencia y la mera necesidad (Neira, 2004). En las dos obras podemos encontrar que la prostitución se encuentra en los diferentes estratos sociales y en su mayoría es gracias a la

dependencia económica o a la nula oportunidad de progresar y de tener una vida digna. Tanto en el caso de Betty, como en el de Juanita e Inés, la prostitución oscila en sus vidas como una forma laboral. No obstante, Betty lo ve como una salida a su monotonía y a su miserable hogar:

“A veces, algún hombre le decía una de esas frases banales que tanto agradan a las mujeres [...] Apreciaba el rudo contenido sexual, casi salvaje que movilizaba esas frases, no expresadas como una simple flor callejera, sino como una iniciación impúdica de conquista” (Osorio, 1938, pág. 282).

La ciudad facilita diferentes experiencias de vida ya sean sensoriales o corporales, lo que hace que cada habitante tenga una idea propia sobre cómo habitarla y cómo apreciarla “la experiencia de la ciudad no solo se reduce a la materialidad, sino considera las emociones, sentimientos, recuerdos, sueños, miedos y deseos de los sujetos como ejes de las experiencias espacial individual y colectiva” (Soto, 2011, pág. 21). Por eso Betty encuentra en las calles una salida a su vida doméstica, comienza a tener y a necesitar nuevas emociones para sobrellevar su día a día, llevándola a encontrarse con un desconocido. Así, tenía la excusa de visitar a su hermana para recorrer las calles de la ciudad y vivir nuevas experiencias, las cuales la vincularían con la ciudad. Betty sin notarlo comenzó a ver a la ciudad una escapatoria y una esperanza de cambio, solo le bastaba con ver a este extraño para que las labores domésticas se tornaran diferentes “Realizábalas con alegría y hubo un momento que pudo olvidar casi por completo el caudal del martirio que atosigaba su vida” (Osorio, 1938, pág. 285).

Si bien la obra no tiene un final específico, Betty perdió todo amor por su hogar y quedó con la imagen del extraño hombre. Tenía en su vida una nueva emoción y el hombre que la había acompañado durante siete años desaparecía por completo y en su lugar se elevaba la figura un poco perfumada, un poco petulante y ostentosa, de ese otro hombre, que tal vez ya estaría esperándole en alguna esquina. La diversidad de espacios vividos, las percepciones y la posibilidad de simbolizar, llevan a procesos emocionales que permiten que los habitantes tengan sentimientos o emociones agradables o desagradables, convirtiendo así, la ciudad en un depósito de significados (Soto, 2011).

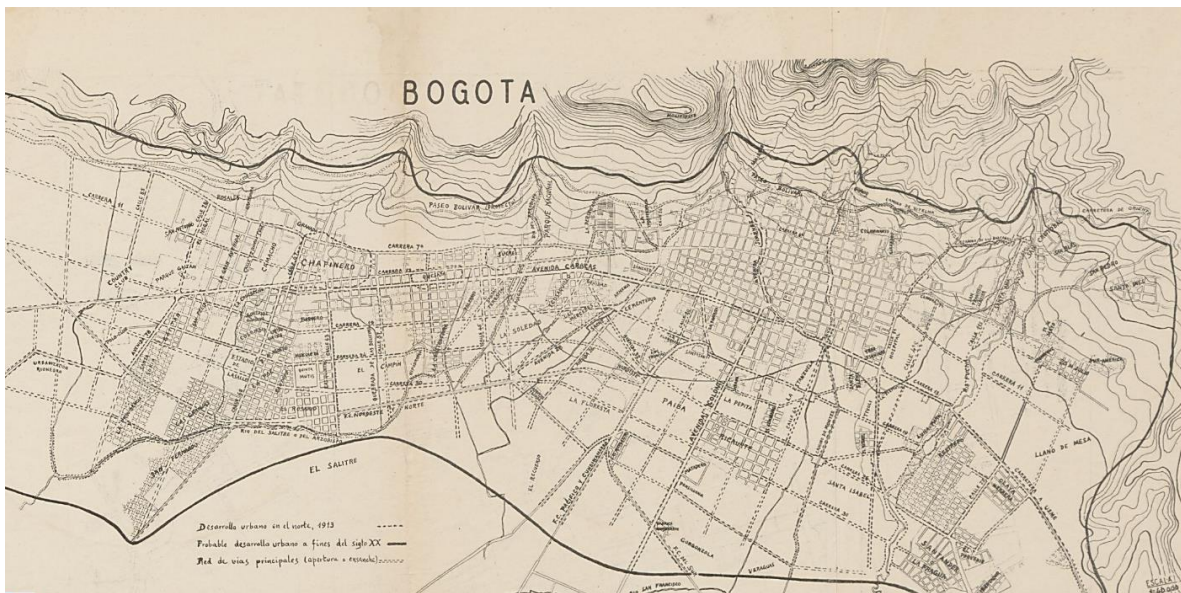
Es claro que el espacio genera sentimientos, emociones y afectos; el hogar de los Albarrán y la ciudad permitieron que los personajes tuvieran recuerdos agradables o dolorosos que se vincularan a cada espacio y a su vez, dan cuenta del carácter simbólico que estos tienen en la vida y la experiencia de la vida urbana. La obra de Osorio Lizarazo presenta “el fenómeno que tiene lugar a la degradación de la mujer campesina en un medio urbano que le restringe su sensibilidad y le niega la posibilidad de una experiencia ciudadana donde pueda ejercer sus derechos” (Neira, 2004, pág. 201). Lo anterior para el caso de Jenara que como se mencionó su único espacio es la cocina y la tienda, por lo que no tiene posibilidades de experimentar la ciudad de otra forma, siendo negada de derechos y oportunidades. Para el caso de Betty, perteneciente a una falsa clase media y que se encuentra bajo el control de su esposo, recibe de este mismo estatus social la autoridad para denigrar y maltratar a Jenara. Además, se describe cómo la miseria y la rutina de ama de casa, en primer lugar, le quita las ganas de preocuparse por ella misma y, en segundo lugar, la lleva a emocionarse con la figura de un hombre desconocido y ser infiel.

“César volvió a sentarse en la silla donde se había refugiado. Sentía deseos de llorar, como en la tarde aquella en que cayó ante el lecho, caliente aún por el cuerpo de su hijo a quien nunca volvió a ver” (Osorio, 1938, pág. 292).

Reflexiones finales

*Voz de mujeres derrotadas por el amor y por la vida.
Que entre rosarios y maitines odian las novias y los besos.
Mientras sus vientres malogrados se vuelven turbios
como bosques cuando se acercan a los niños.
(Carlos Castro Saavedra- Mi corazón y la ciudad)*

Bogotá vista como un cuerpo adolorido y agotado



Fuente [online] Biblioteca Nacional - Bogotá 1935

http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/custom/web/content/mapoteca/fmapoteca_575_fjeas_130/fmapoteca_575_fjeas_130.html

A lo largo de la historia, la cultura patriarcal ha alejado a las mujeres del saber, la escritura y del arte, lo que dificulta el acceso a la vida pública. A pesar de la transformación de la vida cotidiana de las mujeres gracias al proceso migratorio que se dio, no todas las mujeres tuvieron las mismas experiencias con la ciudad. A partir de lo anteriormente establecido es importante pensar también ¿en qué forma las mujeres vivían y participaban en la ciudad? ¿qué papel cumplía la ciudad para las subjetividades de las mujeres? ¿cómo la ciudad pensaba en las mujeres, en cuanto a sus espacios, oportunidades y seguridad? Estas

preguntas están enfocadas a pensar una Bogotá femenina en la década de los 30, a partir de las experiencias descritas en la narrativa de la época en esa gran ciudad.

En la ciudad ya no existen los mismos lazos comunitarios y colectivos que se vivían en las zonas rurales, así, muchos habitantes se convierten en solitarios y anónimos transeúntes. “Se puede establecer lo urbano en tanto que asociable con el distanciamiento, la insinceridad y la frialdad en las relaciones humanas con nostalgia de la pequeña comunidad basada en contactos cálidos, cuyos miembros compartirían una cosmovisión, unos impulsos vitales y unas determinadas estructuras motivacionales”. (Delgado, 1999, pág. 25) Desde la expansión de la ciudad, los espacios públicos son usados por diferentes personas y de formas diferentes, el caminar se convierte en múltiples sensaciones, ya sea la de dar un paseo, la de buscar hogar, la de pedir limosna, la de buscar trabajo, entre otras.

Una ciudad que no piense en la pluralidad difícilmente puede brindar espacios igualmente seguros para todas las personas. Es importante también pensar una Bogotá femenina, una Bogotá que tenga espacio para todos y todas, donde es necesario la participación de mujeres en la gestión de la vida cotidiana, poder proponer ideas desde las experiencias de ser mujer en una ciudad como Bogotá. “Hablar de la ciudad es hablar de sujetos, de las ideas del cuerpo que portan, el sentido que provee el reconocimiento cifrado en metáforas que acumulan la historia que nos ha contenido; cada esquina, cada rincón, cada plaza y calle han signado la experiencia y el haber de una identidad encontrada y desencontrada” (López M. , 1996, pág. 418)

Usualmente hay algo más en cuanto al miedo en la ciudad y es una sensación de desequilibrio en las formas cotidianas, donde las certezas de seguridad cada vez pierden la estabilidad. Si bien con el tiempo la situación ha ido cambiando para las mujeres, también es cierto que el cuerpo y la sexualidad han tenido una larga trayectoria de apropiación por parte de los hombres. Las mujeres a lo largo de la historia han tenido que adaptarse a los espacios que les toca, determinar los lugares a los que asisten, el horario y la ropa, todo enmarcado en un orden patriarcal que ha hecho que las mujeres se construyan a partir de ciertos estándares. Durante la década de los 30 era impensable que las mujeres lograran participar en gestiones de la vida pública, en muchos casos no solo era por impedimento, sino por la normalización

de la situación, aun cuando en esa época comenzaron a aparecer con más fuerza las ideas y los grupos feministas.

La ciudad se siente y se vive desde la experiencia individual y colectiva, por lo que el significado de los espacios es diferenciado, los hombres y mujeres utilizan de forma distinta ese espacio exterior, según la división sexual del trabajo, lo que condiciona que sea la mujer quien realice la mayor parte de movimiento por compras y servicios [...] con lo cual la percepción del espacio será muy distinta para hombres y mujeres (Sabaté, 1984)

Dentro de la vida cotidiana se encuentra una gran distancia entre los más ricos y los más pobres y a pesar, del intento por investigar acerca de la desigualdad no solo en Colombia, sino en América Latina, se ha quedado corto en cuanto a qué piensan y cómo conviven con altos niveles de desigualdad los habitantes de estos países (Álvarez, 2014). La situación de Jenara como empleada doméstica y campesina migrante, dentro de una familia de clase media en Bogotá durante los años 30, con un sueldo y un trato miserables, es una pequeña parte de la desigualdad que desde ese momento ya se veía latente en la ciudad. Y hasta, el día de hoy como se plantea en el texto de Álvarez:

“Bogotá es una de las ciudades más desiguales, a pesar de que se observan mejoras en los últimos años. Es una ciudad que sigue creciendo, al contrario de la tendencia de las ciudades principales de América Latina, a partir de población que busca oportunidades en la gran ciudad y, además, de población desplazada por la violencia. Se trata de una ciudad con grandes diferencias sociales que se expresan especialmente, aunque cada vez más a escalas espaciales menores” (Álvarez, 2014, pág. 105)

Como bien se ha mencionado muchas investigaciones sobre la ciudad han estado guiadas por la arquitectura y el urbanismo, por lo que es importante mencionar el proyecto de Karl Brunner en Bogotá durante la década de los años 30. Debido a las transformaciones en la capital durante la primera mitad del siglo XX, permitió la creación de edificaciones gubernamentales y nacionales. Así mismo, el crecimiento de la población y la reubicación de las zonas de clase alta hacia el norte de la capital, y la desarticulación del espacio urbano, llevó a que se buscaran medidas para solucionar estas problemáticas, que cada vez afectaban más al espacio y a sus habitantes. Brunner llega en 1933 como director del Departamento de

Urbanismo y lograr fomentar, entre otras, la construcción de habitaciones a bajo costos y la formación de barrios obreros (Maya, 2004)

La creación de unos barrios y el saneamiento de otros, como el saneamiento del Paseo Bolívar evidencia que la estructura de aquellas viviendas, eran un símbolo de pobreza, el cual tenían que ocultar. Se dice ocultar, ya que el embellecimiento de los espacios no le pone fin a la pobreza. Sin embargo, en muchas ocasiones a pesar del “bajo presupuesto destinado para las construcciones, es posible lograr, optimizando con recursos, una propuesta donde los aspectos funcionales y estéticos, así como la calidad de vida tengan lugar” (Maya, 2004, pág. 70). Los espacios que se mencionan en Casa de Vecindad como las inmediaciones del Parque de los Mártires, San Diego, las Nieves, el Paseo Bolívar y las Cruces, barrios que han tenido múltiples cambios con el paso del tiempo, si bien han cambiado estructuralmente, hoy en día algunos de esos espacios son considerados barrios populares en el centro de la ciudad.

En el proyecto de Brunner estaba contemplada la necesidad de embellecer el Paseo Bolívar, por lo que se debía desalojar a sus habitantes, esto porque se creía que era un foco de infección y pobreza. La presencia de Alfonso López Pumarejo y Jorge Eliecer Gaitán, ayudaron a que Brunner cumpliera algunas de sus propuestas urbanísticas. Así, se logra concretar un plan ordenado y específico de obras para el desarrollo de Bogotá, sin dejar de lado que las pautas europeas tienen mucho que ver con el embellecimiento de la ciudad, ya que la arquitectura de las casas y del espacio público adopta este estilo. La construcción de barrios obreros y el saneamiento de diferentes puntos evitaba el mal aspecto de la ciudad, creyendo que le daría un aire aristocrático.



Fuente. El Sector de Saneamiento Paseo Bolívar en Bogotá 1935 en: Manual de Urbanismo, 1939.

La importancia de mencionar de Brunner en este trabajo se debe a que las intervenciones en el espacio durante la década de los 30 en Bogotá, fueron en su mayoría localizadas hacía el centro de la ciudad y el saneamiento solo fue realizado en el Paseo Bolívar. (Ortíz, 2009) Por lo que muchos barrios populares quedaron en las mismas condiciones. La ciudad se establece como un espacio que se construye, reconstruye, destruye y vuelve a construir, lo que significa “deshacer las trampas, haciendo de la ciudad un espacio y un tiempo para el goce que remueve el dolor, convirtiéndolo en creación y vida” (López M. , 1996, pág. 429). Los barrios por donde se mueven los personajes de Casa de Vecindad, precisamente están en el centro de la ciudad: Los Mártires, Las Cruces, El Paseo Bolívar, Las Nieves. Los cuales se describen como barrios populares en donde habitan los menos favorecidos y donde en fragmentos de una vida miserable se ve reflejado el arduo trabajo del tipógrafo para acoplarse a una ciudad moderna “Desisto de todo, no tengo una esperanza en el horizonte. No hay posibilidades de conseguir trabajo. No lograré hacerme al ambiente de la ciudad moderna y puesto que todo se cierra frente a mi perspectiva, me abandonare al curso del azar” (Osorio, 1930, pág. 130)

Se puede pensar el hecho de que las expectativas de vida eran diferentes a la realidad que se vive, el tipógrafo cae en una miseria absoluta, donde no le quedan más que un par de camisas, las hojas que ha escrito y un bolígrafo sin tinta y, sobre todo, la nostalgia del pasado. Así mismo los Albarrán, en un punto de la historia solo tienen deudas y problemas gracias al sueldo y al posterior despido de César. Se ha mencionado que las emociones se pueden explorar en las novelas de Osorio Lizarazo, teniendo en cuenta que estas, están cargadas de significados, de sentidos anclados en unos específicos contextos socio históricos, contexto entre cuyas dimensiones merecen la pena resaltar (Bericat, 2000, pág. 160). Las emociones acá se encuentran muy presentes en los momentos de precariedad económica, percepción del estatus social y su mantenimiento. Tanto en Casa de Vecindad como en Hombres sin presente la crisis económica es central para las decisiones y emociones que se tienen al accionar, Betty y el tipógrafo quieren ocultar su pobreza y miseria lo que más se pueda frente a los demás, no quieren dar lástima y mucho menos aceptar que son pobres.

Para el caso de la investigación el hablar de la ciudad incluyendo a la mujer, se debe a que la influencia del pensamiento feminista ayuda a que, se piense el género más allá de la visibilidad, centrándose en conceptos urbanos y mostrando que el espacio urbano está muy lejos de ser neutro y equitativo *per se*. Para este punto se abren múltiples formas de investigar a futuro esa duplicidad, ya que la geografía humana con enfoque de género ayudaría a reflexionar y visibilizar sobre las formas en que las experiencias de las diferentes mujeres en el espacio urbano permiten entender y reinterpretar la ciudad. A su vez, teniendo en cuenta las necesidades de las mujeres y así crear una planeación urbana más igualitaria. Ya que, es pertinente considerar que la territorialidad no solo debe tratarse de los vínculos entre grupos sociales con el espacio, sino también se incluye el componente emocional y afectivo entre los habitantes y el espacio que habitan.

Entre el ayer y el hoy

Teniendo en cuenta que el espacio urbano no es neutro, sino un espacio socialmente construido, se puede resaltar la forma en que los mismos eventos en las novelas de Osorio Lizarazo, tienen un significado diferente en la actualidad. Así, se puede preguntar ¿Qué tanto han cambiado las cosas con el pasar de los años? Para este caso se mencionarán cuatro: la prostitución - la sexualidad diferenciada de la mujer- y el tipo ideal de mujer, la agenda feminista y la migración. La relevancia del estudio de estas narrativas también se debe a que la novela “conmueve, deja una impresión a quien la lee, una impresión marcada incluso en el cuerpo si aceptamos que los textos literarios nos hacen reír, sudar, llorar, desear, además de ponernos a pensar” (Trejo & Waldman, 2018, pág. 136) Por lo que sus múltiples interpretaciones pueden ayudarnos a comparar las situaciones vividas en las novelas y los discursos en la actualidad.

Se menciona la prostitución sobre todo en Casa de Vecindad de dos formas: la primera hacia Juana, tanto Georgina como Araceli acusan la supuesta prostitución de Juana como algo malo, algo para odiarla y despreciarla. Diferentes diálogos en los que se refieren a Juana las palabras: *perra*, *ramera* y *vagabunda* aparecen constantemente para denigrar y rechazar a Juana, basadas en chismes y en prejuicios. Era recurrente que las mujeres de los sectores populares durante esta década fueran campesinas las cuales “podían ser empleadas

domésticas, artesanas obreras fabriles o prostitutas” (Luna, 2004, pág. 61). Para el caso de Juana el hecho de ser madre soltera producto de una violación era un hecho que la tildaba de mala mujer frente a las mujeres mayores de la casa. Sin embargo, todo esto era atravesado por un profundo pensamiento patriarcal y machista:

“¡Habiendo tantas mujeres bonitas! ¿Qué gracia le encontrará a esta? que se pinta la boca, que se hace ojeras, que se disfraza toda... Yo no sé cómo podrían enamorarse los hombres de una mujer así. Francisco tendría lo que quisiera” (Osorio, 1930, pág. 16)

La descalificación entre mujeres ha sido un logro de la cultura machista, ya que logra que las mujeres se rechacen e insulten entre sí. Las personas en su vida cotidiana manejan una amplia lista de categorías para referirse al mundo que las rodea, lo cual es construido culturalmente y parte de las experiencias, y, es a través del lenguaje que se le da significado a comportamientos y situaciones de la vida cotidiana. Estas mismas categorías construidas son las que designan roles masculinos y femeninos, corriendo el riesgo de que se discrimine y rechace lo que se encuentra fuera de esos parámetros. Así, el machismo como una construcción cultural y social es el modo en que se concibe ese rol masculino superior para establecer las diferencias de lo que debe ser una mujer y un hombre. En Casa de Vecindad se muestra también que Juana es mala mujer al rechazar el constante acoso de Francisco, viéndola como una mujer irresponsable, vagabunda e incompleta por no tener a un hombre a su lado, incluso, por no quererlo.

La otra forma en que se ve la prostitución es por parte de Inés, la hija de Verónica, la cual a su vez es un tipo de proxeneta que la obliga a vender su cuerpo. Sin embargo, acá a Inés en ningún momento se le discrimina o insulta, aun cuando de ella sí se sabe que es prostituta. Así que cabe reflexionar sobre cómo se ve la prostitución y cómo se justifica y a quién se le señala. Con esto también se puede pensar sobre la sexualidad de la mujer y su necesidad por separarla de la reproducción, cuestión que en la actualidad ha ido cambiando, pues los significados han ido mutando y variando. Decir que una categoría como raza, clase, género, religión, etnia, son socialmente construidas “no significa que esas categorías no tengan un significado en nuestro mundo. Al contrario, las personas subordinadas han puesto

en marcha un proyecto que consiste en analizar cómo el poder ha agrupado a las personas alrededor de ciertas categorías y cómo se usa contra otras” (Crenshaw, 1991, pág. 116).

En la actualidad el significado de la sexualidad era impensable en la década de los 30, cuestiones como abrir una cuenta de Only Fans, ser Web Cam, entre otras es una nueva forma de ejercer la sexualidad, si bien tiene sus pro y contras, son nuevas ideas de concebir y apropiarse del cuerpo. Incluso pensar en la prostitución consensuada por parte de muchas mujeres, cambia la forma en pensar el uso del cuerpo. Para la época de Osorio Lizarazo, la sexualidad de la mujer era un tabú y algo mal visto, de hecho, en Casa de Vecindad la prostitución es mal vista y la posible sexualidad abierta es tomada como un vicio. Georgina se refiere a esto respecto de Juana: “ella dice que trabaja, que gana muy poco, pero yo no le creo. Hace que trabaje para disimular sus vicios” (Osorio, 1930, pág. 17). De la mano de la prostitución y la sexualidad, está el tipo ideal de mujer que se tenía, tanto en Casa de Vecindad como en Hombres sin Presente, la mujer debe tener ciertos aspectos específicos. Por ejemplo, Juana tenía que ser una “buena” mujer, aceptar a Francisco o tener presente al padre de Pedrito, ser alguien “decente”, estos adjetivos tienen significados diferentes, dependiendo de quién los dice y a quién se les dice. Por su parte Betty, tenía que ser buena esposa, madre y ama de casa, así no fuera feliz, era para lo que había nacido y para lo que su padre la había criado. Así la trayectoria para una mujer de clase media en la narrativa de Osorio era la de casarse y tener hijos, en Latinoamérica se dieron diferentes contextos en que se construyó el sujeto de mujer y así contribuyó a institucionalizar y politizar la construcción de un sujeto de mujer sesgado a lo maternal (Luna, 2004).

El siguiente punto importante es la agenda feminista. En el texto de Lola G. Luna se explora el sujeto sufragista en Colombia desde la década de los 30 hasta los 50, cuestión que resulta relevante al pensar en el sujeto feminista durante los años 30. La identidad de la mujer maternal que se construyó en Colombia durante la primera mitad del siglo XX en donde “apareció un nuevo discurso, el moderno liberal en el que se constituye la mujer moderna, que se reconoce como sujeto de derechos” (Luna, 2004). Claro, que estos indicios de feminismos y reivindicación no cubrían a toda la población y casos como el de Juana, Inés, Betty o Jenara pasaron desapercibidos y quedando en el fondo de lo tradicional, lo que hace

aún más pertinente su análisis. Ya para mediados de siglo toman más fuerza los movimientos sociales y el feminismo. En la actualidad la agenda feminista está incluida en casi todos los debates políticos, en mayor o menor medida, se están incluyendo cada vez más.

El último apartado es el de la población migrante. Durante la década de los 30 la migración campo-ciudad fue la causante de los cambios estructurales de la ciudad, de sus nuevas construcciones y la urgencia por pensar en nuevas políticas públicas. Como se mencionó en los barrios obreros y en las periferias de la ciudad, los habitantes campesinos y/o indígenas emigraron del campo y se dirigieron hacia los centros urbanos, generando un proceso acelerado de urbanización (Sánchez, 2008). En Bogotá las personas inmigrantes que no tenían ningún conocido en la ciudad se asentaban en inquilinatos o pensiones en barrios periféricos. La otra etapa fuerte de migración campo-ciudad fue durante la segunda mitad del siglo, debido a la Violencia y el conflicto en las zonas rurales. Un hecho más reciente de migración en Colombia es desde Venezuela, el hecho de las múltiples dificultades del país vecino trajo miles de inmigrantes. Si bien se diferencia la época y la estructura de Bogotá, las implicaciones en salud, vivienda, trabajo y educación, son muy altas y así como a principios de siglo, la estructura se queda corta para abarcar un proceso migratorio de esa magnitud.

Este apartado no intenta dar respuestas a estas diferentes visiones de las situaciones que ha vivido Colombia y específicamente Bogotá, más bien es una apuesta por pensar cómo los significados han cambiado y se han reconstruido a través del tiempo y de las vivencias de las personas. También dar un pequeño vistazo a los cambios que han tenido las mujeres, su rol y su nueva visión del mundo, rompiendo con la tradición hegemónica y proponiendo nuevas formas de pensar y de ser mujer. Las novelas de Osorio Lizarazo logran mostrar la vida cotidiana de las mujeres en el ámbito doméstico.

Clases sociales: más allá del dinero

La familia Albarrán quería mantener ese estatus de clase media como fuera, aun cuando la realidad material era muy diferente. La constante búsqueda por mostrar una imagen de personas elegantes no solo llevó más a la frustración de Betty, sino que la hizo dejar de amar a su esposo y querer conocer a otro hombre. Así mismo César solo sentía el fracaso de su

vida por no conseguir más dinero para su familia. Sin embargo, en el momento en que gana una pequeña lotería y se compra un lujoso vestido, sin pensar en otras necesidades, se pone en evidencia la búsqueda por mantener la apariencia de un empleado público. César y su familia se dirigen al Parque Nacional solo para lucir su nuevo traje “La gente que ocupaba el parque, su mimada clase, pasaba a su lado y ellos se sentían orgullosos de su prole y del bienestar que denunciaba el vestido nuevo” (Osorio, 1938, pág. 212). Sin embargo, ningún conocido, ni amigo lo vio, lo cual fue una salida fallida.

Si bien la importancia del dinero se ve clara en *Hombres sin Presente*, mantener el estatus y la clase social va más allá de la situación económica. A los Albarán con el sueldo de César no les alcanzaba para ser parte de ese nuevo ideal de ciudadano moderno. La diferencia entre las clases sociales, en palabras de María del Pilar López:

“terminó agrandando la brecha entre la élite y la clase obrera, pues el primer grupo alcanzó a satisfacer las nuevas necesidades de consumo dadas por la implementación industrial y la apertura del país hacia mercados de importación, mientras que el segundo grupo, al pretender identificarse con ese “objeto moderno”, pudo generar nuevas necesidades que no se pudieron concretar en la realidad” (López M. d., 2011, pág. 6)

Los grandes burócratas y jefes de César no se interesaban por las necesidades de sus empleados, al contrario, buscaban todos los medios para endeudarlos con la justificación de adelantarles el sueldo y demás “auxilios”. Así mismo, el vendedor judío que estafó a Betty con unas prendas con facilidades de pago, lo cual usaba para seducir a la clase media que no podía comprar al contado en los almacenes. “continuamente los judíos llegaban hasta la puerta desplegando sus tentaciones y haciendo sus ofrecimientos [...] deteniéndose en las casas de los barrios destinados a las clases media y obrera, haciendo sus empalagosas ofertas y explotando la vanidad de los humildes” (Osorio, 1938, págs. 224-225). Betty y César cayeron en los engaños del vendedor, mostrando cómo el “sistema capitalista está ligado a la aparición de nuevas y cambiantes necesidades de consumo que implican nuevos o mayores gastos que no pueden ser aprovechados por todos los individuos de una sociedad” (López M. d., 2011, pág. 8)

La preocupación por las clases medias para mantener esta imagen se convierte en una presión constante, el querer un ascenso social y pertenecer a ese mundo moderno al que incita la ciudad, por ejemplo, Betty se preocupa por el tipo de hospital al que tiene que ir su hijo, el glamuroso té que ofrece por el bautizo de su recién nacido, las prendas nuevas y el no mezclarse con los mendigos. “la necesidad del disimulo, la urgencia de presentarse decentemente, la ficción de una holgura económica que constituye su orgullo pueril, crueles factores que determinan la prosperidad de la explotación que se ejerce sobre la inerme clase media y hacen de ella un grupo social sometido y ambiguo, entregado a una resignación que es esencial para el equilibrio de la misma sociedad” (Osorio, 1938, pág. 190). Por más que se esfuercen por aparentar, solo les queda la realidad en la que viven.

Por su parte, es curioso que para las clases populares esa presión no se siente ni se evidencia de la misma forma. En Casa de Vecindad el más preocupado por no mostrar, en principio su pobreza y posterior mendicidad es el tipógrafo, debido a que antes llevaba una vida acomodada y nunca logró adaptarse a ese nuevo estilo de vida pobre. Sin embargo, al no ver más esperanza, cae rendido a la resignación y la miseria absoluta: “me despojaré del rubor inútil que me impide mostrar con amplitud la miseria en que me encuentro” (Osorio, 1938, pág. 123)

El estatus también se lograba identificar por la ubicación de la vivienda y el acceso a los servicios públicos que se daba durante la primera mitad del siglo XX. Por un cuarto se pagaba en promedio 8.5 pesos mensuales.

“Generalmente, esta habitación era parte de una casa de inquilinato, en donde vivían entre 20 y 40 familias, cada una con un promedio de cinco miembros. Dentro de cada habitación, las familias cocinaban y era extraño encontrar ventanas, lo que hacía que la luz y el aire entraran únicamente por la puerta. En estos casos había para todas las familias de la casa un inodoro y una sola pluma de agua, lo que hacía que el estado higiénico de las piezas fuera bastante deficiente” (López M. d., 2011, pág. 35)

Así, como se hizo la descripción anterior en el texto de López, las pensiones eran signo de pobreza y hacinamiento, la pensión de Georgina era una imagen exacta de esto. Los cuartos que se mencionan en Casa de Vecindad cumplen con estas características, al igual que las casas que se describen en Hombres sin Presente cuando Betty va en busca de una

nueva para su familia “Casas de vecindad pobladas por una muchedumbre heterogénea y dolorosa que se aglomera en cuarticos inadecuados, multiplicados por la codicia del propietario” (Osorio, 1938, pág. 236). La sociología ha tenido un vacío de las últimas décadas en cuando la constitución de las clases sociales y sus particularidades es muy poco lo que se reflexiona sobre el tema. En la actualidad se pueden rastrear con mayor facilidad temas sobre conflicto armado, campesinado y ruralidades y cuestiones políticas.

El último recorrido a Osorio Lizarazo

A pesar de que han pasado varias décadas desde que Osorio Lizarazo murió, aún se puede evidenciar ciertos parecidos en sus descripciones con la realidad actual en el país. De ahí la importancia de no olvidar su obra y la intención con la que la hizo. Debido a que la época en que se enfocó, Osorio Lizarazo:

“conoció importantes esfuerzos en el cambio social y político, relacionados por ejemplo con la separación entre la Iglesia y el Estado, la búsqueda de una educación laica, el reconocimiento de los trabajadores y sus sindicatos, o los deseos de ampliar la ciudadana, para lo cual, entre otras cosas, se buscó difundir la cultura entre el pueblo por medio del cine, la radio, el libro, etc” (Vanderhuck, 2012, pág. 20).

La vida de las mujeres representadas en estas dos obras de Osorio Lizarazo ofrece una visión de la problemática que sufrían las mujeres tanto de la ciudad de Bogotá, como provenientes de afuera. Así, se representa de una forma cruda y miserable atravesada por sus condiciones de clase, de género y de raza y a su vez por sus diferentes emociones y sentimientos frente a su situación y hacia la ciudad. La sociología de las emociones complementa y profundiza las teorías sobre cómo piensan o actúan las personas. Una sociología de las emociones ofrece una visión especial de cómo se experimentan y se evalúan los entornos sociales, y cómo las emociones constituyen en parte lo que consideramos entornos sociales (Hochschild, 1990).

Los personajes de las dos novelas de Osorio Lizarazo pasan por un sinnúmero de emociones, derivadas de su posición económica, de su situación laboral y familiar, tales como miedo, frustración, aburrimiento, hastío, resignación, tristeza, entre otros. En Hombres sin

Presente, Betty se encuentra en una lucha constante, para que el dinero alcanzara, privándose de sus necesidades, también esa lucha se veía reflejada en la forma en que intentó aguantar, ser sumisa y resignada a la vida que tenía con su marido, sacrificando su propia tranquilidad y felicidad. Es desde ahí que gracias al sentimiento se descubre el punto de vista y relación con el mundo, algunos sentimientos se exteriorizan y otros se ocultan o se niegan reconocer y expresar (Hochschild, 1990)

En el siguiente fragmento Osorio Lizarazo logra abarcar la emocional tanto a Betty como a César:

“el fracaso de su vida lo estrangulaba y lo empequeñecía. Silenciosamente, agobiado bajo el peso de una tristeza infinita, impregnado de despecho y de dolor, tomó el sombrero, le sacudió lentamente algunas moléculas de polvo, y dejando a Betty que desahogara sus lágrimas y en las postreras palabras injuriosas de su desolación y miseria, se lanzó a la calle para continuar desarrollando la cuerda uniforme de su vivir absurdo e improductivo de empleado público” (Osorio, 1938, pág. 154)

Mientras que en Casa de Vecindad Juana expresaba su desgracia constantemente, por medio de lágrimas y sollozos que se escuchan desde la habitación del tipógrafo. Los malos tratos de las otras mujeres que habitaban la vecindad y la falta de oportunidades de un trabajo digno, en donde ella pudiera poner en práctica lo que había aprendido en el colegio, la llevan a ser infeliz en ese lugar. Por su parte, el tipógrafo al llegar a la mendicidad absoluta ya no le importaba nada más, “Ya no me preocuparé por la comida ni por nada. ¡Que se me caigan del cuerpo los harapos del vestido! ¡que me embriague la chicha y los licores abyectos! Que sean mis amistades los rateros de la Plaza de Mercado y las mujerzuelas que por allí abundan” (Osorio, 1930, pág. 130). Según Hochschild, las emociones reflejan la perspectiva vital del actor en sus contextos, marcando de esta manera una vía de acceso diferente para el análisis de las definiciones de la situación y así mismo, su posible análisis social (Hochschild, 1979)

Para finalizar y a modo de reflexión, a lo largo del proceso de investigación, leer a Osorio Lizarazo con un punto de vista sociológico, histórico y literario y al no pertenecer a la época se ve el cuadro de discriminación social y racial que se produce en los sectores más pobres de las ciudades. Si bien el autor no se centra en la imagen de la mujer ni sus vivencias, se puede rescatar la imagen de las mujeres diferenciadas que cambia de forma lenta y

paulatinamente a lo largo de muchas décadas: “la mujer de las clases populares tradicionales, difícilmente dissociable de la trilogía india-sirvienta-prostituta (Neira, 2004, pág. 196) y con ayuda de la interseccionalidad, se ofrece una forma de mediar entre la tensión que se da entre reafirmar una identidad múltiple y la necesidad de desarrollar políticas identitarias. (Crenshaw, 1991, pág. 22)

La ciudad a pesar de generar muchas más oportunidades que el campo, también genera un sentimiento de soledad y de claustrofobia para los menos privilegiados. Estas impresiones se configuran en los casos de todas las mujeres que se mencionaron en las novelas, ya que viven una violencia estructural e institucionalizada de la cual no pueden escapar. Se consolida un estado totalmente indolente y una urbe salvaje que absorbe todo, dejando desprotegidos a todas estas clases populares que no lograron adaptarse a la idea de ciudad moderna. Así, el trabajo de investigación intenta aportar a los vacíos de las emociones de las mujeres durante los años 30, si bien no se generaliza a todas las mujeres en la ciudad con las dos novelas de Osorio Lizarazo, sí abre un campo para analizar la narrativa social mucho más allá, generando diferentes preguntas y diferentes temas.

Entendiendo que la historia de la literatura de Colombia no se puede reducir solo a grandes obras, es necesario para investigaciones futuras traer a la luz más proyectos narrativos que tengan como objetivo la evaluación de las ciudades y sean vistos desde la realidad de Colombia en diferentes épocas. La apuesta de la investigación no solo es a nivel sociológico, sino también de entender que la literatura colombiana debería tener un valor descriptivo y revelador de una realidad. Así como Osorio Lizarazo cumplía una función social a la hora de retratar la situación de una época específica en el país, también es deber de la academia resaltar este tipo de literatura para enseñar, analizar y valorar. Por otro lado, en este punto se sabe la preocupación constante por denunciar y describir la manera en que el país tuvo tantos problemas debido a las decisiones económicas, sociales y políticas tomadas por las élites. Tanto en *La Casa de Vecindad*, como en *Hombres sin Presente*, Osorio Lizarazo permiten reconstruir en detalle el mundo vivido por las clases populares tradicionales de Bogotá y sus alrededores.

Y por último...

El arduo seguimiento a los personajes de cada novela y el lograr analizar sus sentimientos, emociones, vivencias y pensamientos, lograron abordar los objetivos propuestos para la investigación, así mismo apoyados en la teoría de la interseccionalidad y de la emocionalidad. Por otro lado, teniendo en cuenta el estado del arte, los hallazgos de la investigación muestran el escaso trabajo de esta línea investigativa, la que reúne las ciencias sociales, con la narrativa y más aún con un enfoque de género. Por lo que el cruce de campos como la sociología de la literatura, el análisis narrativo, los estudios culturales y la sociología urbana, abren camino a nuevas perspectivas de investigación y de reflexión para diferentes problemáticas. Y así, los aportes de esta investigación deberían ser considerados como una ampliación a las fuentes información que sean diferentes a la crítica literaria, pues en esta perspectiva no se buscó una crítica a la estética de la novela como tal, sino aprovechar la narrativa de Osorio Lizarazo de la Bogotá de los años 30 y 40. Esta, se ajusta a un contexto histórico, en donde la emocionalidad, los sentimientos, la vida cotidiana y privada y la sensibilidad hacia la ciudad, permitió pensar en paralelo, entre el pasado y el presente y aterrizar a los diferentes personajes en un una temporalidad específica.

Al final de la investigación quedan ciertas preguntas pendientes que llevan a posibles futuras investigaciones que ahonden en cuestiones tales como: ¿En qué otras formas las mujeres participaban de la ciudad? ¿Cómo la ciudad piensa a las mujeres en cuanto a espacios, oportunidades y seguridad? ¿Cómo pensar la ciudad? Y finalmente, cabe dejar una pregunta más general a modo de cierre y reflexión ¿qué atención le ha prestado Colombia a la miseria humana y a la miseria de las mujeres a lo largo de las décadas?

Bibliografía

- Álvarez, M. J. (2014). Tolerancia a la desigualdad en América Latina: una exploración en Montevideo y Bogotá. *Revista Ensamblés*, 99-119.
- Atehortúa, A., & Rojas, D. M. (2005). Mujer e Historia. *Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico*, 269-293.

- Avellaneda, O. (junio de 2015). La construcción narrativa de la ciudad: una mirada a lo literario y a las representaciones de la vida cotidiana en Bogotá a través de la novela "Satanás" de Mario Mendoza. Bogotá, Colombia.
- Baudelaire, C. (Ed 2005). *Las Flores del Mal*. México DF: Editorial Tomo.
- Bericat, E. (2000). La Sociología de la Emoción y la Emoción en la Sociología. *Revista Papers*, 145-176.
- Bettin, G. (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona, España: Gustavo Gili S.A.
- Blanco, J., & Salcedo, G. (2012). Entre lo tracional y lo moderno. Bogotá a comienzos del siglo XX. *Investigación y Desarrollo*. Vol. 20, n° 1, 190 - 229.
- Borja, J., & Rodríguez, P. (2011). *Historia de la vida privada en Colombia. Tomo II*. Bogotá: Editorial Taurus.
- Calvo, Ó. I. (2009). Literatura y nacionalismo: La novela colombiana de J.A. Osorio Lizarazo. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 91 - 119.
- Cardona, L. (16 de marzo de 2010). Alimentando el Progreso: de los regímenes alimenticios a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Bogotá. Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.
- Castellanos, G. (1995). ¿Existe la mujer? género, lenguaje y cultura. En M. L. Luz Gabriela Arango, *Género e Identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 39-58). Bogotá, Colombia: Tercer Milenio.
- Cofrey, A., & Atkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido de los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, Vol. 43, No. 6, 1241-1299.
- Cubillos, J. (2015). La importancia de la interseccionalidad para la investigación feminista. *Oxímora. Revista Internacional de Ética y política*, 119-137.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona, España: Anagrama.
- Giraldo, L. M. (2001). *Ciudades Escritas : Literatura y ciudad en la narrativa Colombiana*. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Goldmann, L. (1967). *Para una sociología de la literatura*. Madrid, España: Editorial Ciencias Nueva.

- Highmore, B. (2005). Street Scenes–Circulation, Crowds and Modernizing London. En B. Highmore, *Cityscapes: Cultural Readings in the Material and Symbolic City* (págs. 26-44). New York: Palgrave Macmillan.
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, Vol. 85, No. 3 , 551-575.
- Hochschild, A. (1990). Ideology and Emotion Management: A Perspective and Path for Future Research. En Theodore D. Kemper, *Research Agendas In The Sociology Of Emotions* (págs. 117-144). New York: State University of New York Press.
- Kronfly, F. C. (1996). Las ciudades literarias. En F. V. Fabio Giraldo, *Pensar la Ciudad*. Bogotá, Colombia : TM Editores.
- López, A. R. (2005). Empleados, mujeres de oficina y la construcción de las identidades de clase media en Bogotá 1930-1950. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 257-279.
- López, M. (1996). Ciudad y Desencuentro: dos miradas de mujer. En F. G. Viviescas, *Pensar la Ciudad* (págs. 415 - 429). Bogotá, Colombia: TM Editores.
- López, M. d. (2011). *Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.
- Luna, L. G. (2004). *El sujeto sufragista, feminismo y feminidad en Colombia 1930-1957*. Cali: La manzana de la discordia.
- Maya, T. (2004). Karl Brunner (1887-1960) o el urbanismo como ciencia del detalle. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, vol. 1, núm, 64-71.
- Neira, E. (2004). *La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Noguera, C., Álvarez, A., & Castro, J. (2000). *La ciudad como espacio educativo: Bogotá y Medellín en la primera mitad del siglo XX*. Bogotá, Colombia: Arango Editores.
- Ortíz, S. (2009). Karl Brunner: Un retazo de la ciudad. Bogotá.
- Osorio, J. A. (1930). La Casa de Vecindad. En J. A. Osorio, *Novelas y Crónicas* (págs. 3 - 132). Bogotá: Biblioteca básica colombiana.
- Osorio, J. A. (1938). Hombres sin Presente. En J. A. Osorio, *Novelas y Crónicas* (págs. 134-292). Bogotá: Editorial Minerva.
- Prieto, L. (2013). *Escribiendo urbanismo, diseñando narraciones: Bogotá: literatura, urbanismo y cultura urbana 1940 - 1960*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia – Facultad de Artes.

- Prieto, L. (2018). Entre rieles y asfalto. Bogotá, transporte y vida urbana: 1938 - 1954. *Universitas Humanística* N° 85, 59 - 100.
- Reyes, C. (1995). Cambios en la vida femenina durante la primera mitad del siglo XX. El hogar el trabajo y los escenarios de las mayores transformaciones. *Revista Credencial Historia Ed, 68*. Obtenido de <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-68/cambios-en-la-vida-femenina-durante-la-primer-mitad-del-siglo-xx>
- Reyes, C., & González, L. (1996). La vida doméstica en las ciudades republicanas. En B. Castro, *Historia de la Vida Cotidiana en Colombia* (págs. 205 - 241). Bogotá, Colombia: Norma.
- Romero, J. L. (5ta ed. 2001). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Rubio, L. M. (S.F). Representaciones de hombres gays en la literatura colombiana (2000-2007). Bogotá, Colombia.
- Ruiz, L., & Cruz, E. (2007). *La Perseverancia. Barrio Obrero de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. - Secretaria General.
- Sabaté, A. (1984). Mujeres, geografías y feminismo. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* , 37 - 53.
- Sabaté, A., Rodríguez, J. M., & Díaz, M. Á. (1995). *Mujeres, espacio y sociedad: Hacia una geografía del género*. Madrid: Síntesis.
- Sabido, O. (2017). Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción. *Revista Mexicana de Sociología*, 373-400.
- Sabido, O. (2018). *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño*. Madrid, España: Ediciones Sequitur.
- Sabido, O. (2020). La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial. *Estudios Sociológicos XXXVIII : 112, 2020*, 201-231.
- Salazar, Ó. (2000). Mujeres y procesiones. Vida cotidiana en un barrio obrero en Bogotá a principios del siglo XX (Villa Javier 1913 . 1946). *Revista de Antropología y Arqueología Vol. 12*, 5 - 39.
- Salazar, Ó. (2013). La cara pública y la cara vergonzante: Imágenes de la urbanización de Bogotá en la ciudad fílmica y la fotografía urbana de mediados del siglo XX. En S. Becerra, *Bogotá Fílmica: Ensayos sobre cine y patrimonio cultural* (págs. 96-121). Bogotá: IDARTES, Alcaldía Mayor de Bogotá.

- Saldarriaga, A. (1994). Villa Javier: un experimento en vivienda social en Bogotá. En R. L. Saldarriaga, *La Ciudad de Dios en Bogotá: Barrio Villa Javier*. Bogotá, Colombia: Fundación Social.
- Saldarriaga, A. (2000). *Bogotá siglo XX urbanismo, Arquitectura y vida Urbana*. Bogotá, Colombia: Departamento Administrativo de Planeación Distrital .
- Sánchez, L. M. (2008). Éxodos rurales y urbanización en Colombia: perspectiva histórica y aproximaciones teóricas. *Bitácora Universidad Nacional de Colombia*, 52-72.
- Scocco, A. (Octubre de 2005). De las abrumadoras calles de Baudelaire a los fantasmagóricos pasajes de Benjamín. Rosario, Argentina.
- Simmel, G. (2005). La Metrópolis y la Vida Mental. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*(N° 4).
- Simmel, G. (2005). La Metrópolis y la Vida Mental. *Bifurcaciones*, 1-10. Obtenido de <http://www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm>
- Soto, P. (2011). La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada: Reflexiones teóricas y empíricas. *La Ventana*, 7 - 29.
- Soto, P., & Aguilar, M. (2013). *Cuerpos, espacios y emociones: Aproximaciones desde las Ciencias Sociales*. Ciudad de México: Porrúa.
- Thomas, F. (1995). Mujer y Código simbólico: una inscripción desde la carencia. En *Las mujeres en la historia de Colombia Tomo III: Mujeres y Cultura* (págs. 11- 23). Bogotá, Colombia: Norma, S.A.
- Trejo, A., & Waldman, G. (2018). *Pasaporte sellado: Cruzando las fronteras entre Ciencias Sociales y Literatura*. México: Unidad Autónoma Metropolitana.
- Vanderhuck, F. (2012). *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo 1930 - 1946*. Medellín, Colombia : La Carretera Editores.
- Viveros, M. (2008). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Memorias del 1er. Encuentro Latinoamericano y del Caribe*, 169- 198.
- Viveros, M. (2010). *La interseccionalidad: perspectivas sociológicas y políticas*. Cedefes, Brasil: Seminario Internacional "Direitos Sexuais, Feminismos e Lesbianidades - Olhares diversos.
- Viveros, M. (2016). La Interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 1-17.